

VIOLENCIAS OCULTADAS

José María Tortosa
Centro de Estudios Sociales y Políticos Latinoamericanos
Universidad de Cuenca, Ecuador, y Universidad de Alicante, España

VIOLENCIAS OCULTADAS

VIOLENCIAS OCULTADAS

José María Tortosa

Centro de Estudios Sociales y Políticos Latinoamericanos

Universidad de Cuenca, Ecuador, y Universidad de Alicante, España

1era. edición: Ediciones Abya-Yala.
Av. 12 de Octubre 14-30 y Wilson
Casilla: 17-12-719
Teléfonos: 2506-247 / 2562-633
Fax: (593-2) 2506-255
e-mail: editorial@abyayala.org
www.abyayala.org
Quito-Ecuador

• ILDIS

(Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales)

Calle José Calama N° 354 y J. León Mera

Casilla: 17-03-367

Teléfono: 2 562-103 / 2 563-644

Fax: (593-2) 2 504-337

E-mail: ildis@ildis.org.ec

Quito-Ecuador

• Universidad de Cuenca, Universidad de Alicante

Casilla 01.01. 168

Telefax: 593 (7) 833-548

E-mail: cespla@ucuenca.edu.ec

Cuenca-Ecuador

Autoedición: Ediciones Abya-Yala
Quito-Ecuador

ISBN: 9978-22-314-2

Impresión: Producciones digitales Abya-Yala
Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, Marzo del 2003

*Para mi amiga Bacha,
para mi ahijado Fabián
y en memoria de mi hermano Emilio,
ecuatorianos todos*

ÍNDICE

Presentación	7
A modo de prólogo. La necesidad de visibilizar las violencias	9
Prefacio	19
1. Lo que se deja fuera.....	29
2. De qué estamos hablando.....	53
Conflicto y sus tipos	53
Las violencias	61
Violencia directa	66
3. La violencia que no se ve	71
4. Algunos problemas con las culturas	115
Supuestos de partida	115
Diagnósticos y pronósticos	119
Yin y yang.....	124
5. Prevenir la violencia directa	133
De la violencia estructural a la violencia directa	133
Coda	141
Apéndice. Sobre el uso de los medios de comunicación	157
Por qué no sirven.....	161
Por qué sirven	168

PRESENTACIÓN

Este libro de José María Tortosa, escrito con el exquisito estilo de la casi veintena de sus obras publicadas, permite distinguir claramente (en el sentido cartesiano) *qué* tema se aborda; *porqué* es importante tratarlo hoy; *para qué* puede servir su estudio; *cómo*, o desde qué perspectiva se lo aborda; y, algunas reflexiones sobre *qué hacer* frente a la realidad que se analiza.

En un constante diálogo con autores contemporáneos (“sospechosos y no sospechosos”), recurriendo a imágenes de la literatura y fundamentalmente a “ejemplos” de los medios de comunicación de referencia “aquí” y “allá”, se aborda el tema de la(s) violencia(s) que no se ve(n), las contradicciones, los conflictos, las situaciones de desigualdad y pobreza, aquellas que están en el fondo (aunque no siempre) y que a menudo son invisibilizadas por quienes resultan permanentemente beneficiados por las relaciones asimétricas que éstas suponen: se trata de la llamada violencia estructural y sus manifestaciones, que no son las más estudiadas y en ningún caso las más tratadas por los medios, que más bien muestran cierta fascinación por la violencia directa. Especial atención le merece “la más importante de ellas, la violencia ejercida por el Centro contra la Periferia”, diríamos, (con permiso del autor) la *violencia sistémica*. Las razones para estudiarla son evidentes, más aun cuando en la coyuntura actual y asociada al llamado síndrome del 11 de septiembre “parece como si hubiera un retorno a la barbarie... y el riesgo de desaparición que corre la especie humana es muy alto”.

La violencia estructural necesita legitimaciones para hacerla “aceptable” y/o maniobras distractivas cuando se hace necesario que la gente mire para otro lado, (actualmente más sofisticadas que en la época del circo romano), por lo que interesa también estudiar sus relaciones con la violencia cultural.

¿Para qué puede servir estudiarlas? Si entenderlas en sí mismas y en su contexto tiene sentido, lo tiene más el comprender sus relaciones

con la violencia directa para prevenirla, en los casos en que es posible hacerlo; y, finalmente para intentar evitar la propia violencia estructural, para lo cual “levantar acta de la agenda de los que mandan” es un punto de partida indispensable.

El tema debe ser abordado formulando preguntas en cada situación concreta e intentar aproximaciones con la suficiente distancia como para mantener una perspectiva epistemológica de fondo: frente a la certezas, antesala de los fanatismos: la *incertidumbre*.

Por supuesto que no intenta ofrecer recetas sobre qué hacer, nos recuerda alternativas y cada cual que elija. Sin embargo, su compromiso con la vida en todas sus manifestaciones, por la paz, “la libertad, la igualdad y la fraternidad reales y cotidianas” queda explícito y no deja de ser una invitación a *develar*, “a hacer visibles” las relaciones de injusticia que están por detrás de la violencia estructural, recordándonos que el que sufre una situación relacionada con este tipo de violencia no está exento de responsabilidades; a intentar posiciones más “colaboradoras, integradoras e igualitarias”. Este libro es, además, una forma de *rebelarse* contra ella.

Las interrogantes planteadas y sus intentos por responderlas a lo largo de este trabajo están dentro de las preocupaciones de las instituciones que lo presentan: el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales ILDIS-FES, Abya Yala y el Centro de Estudios Sociales y Políticos Latinoamericanos (CESPLA) de la Universidad de Cuenca y la Universidad de Alicante, del cual José María Tortosa es codirector.

Hans-Ulrich Bünger
Director del ILDIS-FES

Lorena Escudero
Coordinadora CESPLA
Universidad de Cuenca

José Juncosa
Editor de Abya-Yala

A MODO DE PRÓLOGO

La necesidad de visibilizar las violencias

Alberto Acosta
20 de febrero del 2003

“Todo lo que divide a los hombres, todo lo que les especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad”.
José Martí, 1893

Ecuador, un pequeño país andino, en donde hasta hace poco sus gobernantes se vanagloriaban por la “paz franciscana” reinante, está sacudido por el crecimiento explosivo de la violencia. La sociedad está conmocionada. Los medios de comunicación actúan como cajas de resonancia de una población que responde angustiada frente a la violencia desatada, al tiempo que sus mensajes aumentan la presión, el miedo, la sensación de inseguridad. Las autoridades no atinan más respuesta que incrementar los márgenes de represión policial y convocan a las propias fuerzas armadas para asumir la tarea. Y la llamada sociedad civil se manifiesta en marchas de protesta para reclamar contra la inaguantable criminalidad, así como contra la manifiesta desatención de parte de las autoridades.

Siendo la creciente criminalidad un problema cada vez más complejo, no se puede creer que la violencia empieza o termina en el ámbito criminal o delictual. Sin negar la necesidad de adoptar medidas para combatir la violencia criminal, apegadas al funcionamiento del Estado de Derecho, no es menos cierto que son cada vez más urgentes lecturas amplias y profundas que permitan comprender lo que está sucediendo. Antes de aumentar el ritmo de respuestas autoritarias y hasta histéricas, la sociedad ecuatoriana precisa abrir espacios para el análisis y el debate. Algo hay que hacer, es cierto. Pero ese algo debe ser meditado y discutido, si es que se quiere realmente buscar las causas

profundas del problema y, sobre todo, si se desea enfrentar el problema sin agravar la situación. Pensamiento y acción son, como pocas veces, indispensables.

En este momento, cuando las respuestas comienzan a simplificarse por la vía de la represión, aparece este libro de José María Tortosa, cuya lectura ayudará a comprender de mejor manera qué es lo que está pasando y cómo actuar para enfrentar el reto.

Tortosa, español de nacimiento y andino de corazón, explica con claridad su tesis, que es a su vez una recomendación: “Si quieren prevenir la violencia directa o la violencia física, atajen otras violencias institucionales, estructurales, antes de que se conviertan en agresiones y entren en complicadas dinámicas de acción-reacción”. Mensaje oportuno en un país en donde muchas violencias, no sólo las directas o visibles, empiezan a desconcertar a una sociedad ingenua. Y en donde todavía dicha sociedad -ésta es una ventaja temporal- no está secuestrada por expertos en las violencias visibles, aquellos *violentólogos*, expertos en las violencias directas o visibilizadas, cuyos análisis y recomendaciones terminan por enrarecer el ambiente para el estudio del tema y por cierto impiden la búsqueda de soluciones profundas, sea porque no alcanzan a ver las violencias ocultadas o porque viéndolas, en un ejercicio de complicidad con el poder, no las denuncian.

Es preciso, entonces, aceptar la existencia de violencias, en plural. Si las violencias directas o visibles son múltiples, hay muchas otras que muy pocas veces son reconocidas como tales o que son sistemáticamente ocultadas, pues algunas de estas violencias criminales y delictivas son manifestaciones de procesos socioeconómicos y aún políticos a los cuales no se les otorga una adecuada preocupación. Por lo tanto, se cree que el tema de la violencia se resuelve con más violencia ejercida a través del Estado e incluso se acepta la aplicación de la justicia a través de la mano propia, en sendos linchamientos que son morbosamente difundidos por los medios de comunicación. Y aquí acude Tortosa nuevamente en nuestro auxilio: “como se ve, la violencia directa no disminuyó gracias a que se aumentaran las penas para los delincuentes, sino gracias a que aumentó la probabilidad de que fueran detenidos y juzgados, al tiempo que se hacían disminuir las ocasiones de dicha violencia. En general, disminuir niveles de violencia supone hacer que la violencia deje de ser ‘rentable’ para los que la practican al tiempo que

se previenen las ocasiones en las que el enfrentamiento puede producirse”.

En este punto, mientras se ha centrado la atención sobre las violencias directas, aquellas violencias visibles en los grandes medios y de alguna manera visibilizadas en la sociedad por acción del poder, hay que rescatar lo que se deja afuera. Aquellas violencias invisibles o, mejor sería decir, ocultas u ocultadas, que no encuentran espacio en las campañas de intoxicación pública y que no conducen a expresiones masivas en las calles que pueden resultar hasta contraproducentes si es que no se comprende con seriedad la reacción en cadena que significa la explosión de violencias ocultas.

Descubrir las diversas formas de violencias no aceptadas en la “opinión publicada” -violencias estructurales- es una tarea urgente. Aún las mismas violencias delictuales, visibles y visibilizadas, se explican de alguna manera también por las violencias estructurales, sin negar que esta “violencia directa puede tener también, y tiene otros orígenes”. Sin embargo, solo centrar la atención en las violencias directas, desconociendo los otros tipos de violencia, no sólo que resulta imposible, sino abiertamente peligroso, pues impide la búsqueda de respuestas que permitan realmente abordar un tema tan enmarañado como el combate a la violencia en todas sus manifestaciones. Y es más, al no abordar las violencias económicas, por ejemplo, manteniendo políticas que claramente las exacerban, lo que se puede estar alimentando es la consolidación de propuestas populistas extremadamente autoritarias.

No hay sociedades sin conflictos y contradicciones, nos recuerda Tortosa. “Las contradicciones siempre estarán con nosotros y nunca llegará el fin de la historia, es decir, de las contradicciones. El problema, por tanto, no va a ser el de suprimir los conflictos, sino el resolverlos o transformarlos, sin que lleven a la violencia física”. ¡Qué conclusión más simple y valiosa a la vez! Una conclusión que, sin embargo, está alejada de la práctica del poder. Véase la respuesta de Jorge Busch II frente a una amenaza construida por Washington en el Irak, tanto cuando los EEUU apoyaron a Saddam Hussein en su guerra en contra de los Ayatohlas en el Irán o ahora cuando simplemente dicen que Irak tendría armas de destrucción masiva... como pretexto para controlar las segundas reservas petroleras del mundo y erigirse en el imperio global. Y aquí entra en escena nuevamente el uso sistemático de la maquinaria bélica para superar las crisis del sistema capitalista, para asegurar

recursos estratégicos como el petróleo e imponer sus condiciones. De paso podría establecer bases militares en esa región conflictiva del planeta, tal como lo está haciendo en Afganistán, desde donde influirá en la vida de los países aledaños, algo que se registra con creciente intensidad en otras regiones del planeta, incluido el Ecuador con la base de Manta; recuérdese que a las casi seis décadas de terminada la segunda Guerra Mundial, los EEUU mantienen bases militares en Alemania y Japón. De los casi 1,5 millones de soldados estadounidenses, más de 250 mil están fuera de sus fronteras. No sólo eso. Washington, que aspira recomponer su economía con gastos en armamentismo, seguirá financiando sus aventuras imperiales con la emisión inorgánica de su moneda, el dólar, y con la recaudación de capitales provenientes de los países periféricos, vía servicio de la deuda externa, por ejemplo.

En este punto aflora la violencia de la “globalización”, fenómeno que debe ser entendido como parte del proceso de creciente mundialización del sistema capitalista, con algunas características propias que la diferencian de las anteriores fases de dicho sistema. La “globalización”, a través de sus resultados, demuestra que se está frente a un proceso que integra y desintegra a nivel global, esto es que globaliza y desglobaliza simultáneamente. Hay elementos que conforman una tendencia globalizante indiscutible, por ejemplo la fuerza global que tienen los medios de comunicación. Hay problemas que se globalizan, por ejemplo el recalentamiento de la atmósfera o el deterioro de la capa de ozono, así como los crecientes procesos migratorios forzados también por la propia “globalización”, que provocan otras formas de violencia autoritaria: mayores controles policiales para frenar la migración o nuevas barreras -visas-, que impiden la movilidad global de los seres humanos, mientras se amplían los mecanismos que alientan el flujo de capitales y por ende la especulación.

“En un mundo más interconectado que nunca, donde los flujos financieros y de comercio se liberalizan, la movilidad de las personas, en cambio, se enfrenta a fuertes barreras que la restringen”, señaló la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), en noviembre pasado. “Las dificultades impuestas a la migración (...) revelan las asimetrías de una globalización que incluye individuos, poblaciones, países y regiones, y que al mismo tiempo excluye a otros tantos”, sostiene la CEPAL en un documento sobre el tema, donde contrasta la

elevada movilidad de los capitales con la restricción de los desplazamientos internacionales de la mano de obra.

Hay otros factores que también demuestran una clara tendencia globalizante, aunque su cristalización mundial resulta imposible. Por ejemplo la difusión global de ciertos patrones de consumo, los cuales, en una pirueta de perversidad absoluta, se infiltran en el imaginario aún de aquellos grupos humanos sin capacidad para acceder a ese consumo. Y esto genera otras formas más sutiles de violencia, por el lado de una creciente frustración. Además, la globalidad como meta, si se extrapola la tendencia global, resulta hasta imposible, pues, simplemente desde una perspectiva ecológica, resulta irreplicable a nivel mundial el estilo de vida de los países más ricos. Desde todas estas perspectivas, coincidiendo con otros argumentos de Tortosa, resulta imposible negar la existencia de la “globalización” y tampoco es conveniente hacerlo, pero no es menos cierto constatar la existencia de dispositivos autoritarios y represivos, que permiten sostener estructuras injustas, inequitativas y hasta insustentables, a través de nuevas o al menos renovadas formas de violencia.

Véase también el tratamiento que da Tortosa a la evolución del conflicto colombiano o irlandés o vasco, temas que le preocupan desde hace rato. Y que constituyen elementos de la vida cotidiana de los noticieros televisivos internacionales; noticieros que presentan magnificadas ciertas violencias, mientras que ocultan otras. Controlar la mente humana a través de la desinformación o de la manipulación de los acontecimientos es un atajo muy socorrido para ocultar y engañar a la sociedad. ¿No es ésto también otra forma de violencia?

El autor, que ha analizado en varios de sus trabajos el tema de la “globalización”, va más allá de esta violencia de alcance internacional, porque no dice global. Afina su puntería al reconocer violencias específicas en la economía. Concretamente de una forma de economía, aquella que se sostiene en el *pensamiento único*. “La realidad es que la economía (como algunas de las violencias a las que nos estamos refiriendo) forma parte de un entramado de factores políticos y mediáticos, unos interesados en beneficiarse y otros procurando que veamos las cosas de forma ‘adecuada’”. Ver las cosas de forma “adecuada” explica el respaldo aún de las víctimas a las políticas de ajuste fondomonetaristas, vendidas como inevitables, sea porque serían las únicas o, como sucede con frecuencia, porque, de acuerdo a los voceros oficiales u oficiosos del

poder, nadie habría propuesto alternativas viables y posibles, con lo cual se cierra el círculo de la violencia que implica la visión ortodoxa y conservadora de la economía. Una visión autista, por lo demás.

La fascinación de esta violencia ocultada adquiere caracteres dramáticos en aquellos casos en los que el bienestar de la totalidad de habitantes del país, definido y defendido por quienes detentan el poder, explica acciones violentas en contra de quienes estarían perjudicando el bienestar de las minorías detentadoras de dicho poder. Este es el caso de la expansión de la actividad petrolera en regiones en donde la población afectada se opone a la barbarie institucionalizada. Recuérdese que la actividad petrolera genera destrozos ambientales y sociales, que casi nunca son resarcidos ni siquiera parcialmente. Un asunto angustioso, en la medida que, como se ha demostrado una y otra vez, la contaminación provocada por la actividad petrolera -similar reflexión podría hacerse para otras áreas, como la camaronera- “es permanente, porque es rutinaria y forma práctica operacional de las empresas”, como demuestra un reciente estudio de Adolfo Maldonado y Alberto Narváez. Y desde esa perspectiva el poder despliega un discurso en defensa de la explotación y aprovechamiento del petróleo en beneficio de los 12 millones de habitantes del país, para continuar con una política de ocultamiento de la realidad, intimidación de quienes se oponen, de humillación y olvido para las víctimas... Mientras que los recursos obtenidos por dicha actividad depredadora sólo en escasos montos benefician al conjunto de la sociedad, pues en su mayoría fluyen en pocos bolsillos, sobre todo de poderosos grupos transnacionales y de los acreedores de la deuda externa.

Y si de deuda externa se habla, esta asoma como otra manifestación de la violencia. Ella es un mecanismo de exacción de recursos desde los países pobres y de imposición de políticas desde los países ricos. La deuda ha sido y es, en términos de Karl von Clausewitz si hubiera abordado las finanzas y no la guerra, la continuación de la política con otros medios. Desde esta lógica la gestión de la deuda externa engarza con otro axioma del propio Clausewitz, según el cual la deuda es un acto de violencia cuyo objetivo es forzar al país deudor a hacer la voluntad de los acreedores. Entonces, la deuda no sólo frena el desarrollo por su carga de obligaciones, sino que abre la puerta a las influencias y aún a la directa intervención de poderes extranjeros en los asuntos de los países subdesarrollados endeudados.

Si se revisa con un poco más de detenimiento, detrás de un objeto tan útil como deseado como es la moneda se encuentra agazapada la violencia pura, como demuestran en un notable libro sobre *La violencia de la moneda*, Michel Aglietta y André Orleán. En tanto medio de reserva, la moneda es la fuente de un poder privado, el famoso poder del dinero, que oculta diversas formas de violencia y que puede generar varias distorsiones.

Con razón dice Jacques Attali, editor de la edición francesa de dicho libro, que “ningún economista puede olvidar que una sociedad está fundada sobre la gestión de la violencia y sobre su eliminación mediante la instauración de chivos expiatorios. Ningún teórico de las ciencias humanas puede ignorar, de manera duradera, las teorías de las organizaciones y de sus formalizaciones bajo la forma de realidades locales improbables, islotes de orden en un océano de desorden, espacio de paz en un universo de violencia”.

Esta violencia estructural en la mayoría de ocasiones se refleja a través de la injusticia social: “situaciones de desigualdad y pobreza, que pueden ser englobadas bajo la palabra violencia estructural”, para ponerlo en términos del autor de este libro, escrito en el Ecuador, a partir del conocimiento de su realidad, sin perder de vista del contexto global.

Esta realidad es cuantificable en el Ecuador. Según informaciones proporcionadas por organismos de Naciones Unidas en el país, la pobreza registra índices inaceptables -al menos 69% de pobres en el campo en 2001- y de creciente inequidad de la distribución del ingreso. Más de siete millones de ecuatorianos sobrevive con aproximadamente 1,2 dólares diarios, de los cuales, cerca de la mitad viven en condiciones de extrema pobreza (con 60 centavos de dólar diarios).

De conformidad con la misma fuente, los principales indicadores relacionados desnudan una situación lacerante:

- de cada diez ecuatorianos, siete no tienen acceso a servicios de atención primaria de salud,
- el 81% de niños (as), adolescentes y mujeres pobres no tienen servicios de atención preventiva de salud,
- aproximadamente 500.000 ecuatorianos, que requieren de atención hospitalaria anualmente, no alcanzan estos servicios de salud,

- el 50% de los niños menores de 5 años sufren de desnutrición,
- el 44% de los jóvenes en edad de ciclo básico no tienen acceso a ese nivel educativo,
- 5 de cada 100 niños muere antes de cumplir 5 años.

Estos grupos humanos, sobre todo los herederos del “huasipungo”, que tanto influyó en Tortosa mientras escribía este libro, son, en suma, “la periferia de la periferia”, “son los que están fuera de la agenda” del poder. Pero son, también, los beneficiarios de aquellas políticas sociales clientelares a través de la cuales el poder, desplegando propaganda y muchas veces garrote, sostiene sus privilegios.

De una vez por todas, la pobreza y la miseria de las personas no las hace delincuentes o violentas. Pero dicha pobreza explica y sostiene la excesiva concentración de la riqueza: “allí donde existen grandes patrimonios, hay también una gran desigualdad. Por un individuo muy rico ha de haber quinientos pobres, y la opulencia de pocos supone la indigencia de muchos”, señaló ya en su obra clásica, el propio Adam Smith, en 1776. Y si las políticas económicas exacerbaban estas contradicciones -como ha sucedido en los últimos 20 años-, en un ambiente de instituciones débiles y corruptas, no debe sorprendernos, entonces, que la sociedad sea más vulnerable para la incursión de todo tipo de violencias.

Vistas así las cosas, la lectura de la pobreza no estaría completa si no se abre la puerta a la otra cara del problema, a la masiva y creciente concentración de la riqueza, orígenes por excelencia de las violencias estructurales, entre los cuales también cabe “la colonialidad del poder”, definida ampliamente por Aníbal Quijano. Colonialidad que sigue tratando de leer y proyectar la realidad de los países de la región, no se diga del Ecuador, como-si-que-fuera-Europa o como-si-que-fuera-EEUU, la realidad modernizada de los sectores dominantes. Mientras que, por el otro lado de la medalla, se mantiene “la insanable lacra de la percepción eurocentrista del dominante sobre el dominado, que bloquea la admisión de tal dominado como sujeto”.

Identificar y tratar de interpretar las varias explicaciones de las violencias estructurales es, pues, una tarea que se enriquece con este aporte de Tortosa y que debería incentivar nuevas líneas de investigación, que aborden, a su vez, otras formas más sutiles, pero quizás más

rudas de violencia estructural, como la que se deriva de la mencionada violencia de la moneda.

En suma, “es obvio -dice Tortosa- que violencia directa y violencia estructural no son la misma cosa, ya que cada una tiene sus propios problemas (condiciones, efectos, variedades). Pero se gana conocimiento al verlas como parte de un conjunto más vasto que, en este caso, es el de sus relaciones mutuas”. O como él lo sintetiza, nuevamente con una claridad bíblica, “es obvio que peras y manzanas no son la misma cosa, pero ambas son frutas”, esto es que la violencia directa y la violencia estructural son violencias y que deben ser entendidas y enfrentadas como tales. Este sería, para resumir, el gran mensaje de Tortosa.

Y si ya se conoce el alcance de este libro, cuya lectura se vuelve imperiosa en las actuales circunstancias, es preciso conocer a su autor, un ciudadano del mundo, un escritor multifacético. Sus preocupaciones van desde los conflictos culturales locales en el sistema mundial, pasando por reflexiones sobre el nacionalismo y las religiones, la pobreza capitalista, el mercado como religión universalista, la corrupción, la perplejidad de las sociedades occidentales frente a la política social, la visión de género como prisma para el estudio de la pobreza, la identidad en las ciencias sociales, aspectos económicos de su Alicante, la carrera armamentista, hasta llegar a trabajos que apuntan en la dirección de una sociología del sistema mundial y una interpretación del maldesarrollo del Sur y del Norte en la globalización. Tortosa es uno de aquellos personajes que tienen al mundo como escenario de sus reflexiones sin que se lleguen a despegar los pies de su realidad local- a la cual ha añadido, como buen ciudadano “glocal”, el conocimiento de otras tierras que él las ha ido adoptando en su trajinar por el mundo, como es este Ecuador andino.

Y eso no es todo, hablar de Tortosa es también hablar de Emmanuel Wallerstein, Johan Galtung, André Gunder Frank, grandes científicos sociales de alcance global, con quienes José María marcha hombro con hombro en la búsqueda permanente de explicaciones a los problemas del mundo, pero sobre todo de nuevas preguntas que impidan la configuración de aquellas certezas que luego se transforman en fanatismos.

PREFACIO

El editorial del periódico *Hoy* del día 23 de noviembre de 2002 se iniciaba diciendo: “una creciente ola delictiva azota al país, sobre todo en Quito y Guayaquil. Aunque el registro se halle por debajo del promedio de otras urbes latinoamericanas, ha aumentado, en los últimos años, la percepción ciudadana de inseguridad pública; por ello, en las encuestas de opinión, aparece como uno de los problemas que más preocupan a los ecuatorianos”. Y terminaba con una serie de propuestas: “urge al menos una vigilancia continua por sectores en las ciudades, la respuesta rápida ante las llamadas de auxilio inmediato, el dismantelamiento de lugares en donde se venden repuestos de automotores robados, y la acción preventiva con la comunidad”.

En un artículo (“Guerre sociale”), publicado en la primera página de *Le Monde diplomatique* de noviembre de 2002, Ignacio Ramonet planteaba una paradoja: si nos atenemos a los medios de comunicación, el mundo estaría sometido a una violencia sin precedentes e insoportable después del 11 de septiembre de 2001, de la guerra contra Afganistán y de la continuación de los ataques a Irak. Sin embargo, “el mundo está en calma, tranquilo, básicamente pacificado”, la mayoría de los grandes conflictos habría terminado y sólo quedaría una decena de casos de violencia (Colombia, País Vasco, Chechenia...) mientras la lucha política armada se estaría haciendo cada vez más rara. Pero, añadía, “¿significa eso que no hay otras formas de violencia actuando? No, ciertamente. Para empezar, está la violencia económica que ejercen, estimulados por la mundialización liberal, los dominantes contra los dominados”. “Las desigualdades alcanzan dimensiones inéditas”: pobreza, miseria, malnutrición, analfabetismo, carencia de agua potable y de electricidad. En otras palabras, por un lado parece que hay más violencia, pero la realidad muestra que no hay tanta violencia de esa violencia guerrera de la que tanto se habla. Sin embargo sí que hay violencia, pero de otro tipo, y mucha, que alcanza “dimensiones de paroxismo”.

En esa línea, proseguía Ramonet, también se podía constatar que hay “más pobres que nunca y menos rebeldes que nunca”, lo cual no deja de ser intrigante. Su respuesta para esta curiosa contradicción era doble: por un lado, está “el agotamiento del marxismo como motor internacional de la revuelta social”. Por otro, está el hecho de la violencia de los pobres contra los pobres, refiriéndose a la creciente criminalidad, delincuencia e inseguridad, que el autor no dudaba en calificar de “auténtica guerra social” y es a ese punto al que se refiere el editorial del *Hoy* recién citado.

El punto de partida en el presente trabajo está relacionado con estas preocupaciones aunque no trata directamente de esas violencias que se ven todos los días en los medios de comunicación, por más que sean importantes. Simón Espinosa ya había avanzado con anterioridad que: “La inseguridad de la vida por robos, asaltos, secuestros y aumento de la violencia se suma a la inseguridad que en todos genera la guerra en Colombia. La gente buscará un líder con autoridad, un Uribe ecuatoriano”¹. Planteamiento que no se alejaba mucho del firmado por Alain Touraine a propósito de Francia: “una población (que) se siente cada vez más amenazada por unos cambios que vienen de lejos y que la ponen en una situación precaria. Los que tienen un bajo nivel de instrucción y cualificación son y se sienten los más directamente amenazados. Y no buscan encima de ellos, sino debajo de ellos: los extranjeros, los jóvenes, los parados que, dicen, roban, atacan, violan y asesinan. Ven la violencia por todas partes. Así se abre una vasta zona en la que puede extenderse rápidamente un populismo de extrema derecha”². Como se verá, pueden ser más importantes los efectos sociales y políticos de esas violencias que las violencias mismas como el “síndrome del 11 de septiembre” se ha encargado de mostrar y no sólo en los Estados Unidos.

Sea como fuere, el tema que se aborda aquí de forma directa es el de las violencias menos perceptibles, más escondidas porque así lo están o porque se ocultan por decisión más o menos consciente. Las violencias no son sólo las de la delincuencia y la criminalidad. No terminan ahí y, como se pretende en este libro, mucho menos comienzan ahí. La violencia ejercida por el Centro contra la Periferia puede explicar mucho más que la falta de luz y vigilancia por parte de agentes públicos en los barrios con mayor índice de criminalidad, aunque esto últi-

mo pueda tener -y tiene- su importancia pues indica el interés que merecen dichos barrios para los gobernantes locales.

Si alguno de mis libros, como *El juego global*, fue escrito aquí pensando en los de allí, éste que el lector tiene en sus manos se escribió allí pensando en los de aquí. La idea de publicarlo en esta sede la tuvo el Econ. Alberto Acosta, amigo y colega muy respetado, y me la comunicó mientras caminábamos hacia las oficinas del ILDIS en Quito, ciudad en la que viví un año, particularmente convulso en mi interior, allá por mi ya lejana juventud. Su idea de publicarlo aquí me pareció magnífica y justo es que se la agradezca como le agradezco que me haya hecho el honor de presentarme.

Este libro se había empezado a escribir en Malcocinado (Extremadura, tierra de conquistadores) y se acabó en Cuenca, Ecuador, el 24 de noviembre de 2002, día de la segunda vuelta de unas elecciones presidenciales muy particulares en la historia ecuatoriana. Lo hice durante una estancia en la Universidad de Cuenca y como parte de mi trabajo en el Centro de Estudios Sociales y Políticos Latinoamericanos (CESPLA), institución en la que colaboran dicha Universidad y la mía de origen, la de Alicante, España.

La tesis del libro es relativamente sencilla: si quieren prevenir la violencia directa o la violencia física, atajen otras violencias institucionales, estructurales, antes de que se conviertan en agresiones y entren en complicadas dinámicas de acción-reacción. Estas violencias que no se ven están ejemplificadas en el capítulo central del presente libro, el capítulo 3. Creo que la más importante (la “determinante en última instancia” como dirían los marxistas de viejo cuño) es la violencia del Centro contra la Periferia, mejor formulación que “del Norte contra el Sur”. Y me explico. Hablar del “Norte contra el Sur” o de la dependencia o del imperialismo esconde el papel que juegan los ricos de los países empobrecidos en este tipo de violencia. Estos ricos que forman parte del Centro con más razón que yo que, al fin y al cabo, sólo vivo en un país central embarcado, eso sí, en la Reconquista de América (Latina), pero sin que dicha residencia me convierta en miembro del Centro. Lo entendió muy bien un asistente a la conferencia que por aquellas fechas dicté en la PUCE, Quito, y lo expresó diciendo: “Ahora todos somos huasipungueros”. Y me incluía. La referencia evidente era a *Huasipungo* de Jorge Icaza al que yo había hecho una alusión en dicha conferencia.

Esta violencia Centro-Periferia aporta las particulares características que tienen otras violencias estructurales, incluida la de género, como se verá más adelante, y que hay que situar siempre en su contexto histórico específico, es decir, en la particular coyuntura que atraviesan las relaciones, siempre problemáticas, entre el Centro y la Periferia. En la actualidad, esa coyuntura es la de unas políticas unilateralistas y de “autodefensa preventiva” por parte de unos Estados Unidos conscientes de su poder militar sin paralelo y de su deber de liderar a los demás países y embarcados en una militarización de sus relaciones internacionales.

No se vean estas últimas afirmaciones como ejemplo de “antiamericanismo”, de actividades “*unamerican*”, según al fórmula macartista³. Estar contra Franco no significaba ser antiespañol, ni ser antisoviético significaba ser antiruso, ni ser antinazi quería decir ser antialemán. Cuando Jimmy Carter o Al Gore critican algunas políticas de la Administración del segundo Bush no están haciendo antiamericanismo. Simplemente expresan su disenso frente esas políticas. Pero es que lo de “militarización de los asuntos exteriores” estadounidense es cita literal de un documento disponible en la página web del Departamento de Estado (www.state.gov) sobre “diplomacia pública” (Public diplomacy). Y lo del poder militar, el deber de liderar y la “defensa preventiva” se encuentra en un documento firmado por George W. Bush en septiembre de 2002 e igualmente disponible en la red (www.whitehouse.gov -no confundir con www.whitehouse.com-) sobre “National Security Strategy for the United States of America”.

La historia de *Huasipungo* viene a cuento si se la pone junto a la del *Homenaje a Cataluña*, escrito por George Orwell más o menos por las mismas fechas que el libro de Icaza, que narra la lucha aparentemente entre el Bien y el Mal que se jugaba en la cancha de la España de la Guerra Civil de 1936. Poco a poco Orwell acaba viendo que no está tan clara la dicotomía. Es lógico que creyera percibirla: había estado en las trincheras -maniqueas por definición- y pensaba muchas veces como periodista -con tendencia a la polarización-. Pero la realidad se le imponía y las maniobras -y violencias- del Partido Comunista contra los trotskistas del POUM y los anarquistas, le hacían ver que allí estaban jugándose otras partidas: en concreto el de la pelea de la URSS por mantener su “socialismo en un sólo país” pero con pretensiones expansionistas, frente a las pretensiones de Alemania de construir un Reich

de los Mil Años a escala mundial y frente a la menos evidente, pero no por ello menos real, agenda de los Estados Unidos de convertirse en potencia hegemónica sustituyendo a la “pérfida Albión”, a la Inglaterra ya decadente. No era lucha del Centro contra la Periferia, sino las habituales rivalidades entre superpotencias por lograr el dominio sobre el conjunto del sistema. Era una lucha Centro-Centro llevada a cabo sobre las carnes de los españoles de uno y otro bando.

En *Huasipungo* no se libra ninguna batalla cósmica entre el Bien y el Mal ni es un territorio en el que se vean las grandes agendas mundiales. Sí es cierto que se enmarca en determinadas convulsiones políticas y sociales (que incluyen la fundación del Partido Comunista en 1931 contra, en este caso, los socialistas pequeñoburgueses) y la exaltación del realismo socialista y una primera visión del indio como representante del proletariado internacional, cosa harto difícil de entender, dicho sea de paso, si por proletariado se entiende lo que entendía Marx y no Mao. Icaza viene de las clases medias que han crecido en una época de bonanza, pero a las que se les impide el acceso al poder político y económico. Para entendernos, algo así como las clases medias argelinas surgidas y educadas durante el “boom del petróleo” y que, al verse excluidas del poder, acaban optando por el islamismo político como lenguaje que rompe que con la retórica modernizadora de la oligarquía, la misma retórica que encontraba Icaza en el Ecuador y que él consideraba cínica. Otras fuerzas han podido encontrar con posterioridad a los años 30 del siglo pasado un lenguaje que intente romper con los viejos esquemas de dominación. Pero eso será historia.

La situación aparentemente “nacional” se rompe en *Huasipungo* con la irrupción del capital extranjero y su alianza con la clase dominante y la clase dirigente “nacional”. “Un gringo de esos que mueven el mundo con un dedo” se nos presenta ya en las primeras páginas de la novela. Y, como dice don Julio, “creo que el gringo ha olido petróleo por ese lado”. El precio de la riqueza y de la modernización que se le propone al latifundista incluye “limpiar de huasipungos las orillas del río”, desembarazarse de los indios a los que se les había cedido unos terrenos a la puerta de la hacienda, “ese pedazo de tierra que se les presta por el trabajo que dan a la hacienda” y que “en medio de su ignorancia lo creen de su propiedad”. Como “toda propiedad rural se compra o se vende con sus peones”, esos peones van a ser los que más tengan que pagar, como ya lo habían hecho cuando la agenda, con indepen-

dencia de lo que dijeran las leyes, la marcaban los españoles desde fuera. Ahora morirán en condiciones de extrema dureza por hacer una carretera que permita los negocios de los gringos y de los latifundistas. “Más mueren en la guerra y, sin embargo, nadie dice nada”, sentenciará don Alfonso, el latifundista. Y si los indios intentan un mínimo de rebeldía, se recurrirá al ejército que los masacrará sin contemplaciones. Al fin y al cabo, como en la novela diría un periódico a propósito de la “hazaña” de construir una carretera, “hay que dar a la expansión del capital extranjero todas las comodidades que él requiere”.

Las víctimas son la periferia de la periferia: los indios. El “imperialismo de turno”, en alianza con los “gamonales”, produce víctimas reales, irrelevantes desde el punto de vista de la agenda del Centro, inexistentes en los medios de comunicación, y a las que les cuesta rebelarse dado el vigor con que el cura les convence, el teniente político los fiscaliza y el terrateniente controla su subsistencia. Cuando lo hacen, “no era el hambre de los rebeldes que se dejan morir. Era el hambre de los esclavos que se dejan matar saboreando la amargura de la impotencia”. Son los que están fuera de la agenda entonces como ahora, aunque veremos más adelante, en el presente libro, que las cosas sí están cambiando y no sólo en el Ecuador.

Para entender a estos ausentes no hay que recurrir a ningún “choque de civilizaciones” como ahora se diría. Tampoco es cuestión de un choque de “razas”: *Raza de bronce*, según el título del boliviano Alcides Arguedas, por un lado y blancos o criollos por otro. Tampoco sirve de mucho atribuir un carácter místico o mesiánico a los perdedores, sean el POUM (o el proletariado si se prefiere), sean los indios. Lo que importa, en todos esos casos, es qué pretenden los que mandan. Y, entre otras cosas, de eso se trata aquí: de cuál sea esa agenda y de cómo se defiende, pero sin olvidar a los que pierden en batallas no tan épicas como las que, con ojos anglosajones, poblaron la revolución (fallida) en España. Tal vez Icaza no entendió a los indios ni Orwell a los españoles de uno y otro bando. Por mi parte, no pretendo aquí entender a las víctimas, ni hablar en su nombre, ni siquiera proclamar que “otro mundo es posible”. Sólo quiero levantar acta de la agenda de los que mandan.

Estos temas, tarde o temprano, se topan con el asunto de los medios de comunicación. Por ejemplo, los periódicos del lejano Quito que, en *Huasipungo*, ensalzan la noble hazaña en pos de la modernización llevada a cabo por el latifundista y el ingeniero enviado por el Mi-

nisterio y no dicen ni una palabra sobre los indios a los que se ha llevado a la muerte en un trabajo extenuante, peligroso y gratuito para así poder ofrendar la nueva carretera a los “gringos”. Otro ejemplo son las referencias de Orwell a la propaganda y manipulación comunista con respecto a las milicias y al Ejército Popular (los éxitos, siempre del segundo; los excesos y fracasos, siempre de las primeras). En este libro las referencias a los medios de comunicación van a tener que aparecer igualmente.

Pongamos el caso del Foro Social Europeo que se inició en Florencia el 6 de noviembre de 2002. El caso podía tener su interés: miles de personas se iban a reunir para buscar una agenda alternativa para Europa dentro de la búsqueda de agenda alternativa del Foro Social Mundial de Porto Alegre. Ese día recorrí las primeras páginas de prácticamente todos los periódicos “de referencia” europeos, más alguno estadounidenses por si acaso, incluyendo el *International Herald Tribune*. No había prácticamente ninguna referencia. Al parecer, para alguno de ellos, las revelaciones del mayordomo de Lady Di merecían más los honores de estar en la primera página. Tal vez se me escapara alguna más, pero sí encontré una, la del *Corriere della Sera* (Milán) que transformaba la noticia en una noticia local. Es cierto que en esa primera página comenzaba un artículo de Walden Bello hablando del evento y hablando bien. También es cierto que había un vitriólico artículo, en esa misma página, de Oriana Fallaci, en el que llamaba a los florentinos a cerrar puertas y ventanas y demostrar su desdén por los que se iban a reunir, y comparaba la prevista manifestación de 2002 con actos protagonizados por los fascistas de Mussolini en 1922. Pero para entender el artículo, que después sería comentado en otros periódicos europeos, tenía que leerse en clave local y reflejaba más algunas cuestiones incluso personales que no una toma de posición ante lo que en Florencia iba a ser discutido en el Foro. La noticia en sí (que en el interior ocupaba tres páginas) acababa siendo una noticia... ¡local! Lo que importaba era el riesgo de actos vandálicos unido a las declaraciones de Berlusconi, Pisanu y De Gennaro. Si algo había en la noticia sobre el contenido del Foro era la constatación (“Alla fine, è sempre politica”) de las luchas internas por el liderazgo de lo que allí iba a suceder. El titular de *El País* (Madrid, 8 de noviembre de 2002) no podía resumir peor la complejidad: “El duelo Oriana Fallaci-Dario Fo marca el Foro Social de Florencia”. No está mal como resumen.

Walden Bello terminaba su artículo en el *Corriere della Sera* (página par, parte inferior derecha, y sin que tuviera ningún eco comparable al desahogo de Fallaci) diciendo: “Mientras la crisis del capitalismo se hace más profunda, los procesos del Foro Social Mundial y del Foro Social Europeo se convierten en fundamentales. Hoy, la globalización guiada por las multinacionales está creando la misma inestabilidad, el mismo resentimiento y la misma crisis que son el caldo de cultivo de las fuerzas populistas autoritarias, fanáticas y fascistas -la “barbarie” que Rosa Luxemburg supo individuar en el fascismo con el que las elites reaccionarias hicieron causa común. Las fuerzas que representan la solidaridad humana y la comunidad no tienen otra elección que comenzar a darse prisa en convencer a las masas desilusionadas diciéndoles que, a pesar de todo, otro mundo es posible, ya que la alternativa sería, como en los años 30, ver cómo el vacío venía rellenado por terroristas, demagogos del derecho religioso y secular y por difusores del nihilismo y la irracionalidad”.

No hace falta ser muy paranoico y creer en teorías de la conspiración (por supuesto, conspiración siempre contra el que lo dice) como para no darse cuenta de que la agenda generada por los periódicos, o pretendida por los mismos consciente o inconscientemente, no incluye los temas que después estarían en Florencia en los plenarios de la tarde bajo el epígrafe de “Alternativas”, a saber, la noviolencia en la gestión de los conflictos, la economía social (10 por ciento del empleo en Francia, que no está nada mal) y la democracia participativa. Sí había noticias sobre conflictos y su solución de “ardor guerrero”, sobre economía depredadora y sobre elecciones más o menos “participativas”. En este último lance, no se incluía el secreto mejor guardado de las elecciones de *mid term* el 5 de noviembre de 2002, a saber, qué porcentaje del electorado había participado en la ceremonia electoral, cifra (39 por ciento) que yo no encontraría hasta el 8 de noviembre y al final de un artículo del *International Herald Tribune* dedicado a los fallos y no fallos en los sistemas de recuento (Remember Florida!). Pero sobre esta agenda alternativa (no es la única, claro está), las noticias había que buscarlas con algo más de esfuerzo que el necesario para la lectura rápida de los titulares de las primeras páginas.

No se crea que la agenda llamémosle “oficial” es más fácil de conseguir. Rossana Rossanda se maravillaba, desde las páginas de *Il Manifesto* que un documento como el “National Security Strategy for the

United States of America”, no hubiera merecido mucha atención en los medios, “de referencia” o no. Y eso que *The Economist* (28 de septiembre – 4 de octubre de 2002) lo había calificado como el documento geopolítico más importante de los últimos tiempos. Por decirlo todo, el semanario *Temas de nuestra época* (Madrid) le dedicó un número monográfico a finales de 2002, pero fue un caso excepcional.

La cosa es que el periodismo tiene sus reglas y no hay que pedir a los medios lo que los medios no pueden dar, como se discute aquí, en el apéndice. Por eso se escribe este libro. La información no se nos oculta. Pero es trabajoso dar con ella y siempre es arriesgado interpretarla. He procurado encontrarla y me arriesgo a malinterpretarla y a ser malinterpretado como Oriana Fallaci malinterpretaba a los reunidos en Florencia, a “los presuntos pacifistas, las falsas palomas, que la paz la invocan haciendo la guerra y la exigen a una parte solamente, es decir, sólo a los americanos”. Mas no he de callar por más que, con el dedo, silencio pidas o atención reclames.

Cuenca, Ecuador, 23 de noviembre de 2002

Notas

- 1 Simón Espinosa Cordero, “Aguiles y sus talones”, *Hoy*, 7 de junio de 2002.
- 2 Alain Touraine, “La caída de la socialdemocracia”, *El País* (Madrid), 24 de abril de 2002. Paul Krugman (“America’s angry people are in power”, *International Herald Tribune*, 24 de abril de 2002) ve como gran diferencia entre Francia y los Estados Unidos que en este último país ese tipo de gente ya está gobernando.
- 3 La realidad es más irónica que las ironías del mayor irónico. Véase Carlos Antonio Aguirre Rojas, “El macartismo planetario. América Latina después del 11 de septiembre”, *Masiosare* (México) 9 de julio de 2002. En el mismo sentido, Janette Habel, “Entre globalización y militarización”, *Rouge*, 4 de abril de 2002, en www.lain-signia.org/2002/abril/int_055.htm.

LO QUE SE DEJA FUERA

Es aconsejable comenzar indicando qué es lo que **no** se pretende hacer en estas páginas.

En primer lugar, no hay ningún intento de exponer remedios para acabar con la violencia directa, con la violencia física. Un reciente artículo de *El Tiempo*, periódico colombiano, puede servir para descartar este primer propósito¹. El diario anunciaba el reconocimiento que, en octubre de 2002 y en el Primer Congreso Internacional de Prevención de la Violencia a celebrar en Bruselas, se iba a hacer a la capital colombiana como ejemplo de “política exitosa en este campo”, es decir, en el de la prevención de la violencia directa. Los datos proporcionados por el subsecretario de Seguridad y Convivencia eran claros: “Entre 1994 y el 2001, las muertes violentas pasaron de 6.822 a 3.315, mientras los homicidios se redujeron en 54 por ciento, los suicidios en 16 por ciento y otras muertes accidentales en 61 por ciento”. Los instrumentos mediante los cuales se habría conseguido esta disminución eran los razonablemente previsibles, a saber, Bogotá “invirtió más recursos para la profesionalización y modernización de la policía, fortaleció la Fiscalía con la creación de cinco unidades de reacción inmediata, creó la Unidad Permanente de Justicia, recuperó sectores críticos como San Victorino y El Cartucho, creó la unidad de atención a la población desplazada por la violencia y aplicó medidas preventivas como la ‘hora zanahoria’ [referente al abuso del alcohol] y el desarme voluntario”. Como se ve, la violencia directa no disminuyó gracias a que aumentaran las penas para los delincuentes, sino gracias a que aumentó la probabilidad de que fueran detenidos y juzgados, al tiempo que se hacían disminuir las ocasiones de dicha violencia. En general, disminuir el nivel de violencia supone hacer que la violencia deje de ser “rentable” para los que la practican al tiempo que se previenen las ocasiones en las que el enfrentamiento puede producirse. Sobre esta prevención sí se va a hablar aquí.

Hay otro aspecto que tampoco se va a tratar aquí directamente. Ahora el ejemplo puede ser un editorial del *Christian Science Monitor*

(EE.UU.). En él se decía que la pregunta “por qué nos odian” que frecuentemente se hacen los estadounidenses después del 11 de septiembre, estaba siendo sustituida, en manos de la administración del segundo Bush, por “cómo hacer que nos quieran” y que para eso se estaba poniendo en marcha un departamento de “comunicación global”. “La guerra contra el terrorismo [¿contra todo terrorismo? JMT] no es básicamente una guerra militar, excepto en Afganistán, ya que Al Qaeda no es un ejército en sentido estricto”. Lo que haría falta es una “diplomacia pública” o, en otras palabras, una campaña para conquistar corazones y mentes dirigida básicamente a Oriente Medio. “La vieja visión era que la guerra es diplomacia por otros medios. Ahora la diplomacia tendría que ser guerra por otros medios”. En otras palabras, junto a la violencia directa hay toda una serie de actividades que están planificadas o, por lo menos, son funcionales para que otros tipos de violencia sean aceptados. El periódico estadounidense es consciente de esta cuestión cuando añade que esta “arma” [sic] de las relaciones públicas se usa porque los Estados Unidos tienen un problema de imagen. “La dificultad, sin embargo, está en decidir si esta mala imagen está basada en información falsa o en políticas de los Estados Unidos que no parece que vayan a cambiar, como puede ser el caso del apoyo a la existencia de Israel”².

De la misma forma que hay un pragmatismo particular en los que quieren acabar con la violencia directa sin ver qué puede hacerse para prevenirla, hay también un pragmatismo en los que no se preocupan si la mala imagen es verdadera o falsa y creen que lo que hay que hacer, mediante el “arma” de las relaciones públicas, es evitarla, compensarla, transformarla en aceptación y, eventualmente, sumisión. Esta forma de hacer aceptable la violencia directa está muy difundida y es, como se ha dicho, consciente, voluntaria y sistemática y entra en las campañas de imagen, (des)información, intoxicación informativa, relaciones públicas y marketing político/social/empresarial en general y de los Estados Unidos hacia el mundo en particular.

El antecedente literario es el *newspeak* y el Ministerio de la Verdad del 1984 de Orwell³. Pero el inicio de estas prácticas organizadas y sistematizadas es relativamente reciente. Noam Chomsky lo narra de la siguiente manera: “La Primera Guerra Mundial fue la primera vez en que hubo propaganda estatal altamente organizada. Los británicos tenían un Ministerio de Información, y realmente lo necesitaban, porque

tenían que meter a los EE.UU. en la guerra o tendrían muchos problemas. El Ministerio de Información se dedicó a enviar propaganda, incluyendo grandes invenciones sobre las atrocidades de los ‘hunos’ y cosas por el estilo. Estaban dirigidos a los intelectuales americanos bajo la razonable suposición de que era la gente más crédula, más dispuesta a creer la propaganda. También son los que se encargaron de divulgarlo en su propio sistema. Los documentos del Ministerio Británico de Información (muchos de ellos han sido desclasificados) muestran que su objetivo era, en sus propias palabras, controlar el pensamiento de todo el planeta, apenas un objetivo menor, pero especialmente de los EE.UU. No les importaba mucho lo que pensara la gente en la India. El Ministerio de Información consiguió engañar a los intelectuales americanos para que aceptaran las invenciones de su propaganda de una forma apabullante. Estaban orgullosos de ello. Y con razón, pues les salvó el cuello. Sin eso, hubieran perdido la guerra. En los Estados Unidos fue otra historia. Woodrow Wilson fue elegido en 1916 con un programa contra la guerra. Los EE.UU. eran un país muy pacifista. Siempre lo ha sido. La gente no quiere ir a luchar en guerras foráneas. El país estaba muy en contra de la Primera Guerra Mundial y Wilson había sido elegido con un programa contra la guerra. Pero él quería ir a la guerra. Así que el tema era ¿cómo hacemos que este pueblo pacifista se convierta en lunáticos histéricos anti-alemanes para que quieran ir a matar a todos los alemanes? Eso requiere propaganda. Así que montaron la primera y realmente única gran agencia estatal de propaganda en la historia de los EE.UU. Se llamaba el Comité de Información Pública (bonito título orwelliano), también conocida como Comisión Creel. La tarea de esta comisión era llevar a la población a una histeria nacionalista. Funcionó increíblemente bien. En unos pocos meses, hubo una histeria colectiva a favor de la guerra, y los EE.UU. pudieron entrar en ella. Mucha gente quedó impresionada por estos hechos. Una de ellas, y eso tuvo repercusiones en el futuro, fue Hitler. Se lee en *Mein Kampf* que llega a la conclusión, bastante justificada, de que “Alemania perdió la Primera Guerra Mundial porque perdió la batalla de la propaganda”⁴. Y en esas estamos.

Es preciso, de todas maneras, matizar algo estas afirmaciones. Para ello puede servir un documento sobre “diplomacia pública” firmado por la Comisión Asesora de los Estados Unidos sobre Diplomacia Pública y publicado a finales de 2002 por el Departamento de Estado⁵ y

al que se refiere la editorial del *Christian Science Monitor*. Si hay que hacer caso a dicho documento, la diplomacia tradicional estadounidense costaría a sus contribuyentes 25 millardos [*billion*] de dólares, algo menos que el espionaje y contraespionaje que ascendería a 30 millardos⁶ y, ciertamente, menos que la “persuasión a audiencias internacionales”, rubro al que sólo se dedicaría un millardo de dólares, y, por supuesto, la investigación de la opinión pública en el extranjero, que sólo consumiría 5 millones de dólares al año, cifra, a decir del informe, sensiblemente inferior al coste de las encuestas para algunas campañas electorales para el Senado. Para tener una idea comparativa, la Oficina del Congreso (de los Estados Unidos) para los Presupuestos, y para el caso de la guerra contra Irak, “calculaba que el incremento de costes que produciría un despliegue de fuerzas en el Golfo Pérsico (es decir, los costes en los que se incurriría por encima de las operaciones de rutina ya presupuestadas) sería entre 9 y 13 millardos [*billion*] de dólares. Mantener una guerra costaría entre los 6 y los 9 millardos al mes - aunque la CBO (Oficina para los Presupuestos) no puede estimar lo larga que podría ser tal guerra -. Al finalizar las hostilidades, el coste de repatriar las fuerzas estadounidenses estaría entre los 5 y los 7 millardos. Finalmente, el incremento de costes para una ocupación después de las operaciones de combate se movería entre 1 y 4 millardos al mes”⁷. También estos datos deben ser puestos en perspectiva: los anuncios en prensa y televisión en el año electoral 2002 costaron, en conjunto, un millardo de dólares. Sólo los anuncios en televisión por parte de candidatos, partidos y organizaciones políticas habrían ascendido a 678 millones de dólares⁸.

El informe sobre “diplomacia pública” se quejaba de la reducción, durante los años 90, del gasto en asuntos internacionales, debida al problema del déficit público (déficit fiscal), a las políticas contrarias al “big government” y, como se dice en el informe, a “la tendencia a largo plazo a militarizar los asuntos exteriores” [sic], tendencia agudizada en la Presidencia del segundo Bush. Los autores del informe hablan de la necesidad de “escuchar más las preocupaciones, miedos, necesidades y ambiciones” de los otros, pero también de “diseminar información creíble” que sirva para “apoyar los propios intereses” y “presionar a los líderes de otros países”. Por supuesto, dicen, que hay que “tener en cuenta las reacciones esperables” por parte de los demás, pero en ningún caso esas reacciones tienen que ser determinantes de las propias

decisiones. La propuesta más importante (y es importante conociendo el comportamiento habitual de los políticos) es que el Departamento de Estado abandone esa competencia y que pase a depender directamente de la Presidencia, proponiendo la creación de una Oficina de Comunicaciones Globales que cumpla con los propósitos de “informar” y “presionar”.

En otras palabras, que la militarización es más importante que la (des)información, pero que esta última tiene como objetivos básicos “apoyar los propios intereses”, no la Verdad, por supuesto.

Cuando esta información no es suficiente (y no suele serlo), una forma de hacer aceptables las relaciones entre la potencia hegemónica y el resto del mundo consiste en acusar de antiamericanismo (con el calificativo de más o menos visceral o de más o menos trasnochado) cualquier intento de análisis de lo que sucede en los Estados Unidos y de lo que dicho país hace para ser “amado” que, en el caso de América Latina, incluye una serie de actuaciones que va, por lo menos, desde el Proyecto Camelot de los años 60 al National Endowment for Democracy de principios del segundo milenio. El “Democracy Project” de ahora está tan patrocinado por la American University (Washington DC) como lo estuvo en su día el Proyecto Camelot. El recurso no es muy original ni en el tiempo (en la época de la “caza de brujas” era de ser *unamerican*) ni en el espacio. Véase, si no, lo que dice una escritora india sobre sí misma: “En la India, todos cuantos hemos expresado nuestros puntos de vista sobre las bombas nucleares, las grandes presas y la globalización corporativa, así como sobre la ascensión del fascismo comunal hindú, hemos sido catalogados como antinacionales”⁹. O lo que sucede con las acusaciones de “antisemitismo” para posiciones que, a la postre, resultan ser de conocidos y reconocidos intelectuales “semitas” (si es que tal palabra tiene sentido para ser aplicada *solamente* a los israelitas) o, lo que es lo mismo, que la acusación de “antisemita” sea la forma más rápida y cómoda de obviar las dificultades para ser legitimada que tiene la política de los gobiernos de Israel y de sus apoyos estadounidense¹⁰.

Esta acusación de antiamericanismo (la acusación de filoamericanismo es más rara¹¹) se llega a extender a cualquier crítica a cualquier política llevada a cabo por cualquier Administración estadounidense. Para ver que no es exactamente así, véase la crítica que hace Al Gore a determinadas políticas “antiamericanas”, es decir, contrarias a

los intereses del pueblo estadounidense, puestas en práctica por la administración del segundo Bush¹² o el alegato de Jimmy Carter frente a las que él ve como violaciones de los derechos humanos en los Estados Unidos¹³ o la dura acusación que, ante el Senado de los Estados Unidos, hace el Tribunal de Control del Espionaje Exterior en el sentido de que “el Departamento de Justicia de Estados Unidos y el FBI tienden a vulnerar los principios constitucionales y mienten con frecuencia”. “La información facilitada al Comité Judicial del Senado confirma que el fiscal general, John Ashcroft, asumió tras el 11 de septiembre poderes que traspasaban los límites de la Constitución”¹⁴. El que va contra la Constitución, por lo menos desde la perspectiva del patriotismo o lealtad constitucional, es el realmente “antiamericano”, no el que lo denuncia, a no ser que se opte por la política de “matar al mensajero”. Y decir que lo que se pretendía en Irak era una “guerra por el petróleo, el poder y el halago del imperio” no tiene por qué ser entendido como parte de oscuras conjuras de los enemigos del país, sino que fue frase pronunciada por el congresista estadounidense Jim McDermott (“a war for oil, power and the blandishments of empire”)¹⁵. Estar en la oposición a determinadas políticas practicadas por un gobierno no convierte a quien tal cosa hace en un contrario al pueblo gobernado por tales prácticas: como ya se ha dicho, ser antifranquista no necesariamente significaba ser antiespañol (aunque se intentaba identificar, en algunos casos con razón), ni ser antisoviético convertía al que así actuaba en antirruso, ni antinazi era sinónimo de antialemán. Más bien podría decirse que algunas prácticas franquistas, soviéticas o nazis fueron, realmente, políticas antiespañolas, antirrusas o antialemanas respectivamente, por lo menos desde el punto de vista de los españoles, rusos o alemanes que las sufrieron. Lo mismo puede decirse del “antiamericanismo”.

No se va a tratar aquí, directamente, de este tipo de fenómenos aunque el uso que se va a hacer de los medios de comunicación hará que, de vez en cuando, se roce esta temática¹⁶. Pero el uso de los medios de comunicación tiene que ser entendido: en buena parte, la percepción que se tiene de los problemas viene moldeada (a veces, creada) por los medios de comunicación. El asunto es bien conocido desde la “guerra de Hearst” (la hispano-norteamericana de 1898) y sus periódicos de color amarillo que dieron nombre a un determinado tipo de periodismo. Tal vez lo que reflejan los medios no sea la realidad “real”, pero es real en sus consecuencias¹⁷. De todas maneras, la abundancia de

información, mucha de ella de casi imposible verificación para el que la recibe, hace necesaria la existencia de algún tipo de esquema, de lista o cuadro de referencia mediante el cual poner un poco de orden en el caudal de información al tiempo que permite percatarse de aquellas cosas de las que los medios no dicen nada o dicen muy poco y que, más de una vez, son más importantes que las que aparecen en primera página.

Lo que aquí se pretende, entonces, es proporcionar ese marco de referencia sobre algunos asuntos que pueden llevar a la violencia directa y que no son tan visibles como esta última. No se van a ofrecer, pues, terapias para terminar con la violencia directa ni hay análisis de “cómo nos venden la moto” (según el título del libro de Chomsky y Ramonet). Sólo un intento de entender esa violencia menos visible y que está en las raíces de muchos episodios de violencia directa.

Y dos salvedades más: por un lado, que no se pretende decir que toda la violencia directa tenga como causa (antecedente, origen, fuente) a esta violencia menos visible, violencia estructural como se la llamará de inmediato. La violencia directa puede tener también, y tiene, otros orígenes. Por otro lado, conocer algunas de las causas puede llevar a la tentación de un nuevo eureka: conocidas las causas podemos intervenir en la prevención. Se puede, sí, pero nunca habrá la seguridad de haber hecho imposible así la violencia directa. Primero, porque tiene, como se acaba de decir, otros posibles orígenes y no todo se reduce a la violencia estructural. En segundo lugar, porque el asunto es suficientemente complejo, lleno de retroalimentaciones enmarañadas, como para llegar a formulaciones tan sencillas como el “siempre que hay A es que ha habido B; luego si suprimimos B, desaparecerá A”. En tercer lugar, porque este optimismo de la voluntad, enraizado en un no menos decidido optimismo de la razón propio de la Ilustración, tiene, en *La paz perpetua* de Kant, un glorioso antecedente. Él también, pero hace algo más de 200 años, intentó dar las recetas para terminar en su caso con las guerras entre países. Casi todas se han aplicado y el efecto es conocido: no han terminado las guerras.

El ejemplo inmediato que reduce los optimismos de la voluntad es la misma ciudad de Bogotá a la que se acaba de hacer referencia: el informe citado nada dice del aumento de la violencia de atentados por parte de las FARC sobre todo durante el año 2002, en las elecciones presidenciales y en el triunfo y toma de posesión de Álvaro Uribe con

un despliegue de 20.000 hombres, contra la que las medidas adoptadas y reseñadas poco pudieron hacer. El día de la toma de posesión del nuevo Presidente (7 de agosto de 2002) hubo 15 muertos y 69 heridos por atentados contra la Casa de Nariño y sus alrededores. El alcalde mayor de Bogotá, Antanas Mockus, atribuyó los ataques a las milicias urbanas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)¹⁸.

Los motivos para abordar esta tarea son los siguientes. Uno, ya indicado, es intelectual: introducir orden en el conocimiento de determinados fenómenos que guardan una relación causal complicada, pero real, con la violencia directa. En esta misma línea, está la pretensión de situar las cosas en su contexto. Se puede decir, por ejemplo que los robos callejeros en los Estados Unidos cuestan al ciudadano 3.800 millones de dólares al año y que 19.000 estadounidenses son asesinados al año y organizar campañas sobre la inseguridad ciudadana. Sin negar la necesidad de atajar esta última, no viene mal recordar que el fraude en la asistencia sanitaria le cuesta al ciudadano estadounidense entre 100.000 y 400.000 millones de dólares, el fraude de ahorros y préstamos entre 300.000 y 500.000 millones al año, las estafas en reparaciones de autos le cuestan unos 40.000 millones de dólares al año y el fraude con valores 15.000. Si por violencia física se discute, no vendrá mal recordar que frente a los 19.000 asesinados al año hay 56.000 que mueren al año en su puesto de trabajo (más o menos peligroso) o por enfermedad profesional¹⁹. Situar el problema de la violencia directa en su contexto puede ser esto: hacer ver que hay otras violencias o que se deben a otras violencias o que causan otras violencias.

Otro motivo que se ha tenido para dedicar tiempo a esta tarea es práctico: cuando se conocen algunas de las fuentes de la violencia directa, las tareas de su prevención se hacen más fáciles si es que se desea llevar a cabo, cosa que no siempre sucede y todavía menos si se adopta la perspectiva de las empresas vendedoras de armamento. Hay, finalmente, un motivo ideológico: algunos creemos que esta violencia menos visible, esta violencia estructural, debe ser evitada en sí misma del mismo modo que creemos que hay que evitar la violencia directa. Si los fenómenos que aquí vamos a describir y analizar no tuvieran nada que ver con la violencia directa, aun así habría que abordarlos para intentar reducirlos, minimizarlos y, eventualmente, hacerlos desaparecer sin que, de manera universal, se tenga que excluir el uso de la violencia pa-

ra afrontarla. Violencia legítima, por supuesto, pero con todas las dificultades que tiene la definición de “legítima”²⁰.

Es recomendable, ya desde el principio, reducir las expectativas del lector. Tal vez no es un buen instrumento para aumentar las cifras de ventas del libro, pero sí lo es de honradez intelectual. No tiene mucho sentido esperar acabar con la violencia en el mundo, como no tiene sentido pretender que desaparezca la pobreza o la enfermedad. Los Jinetes del Apocalipsis recuperados ahora por Susan George en su *Informe Lugano* parece que van a seguir con nosotros mientras dure la especie, si no es que terminan con ella. Ponerse objetivos tan extremos tal vez reconforte haciendo pensar que estamos en el camino justo y que pertenecemos a la elite que lucha por el Bien absoluto. Esto es muy gratificante sin duda, pero a la larga termina por generar frustración sin que la realidad haya cambiando de forma notable. Poco se consigue, en efecto, con estas “omnipotencias de las ideas”, con pensar infantilmente que si deseamos algo con intensidad, lo conseguiremos. Y tampoco se consigue mucho, como hacen algunas organizaciones internacionales, reduciendo la tarea a enumerar de manera autocomplaciente los bellos deseos que decimos compartir y que son tales porque son tan formales y carentes de contenido que los puede firmar cualquier país. Tal podría ser el caso de la “cultura de paz” promovida por la Unesco de tiempos de Federico Mayor Zaragoza.

Frente a esta pretensión, y para el campo que ahora nos ocupa, es mucho más sensato y fecundo partir del supuesto de que no hay sociedad sin conflictos, sin contradicciones. Esa fue la sabiduría de los taoístas que llega a nosotros a través de unos de sus discípulos inesperados, a saber, los maoístas, que podían leer un opúsculo como el de Mao sobre “la resolución de contradicciones en el seno del pueblo” en el que, de manera poco marxista, se explica que las contradicciones siempre estarán con nosotros y nunca llegará el fin de la historia, es decir, de las contradicciones. El problema, por tanto, no va a ser el de suprimir los conflictos (como no lo es el de hacer desaparecer la pobreza o la enfermedad en el mundo) sino el de resolverlos o transformarlos bien, sin que lleven a la violencia física. Del mismo modo que el problema no es “la paz en el mundo” sino cómo conseguirla en los enfrentamientos violentos conocidos, el problema no es el fin de la pobreza o de la enfermedad en el mundo sino la satisfacción de las necesidades básicas de las personas concretas enfrente o al lado nuestro. El médico

no pretende acabar con la enfermedad sino curar a los enfermos concretos. Y en este caso, como en el que nos ocupa, no siempre están claros los medios a aplicar para dicha curación.

El caso vasco es un buen ejemplo de esta dificultad para saber qué medios son los más apropiados para alcanzar un determinado objetivo. También es ejemplo de dificultades de entendimiento entre las partes ya que algo dicho “desde fuera” es inmediatamente interpretado como favorable a una de las partes por cuestiones meramente lingüísticas a las que se añade el doble sentido que muchas veces se impone al lenguaje en el contexto vasco. Por ejemplo, usar la palabra “diálogo” ya es motivo para encasillar al que la utiliza en una determinada posición partidista, en este caso, cercana al Partido Nacionalista Vasco (PNV)²¹.

Vayamos a medios y fines y supongamos que el fin buscado por todos los actores en el País Vasco sea básicamente el de acabar con la violencia, cosa harto difícil de suponer. Pero mantengamos la hipótesis. Supongamos también que no se adoptan posturas partidistas que ya llevan como obligatoria una determinada exaltación de uno de los medios y la evidente búsqueda de otros fines (electorales, económicos, clientelistas). Y supongamos que nos acercamos a la situación actual y, sin prejuicios, preguntamos a las partes implicadas qué medios hay que aplicar para conseguir el objetivo de terminar con la violencia, es decir, qué medios hay de evitar que vuelvan a producirse nuevas víctimas.

Hay por lo menos tres respuestas inmediatas: la de Batasuna (brazo político de ETA) que dice que, para terminar con la violencia, el Estado español debe terminar primero con su violencia política (estructural) y directa (cárcel, alejamiento de presos) y debe permitir que el pueblo vasco se exprese libremente y consiga sus objetivos de nación libre (y, ya puestos, socialista “identitaria”). Otra respuesta posible es la del PNV, que tiene en común con la anterior la búsqueda de la independencia -eso es un partido nacionalista-, pero que, además de no ser socialista, dirá que el medio para terminar con la violencia es dialogar con ETA hasta encontrar un acomodo y un compromiso, aceptar que Batasuna siga existiendo ya que, de lo contrario, seguirá habiendo víctimas, y buscar caminos pacíficos para la autodeterminación o el “estatus de libre asociación” con España a más o menos corto plazo. La respuesta sobre cuáles serían los mejores medios para acabar con la violencia, que da el PP -Partido Popular- y, por consiguiente, los socialistas, es la de “basta ya” de contemporizar, de buscar el diálogo y de acep-

tar la posibilidad de un referéndum (anticonstitucional) sobre la autodeterminación y que lo que hay que hacer es confrontar y afrontar a los violentos, perseguirles y castigar sus asesinatos, masacres y violencia cotidiana, respetar la memoria de las víctimas ya producidas y rechazar las propuestas nacionalistas vengan de donde vengan (Batasuna o PNV). Por parte del Partido Socialista de Euzkadi (PSE-EE) se recuerda a dónde llevaron amnistías, conversaciones de Argel y demás intentos de reconducir la situación. Habría una cuarta respuesta, minoritaria, que propondría aislar políticamente a Batasuna mediante el acuerdo entre todos los partidos que rechazan el medio de la violencia, en una especie de reedición del Pacto de Ajuria Enea, para lo cual no sería de recibo ni el diálogo con ETA ni el poner la línea de demarcación en la cuestión del nacionalismo vasco frente al español. Para lograr que no haya más víctimas, y ciertamente a largo plazo, lo que haría falta es reducir la crispación política entre “no violentos” y afrontar el contencioso de fondo aunque sea un punto que el PNV tiene en común con ETA. Esta posición, con muchas ambigüedades, es la adoptada aparentemente en el Consejo Político Federal de Izquierda Unida de principios de octubre de 2002. Para “conseguir el cese de la violencia” el coordinador general de la formación habría apelado a la unidad del partido “por la paz y contra el terrorismo” sobre las bases de un firme rechazo a ETA y Batasuna, la oposición a cualquier “atajo democrático y constitucional” para ilegalizar a esta formación y la “búsqueda de un diálogo sin exclusiones”²². En la misma página en la que se da cuenta del citado Consejo Político Federal, Felipe Alcaraz, portavoz de IU en el Congreso, declara: “Defendemos un proyecto, modelo y estrategia diferentes a la propuesta de Ibarretxe y al nacionalismo español rancio que representa el presidente José María Aznar. Buscamos *un tercer espacio* [énfasis añadido, JMT], apostamos por el diálogo y por tender puentes. Queremos regresar al espíritu de Ajuria Enea”.

Todos pueden mostrar argumentos a su favor, pero nadie puede demostrar con certeza que su medio es el apropiado para llegar al objetivo prefijado. Los “españolistas” del PP podrán decir que la política de diálogo del PNV (o incluso la del PSOE en el gobierno) ha llevado a la violencia actual y los “vasquistas” (tan nacionalistas como los anteriores, pero de otra nación) del PNV podrán decir que la política de “basta ya” no sólo no ha alterado el problema sino que lo ha hecho empeorar al introducir todavía más crispación. Los nacionalistas vascos

radicales (“abertzaleak”) de Batasuna podrán decir que las políticas combinadas de unos y otros, pero sobre todo las “españolistas” y las de los nacionalistas españoles radicales, son las causantes de la violencia actual y que ésta no terminará hasta que no termine su causa que es el intento de conseguir “la aniquilación de la izquierda *abertzale* y la aniquilación del proyecto nacional vasco”²³. El PP y el PSE-EE podrán encontrar aberrante tal idea, pero son muchos miles de personas las que la encuentran razonable y la comparten, sin por ello tener razón necesariamente.

El que está en un bando tiende a adoptar las posturas de su grupo de referencia y a considerar a los restantes como adversarios, si no enemigos. Más aún, tenderá a aplicar el dicho evangélico de “quien no está conmigo, está contra mí”. Sin embargo, visto con total desapasionamiento (con la cabeza fría y los pies calientes, que no al revés), no es tan sencillo ver quién tiene razón, a no ser que el argumento sea constatar quién pone los muertos que, en ese caso, son el PP y el PSE-EE, pero también ciudadanos que nada tienen que ver en el conflicto. Lo cual es cierto, pero no garantiza que los que están en ese grupo tengan ya razón por este solo hecho, cosa particularmente evidente cuando la víctima no pertenece a ningún partido ni ha propuesto nunca ningún tipo de solución al conflicto. Y también es innegable y monstruosa la situación que tienen que soportar las personas amenazadas por ETA, que, en el mejor de los casos, tienen que malvivir con guardaespaldas siempre temiendo no sólo por sí sino por el resto de su familia²⁴. Las acciones policiales son necesarias en esta como en otras situaciones como las incluidas en el síndrome del 11 de septiembre, pero no son suficientes²⁵.

Lo que no siempre queda claro es que el rechazo moral que producen los medios violentos o el rechazo político que puedan producir los fines como la independencia, la libre asociación o la autonomía más o menos avanzada, no excluye la posibilidad de plantearse la adecuación de los fines proclamados y los fines utilizados. Todo parece indicar que los medios aplicados por ETA no llevan a los fines políticos por ellos proclamados. Pero parece que ellos no lo ven así aunque es posible que los fines sean otros. Es legítimo discutir estas cuestiones. Y también es legítimo discutir si un determinado medio, como la ilegalización de Batasuna, lleva al fin del cese de la violencia o, por lo menos, a su disminución significativa. Así lo hacía un grupo de escritores vas-

cos²⁶: “Que nos mostremos contrarios a la ilegalización de Batasuna no quiere decir que estemos de acuerdo con sus postulados”; “La situación de los cargos públicos del PP y del PSE, así como otras muchas personas que se han significado por su opción política, no ha hecho sino empeorar y nos produce una gran repugnancia moral”; pero a pesar de todo ello la medida “es contraproducente, si lo que verdaderamente se quiere lograr es un escenario permanente de paz y convivencia y no ahondar más la fractura social”²⁷.

Estas dudas sobre la eficacia de determinados medios son compartidas en otros contextos en los que también son audibles las certezas expresadas por la clase política²⁸. Tomemos en caso de la nueva Presidencia en Colombia. El plan que decía iba a poner en práctica el gobierno de Álvaro Uribe, a decir del periódico bogotano *El Tiempo*²⁹, era bien explícito y claro y los epígrafes que utilizaba el periódico no pueden ser más significativos, a saber, “economía de guerra” (que incluye nuevos impuestos y mayor participación del sector privado en la financiación de la lucha contra los violentos), “fortalecimiento militar” (más policía, más reservistas llamados a filas, mejor equipamiento), “artillería jurídica” (endurecimiento de las leyes y las penas, que incluye la posibilidad de rebajar la edad penal), “golpe al espinazo financiero de los violentos” (en particular en el campo del narcotráfico y el secuestro, sus dos fuentes básicas de financiación), “relegitimación del Estado” haciéndolo presente en ámbitos sociales de los que se había retirado, haciéndolo creíble y reduciendo lacras como la corrupción, y, finalmente, “adiós a la diplomacia por la paz” con menor interés por actores internacionales y reducción del papel de las ONG. La línea, además de su carácter evidentemente belicista hasta en el lenguaje, es la de “una gran ofensiva por derrotar a los violentos, o al menos disminuir su poder para llevarlos a una mesa de diálogo”. Los objetivos, como se ve, pueden ser dos (derrota o negociación), y parte del supuesto, que ya está en Clausewitz, de que para negociar hay que ser fuerte (cosa que, con toda seguridad, también piensan las FARC y el ELN). Pero lo que está por discutir es si los medios llevan a los fines.

Darío Restrepo Vélez, editor de mesa central del mismo periódico, se lo planteaba explícitamente en el título de su artículo publicado el mismo día: “La mano dura ¿nos aleja o nos acerca a la paz?”. No es todo tan evidente como quiere la clase política o los violentos. Ni los fi-

nes de estos últimos son tan evidentes ni los medios aplicados por unos y otros llevan necesariamente a dichos fines. Es cierto, como dirá Restrepo, que ha habido procesos semejantes (el de El Salvador, por ejemplo³⁰), pero no es fácil argumentar con ejemplos en este caso como tampoco se puede argumentar con el ejemplo del IRA y el Sinn Fein para hablar de ETA y Batasuna. Se pueden extraer lecciones, eso sí. Pero el ejemplo nunca prueba nada, sobre todo sabiendo que cada conflicto es un mundo³¹ y que la historia nunca está cerrada. Visto lo que decía, a 21 de octubre de 2002, el periódico ecuatoriano *El Comercio* (“Los grupos armados de Colombia se han tomado varias zonas de Bogotá, Cali, Barranquilla, Pereira y Cúcuta. Las autoridades van perdiendo lentamente el control y su presencia en estas áreas urbanas”) había razones para pensar que los planes de Uribe no funcionaron. Pero no es tan fácil probarlo.

Algo semejante sucedía, a finales de agosto de 2002, con respecto al posible aumento de ataques de los Estados Unidos (e Inglaterra) contra Irak. Suponiendo que el fin fuese contener a un líder “cimarrón” de un “estado canalla” o que fuese demostrar que los Estados Unidos son y seguirán siendo la potencia hegemónica, la discusión de los medios no era tan sencilla. Algunos analistas estadounidenses proponían las siguientes posiciones al respecto³²: “Un grupo está formado por los ‘imperialistas ofensivos’ tales como [Richard] Perle [Asesor del Departamento de Defensa] que quieren hacer un mundo más seguro para la libertad y la democracia mediante la acción militar de los Estados Unidos. Otro es el de los ‘realistas ofensivos’, como el Secretario de Defensa Donald Rumsfeld, que dicen que Hussein ha de ser atacado como medida preventiva, pero se preocupa menos del futuro político de Irak. Y un tercero es el de los ‘realistas defensivos’ que ven a Hussein como una amenaza pero que tiene que ser contenido mediante la continuidad del statu quo”. Los fines, como se ve, no acababan de estar claros y se podían incluir en la lista de posibles objetivos los intereses petroleros y, en general, empresariales, la maniobra distractiva para que se hablara menos de Enron, WorldCom y demás escándalos financieros, el aviso a los sauditas que estaban sacando su dinero de los Estados Unidos, la llamada de atención a la Rusia de Putin que estaba ayudando a Irak pero con la que se quiere hacer negocio petrolero, el mantener el liderazgo mundial a toda costa³³ y un largo etcétera. Pero en todas las hipótesis, el desacuerdo sobre los medios significaba que las cosas no

son tal claridad como pretende cada una de las posiciones... y que hay medios que encajan mejor con los intereses propios que otros, habiendo siempre quien piensa que, en estos asuntos, la diplomacia (negociación, diálogo, conversaciones, tratados) es mejor que la violencia y no por eso es antiamericano³⁴.

Para lo que aquí nos ocupa, y ante la discusión sobre si la Administración del segundo Bush ha estado infringiendo la Constitución estadounidense, un senador del Partido Demócrata, Patrick Leahu, lo decía con claridad: “Preguntar no es ser poco americano [*un-American*] sino decir que nadie lo sabe todo ni tiene todas las respuestas correctas”³⁵. Desgraciadamente, esas cosas se dicen generalmente desde la oposición. Desde el poder se acaba creyendo que se sabe todo y se tienen todas las respuestas. No es raro, desde el poder, pensar que “el debate democrático no es legítimo: tan sólo las voces oficiales estarían en posesión de la verdad”³⁶.

Otra cosa es, en el mundo real, que lo que se quiera no sea acabar con la violencia sino mantenerla, como probablemente es el caso de ETA o el caso de las FARC y hay razones para pensar que también es el caso de la administración del segundo Bush. Si es así, *lasciate ogni speranza voi ch'entrate* si los restantes actores tampoco quieren acabar con la violencia, más allá de la retórica más o menos electoralista, sino que quieren otras cosas. Seamos, pues, conscientes de las limitaciones de planteamientos como los de este trabajo.

Danilo Arbilla, director del semanario *Búsqueda* (Uruguay) escribía un artículo del que se hacía eco *El Comercio* (Ecuador)³⁷ y que, después de decir

“Una propuesta de diálogo, un acuerdo de paz y la realización de elecciones según la Constitución, fueron los golpes que han hecho tambalear a las FARC. Esa es la diferencia; hay valores y principios que son más fuertes que las armas” terminaba así:

“No se combate al terrorismo si se cede a sus chantajes; tampoco se le combate si se dejan de lado determinados valores y se afectan formas de vida que distinguen a la civilización occidental. Así como la desesperación de las FARC es una muestra de que les va mal en su guerra, algunas medidas que se están tomando para enfrentar el terrorismo en otros lados generan dudas sobre quién está ganando.

En los EE.UU. desde el 11 de septiembre se percibe un deterioro respecto a ciertas garantías de los ciudadanos y han aparecido algunas fo-

bias que si no se paran a tiempo pueden dañar más la democracia y a los ciudadanos que las bombas terroristas.

En España se está yendo más lejos y se ha aprobado una ley para proscribir un partido político que tiene representantes electos y está en marcha un proyecto para evitar el financiamiento a los terroristas que esquivan vías judiciales. En términos de democracia la medida tiene aspectos discutibles, pero sin entrar en ello, declararlos ilegales significaría en lo inmediato engrosar las fuerzas terroristas y a la larga se transformaría en el mejor argumento de quienes defienden a estos grupos que dirán que fueron empujados a la violencia al impedirles defender sus ideas en el marco de la democracia.”

Si la reacción es “¿qué sabrá este extranjero sobre España?”, entiéndase que eso mismo puedan decir algunos vascos ante opiniones de quien nunca ha estado en ninguna de las tres provincias o no ha estado durante mucho tiempo (Algún jefe de opinadores madrileños reconocía durante una mesa redonda en Vitoria, en 1999, que llevaba 20 años sin pisar el País Vasco). Todo tiene ventajas e inconvenientes: desde fuera se ve con menos apasionamiento, pero con menos detalles; desde dentro es posible que los árboles no dejen ver el bosque, pero hay mucha más información disponible. En todo caso, el ver “desde fuera” o “desde dentro” (como el *emic* y el *etic* de los antropólogos) puede ser una opción metodológica, pero no un argumento que corrobore *per se* la bondad de los datos obtenidos. Y si de argumentar con ejemplos se trata, la posición del uruguayo puede ser contrapuesta al editorial del *Wall Street Journal* (14 de agosto de 2002) claramente favorable a la política del gobierno del PP con respecto a Batasuna. Y siempre se podrá redargüir esgrimiendo el artículo de *The Economist* en el que se pone en duda que el medio de la ilegalización lleve realmente al fin manifestado³⁸. Pero así no se aclaran los problemas ni se consigue que ya no haya más víctimas.

Al margen de que en los enfrentamientos armados todos pierden y nadie gana realmente, es legítimo, como hace el periodista uruguayo, discutir ante cualquier materia si los medios llevan a los fines, pero también es legítimo discutir, desde la perspectiva de determinados valores y principios, por ejemplo los democráticos, si se pueden admitir unos u otros medios, unos u otros fines. La primera es una cuestión empírica siempre discutible: no es fácil saber de manera irrefutable, en un mundo complejo poblado por muchos actores y muy diversos, do-

tados todo ellos de más o menos libre albedrío, si esos medios llevarán o no a esos fines. Como la lechuza de Minerva, a la que se refería Hegel, que “siempre levanta su vuelo al atardecer”, se puede ver si esos medios han llevado a esos fines cuando las cosas ya han pasado y ya no se puede volver atrás.

Se podrá ver, con el tiempo, si la ilegalización de Batasuna o las políticas de Uribe han conseguido reducir la violencia mientras discutimos su coherencia, su posible eficacia vistos los antecedentes y su compatibilidad con determinados principios. Pero se puede ver qué están consiguiendo las políticas del segundo Bush: “Jamás en la historia han estado tan polarizados los musulmanes y los occidentales; todos sus conflictos se han agudizado y las expectativas árabes han sido elevadas de manera muy fraudulenta”³⁹. O, también: “Cuando el gobierno de los Estados Unidos avanza una declaración de estrategia nacional declarando su propósito de tener la permanente dominación militar del mundo de tal forma que ningún rival pueda ‘ni siquiera pensar’ en desafiarlo, el resultado inevitable es que haga que la gente piense lo impensable. No piensan en desafiar a los Estados Unidos. Piensan en disuadirle”⁴⁰.

Y se puede ver ya qué consiguió Pastrana con su política frente a las FARC, aunque incluso entonces resulta difícil imaginar qué hubiera sucedido de haber aplicado otros medios: no se puede, en aras del método experimental científico, repetir varias veces la caída del Muro de Berlín cambiando alguna de las decisiones en cada caso y viendo qué sucede. No es ésta la posición de los que todo lo tienen claro y se mueven en el mundo de las certezas. Ellos saben (creen saber) cómo son las cosas, aunque es difícil descifrar cómo han conseguido ese conocimiento y esa certeza.

La defensa de la incertidumbre aquí adoptada, creemos que es intelectualmente más correcta que el creer que la certeza está al alcance de la mano. Guste o no guste, todos estos planteamientos incluyen apreciaciones de difícil verificación que pueda ser compartida intersubjetivamente de manera universal. Incluso entre los que comparten determinados valores que pueden orientar sus apreciaciones, es evidente que se dan diferencias y, a veces, diferencias profundas⁴¹. También estamos convencidos de que defender la incertidumbre es políticamente más beneficiosa para la humanidad en la que siempre hay grupos dispuestos a devolverla al estadio de matar movidos por certe-

zas absolutas (religiosas, nacionales, ideológicas) y que se llama fanatismo. Frente a fanatismo, reconocimiento (y elogio) de la incertidumbre⁴².

Algo parecido sucede con las políticas económicas, igualmente sujetas a modas sin base empírica suficiente como ya indicara Paul Krugman. Ahora es Dani Rodrik el que lo constata⁴³. Algunos actores no ven que la violencia de ETA lleve a los fines de esta organización, si sus fines son los manifiestos⁴⁴. Es el caso del autor de este texto. Pero eso no significa que todo el mundo tenga que pensar lo mismo y que tengan razón de manera irrefutable: ETA, o sus corifeos, siempre podrá poner ejemplos que “prueban” lo opuesto, como los contrarios presentarán ejemplos que “prueban” la posición propia. Pero la argumentación con ejemplos no es válida desde una perspectiva metodológica seria, aunque es la más usada en política y en los *talk shows* o las tertulias radiofónicas que tanto auge tuvieron en España. En el campo de la política económica, Rodrik no argumenta con ejemplos sino con conjunto de casos, unos favorables y otros no, y con razonamientos de verosimilitud.

Y si en el caso de la violencia se tendría que ir con tiento cuando se habla de certezas, no con menos tiento hay que ir en el caso del dinero. “Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, alertó en diciembre de 1996 sobre la exuberancia irracional de los mercados, pero no pudo hacer nada más para evitar lo que luego demostró ser una burbuja artificial, según reconoció ayer [30 de agosto de 2002]. La única arma disponible para disuadir aquella especulación era el alza de los tipos de interés, que, de haber sido empleada, hubiese tenido fatídicas consecuencias para la economía, señaló en una convención de cerebros de la economía y las finanzas”⁴⁵. La realidad es que la economía (como algunas de las violencias a las que nos estamos refiriendo) forma parte de un entramado de factores políticos y mediáticos, unos interesados en beneficiarse y otros procurando que veamos las cosas de la forma “apropiada”. La confusión aumenta cuando aparecen posiciones (políticas o mediáticas) que pretenden hacer creer que existen actores privilegiados (Bush, Clinton, Greenspan, en la discusión económica estadounidense) y que todas las variables pueden ser alteradas a voluntad, existiendo una de ellas todavía más privilegiada, como el punto de apoyo con el que mover todo el Universo⁴⁶. No es así. El lenguaje de los políticos es el de “siempre que A, entonces B; luego si

quito B, ya no habrá A”. El lenguaje de los medios tiene que ser necesariamente simplificador: no son una enciclopedia en el caso de los medios escritos y no hay modo de transformar en imágenes algunas ideas poco visibles como “deuda externa” o “violencia estructural”, así que se conforman con las imágenes que tienen disponibles. Desgraciadamente, la realidad es algo más complicada que lo que ambos lenguajes parecen sugerir. Sobre la “burbuja especulativa”, a pesar de existir una notable bibliografía comenzando por el libro de Schumpeter y pasando por el análisis del “crash” del 29 hecho por Galbraith, lo más sensato es decir que no se sabe cómo afrontarla: es como cabalgar un tigre⁴⁷.

Si la anterior cuestión era empírica (la de poder conocer por anticipado la adecuación real en el mundo real de medios reales y fines pretendidos), la segunda cuestión es de opciones personales y, por tanto, todavía más discutible: se trata de saber si los comportamientos violentos y algunos de sus objetivos son compatibles con nuestros valores y principios. Para el caso de muchos entre los que se encuentra el autor de este texto, esos valores son, antes que nada, los del respeto a la vida. Por eso rechazan la violencia de ETA, pero también la de los GAL; la de las FARC, pero también la de los paramilitares; y la del 11 de septiembre, pero también el ataque a Afganistán, con o sin “daños colaterales”, y los sucesivos contra Irak. Podemos aceptar el papel de la violencia policial-militar en la disminución de la violencia de las bandas y en el cese de hostilidades (fuerzas de interposición, “*peacemaking*”, “*peacekeeping*”), pero nos cuesta creer que estos conflictos tengan una solución policial-militar perdurable y mucho menos única.

Al valor que le atribuimos a la vida, se une la defensa de la libertad, la igualdad y la fraternidad reales y cotidianas y la idea de que no se debe responder a la barbarie (del 11 de septiembre, de ETA o de las FARC, por seguir con los ejemplos aquí aducidos) con la barbarie⁴⁸, a sus certezas con otras certezas (las de Bush, Aznar o Uribe), al fanatismo con el fanatismo. El orden de estos principios ya es más complicado y también es complicado el papel que la violencia puede/debe tener para detener la violencia y que *a priori* no negamos. Son principios que tienen muchos elementos del viejo programa de la Ilustración, aunque intentando evitar sus riesgos totalitarios. Y somos conscientes de que no todo el mundo los comparte. Pero, al final, hay algo cercano a la reflexión que hace Orwell en su *Homenaje a Cataluña*, cuando, al sospechar que la caída de Málaga durante la última guerra civil española se

ha debido más a maniobras o traiciones políticas que ha causas estrictamente militares, comenta: “Comenzaron a despertarse en mi mente vagas dudas acerca de esta guerra en la que, hasta entonces, la cuestión del bien y del mal había parecido bellamente simple”.

El periódico *Hoy. Diario de Extremadura*, perteneciente al “Grupo Correo” de origen vasco, terminaba un editorial diciendo: “Estremece comprobar cómo el terrorismo consigue desnaturalizar la democracia, al excitar mecanismos de autodefensa que, de extremarse, podrían llegar incluso a desnaturalizar las libertades más elementales”. En contra de lo que se podría suponer, el editorialista sólo se refería al informe de *Human Rights Watch* en el que se denunciaban determinadas prácticas en la “lucha contra el terror”, pero en los Estados Unidos: “detenciones arbitrarias, violaciones de derechos protegidos constitucionalmente, maltrato físico y psíquico de los detenidos, confinamientos ilimitados en celdas de aislamiento sin mediar acusación formal y sin permitir a los detenidos la asistencia de un abogado”, “la mayor parte de las víctimas de estos excesos fueron ciudadanos de origen árabe, detenidos en casi todos los casos por violación de las normas de inmigración” y hacen que el informe tenga razón cuando dice que “el Gobierno de los EE.UU. no ha respetado los valores que Bush declaró que habían sido atacados el 11-S”⁴⁹. Tal vez los pragmáticos y los realistas sean los que proclaman unos valores y practican otros totalmente diferentes, pero eso no los convierte en “funcionarios de la Humanidad”, según la frase de Edmund Husserl, sino en políticos de poca monta, preocupados a lo más por saldar las deudas con los que les financiaron las campañas electorales (y mala cosa es que los acreedores sean fabricantes o distribuidores de armamento y peor que sean petroleros), pero difícilmente preocupados por el futuro a no ser en el sentido de preocuparse de su propia carrera en el contexto de las próximas elecciones y sólo de su circunscripción.

Notas

- 1 “Organización Mundial de la Salud (OMS) reconocerá a Bogotá como modelo de reducción de la violencia”, *El Tiempo* (Bogotá) 23 de julio de 2002.
- 2 “War by other means”, *Christian Science Monitor*, 31 de julio de 2002. La idea de una Oficina de Información Estratégica siguió adelante: Carlos Fresneda, “¿Por qué se odia tanto a EEUU?”, *El Mundo*, 4 de septiembre de 2002. Para los resultados de la Comisión Asesora sobre Diplomacia Pública, ver la página del Departamento de Estado de los Estados Unidos: www.state.gov/t/adcompd

- 3 Para actualizaciones de la sociedad totalitaria que se pretende sea irreversible, véase Johan Galtung, *Hitlerismo, estalinismo y reaganismo. Tres variaciones sobre un tema de Orwell*, Alicante, Instituto “Juan Gil-Albert”, 1985. Una comparación sistemática, con las debidas excepciones, de la política de la Administración del segundo Bush y las denuncias de la sociedad totalitaria expresadas por Orwell (guerra permanente, Ministerio de la Verdad, Policía del Pensamiento, Gran Hermano etc.) pueden verse en Daniel Kurtzman “George Bush channels George Orwell”, *AlterNet* (www.alternet.org), 30 de julio de 2002.
- 4 Noam Chomsky, “¿Qué hace que los medios convencionales sean convencionales?”, traducción de “What makes mainstream media mainstream?”, *Z Magazine*, octubre de 1997, www.zmag.org/Spanish/0006chom.htm.
- 5 “Building America’s public diplomacy through a reformed structure and additional resources. A 2002 report of the U.S. Advisory Commission on Public Diplomacy”, www.state.gov/r/adcompd.
- 6 Para una historia de las actividades de “ciertos intereses americanos” (que es la forma que alguna revista utilizan para referirse a la CIA) y algunos enlaces igualmente informativos a ese respecto, véase: www.patriagrande.net/estados.unidos/cia.htm
- 7 Congressional Budget Office, “Estimated Costs of a Potential Conflict with Iraq”, septiembre de 2002, [ftp://ftp.cbo.gov/38xx/doc3822/09-30-Iraq.pdf](http://ftp.cbo.gov/38xx/doc3822/09-30-Iraq.pdf).
- 8 Jim Drinkard, “Spending on TV political ads nears all-time high”, *USA Today*, 17 de octubre de 2002.
- 9 Arundhati Roy, “Falsas justificaciones para una guerra”, *El Mundo* (Madrid), 29 de septiembre de 2002.
- 10 Robert Fisk. “Cómo callar a los críticos con una sola palabra”, *La Jornada* (México), 2 de noviembre de 2002. “Antisemita”, “anti-indio”, “antiamericano” serían las formas más sencillas de hacer callar a los respectivos críticos. Fisk se refiere sólo al término “antisemita”. Es curioso, de todas maneras, que estos términos sean más efectivos para la pseudo-discusión que otros como “sionista”, “hinduista fanático” o “fundamentalista americano”.
- 11 Serge Halimi, “L’obsession philo-américaine”, *Le Monde diplomatique*, noviembre de 2002. Véase, también, Rossana Rossanda, “Sí, soy antiimperialista”, *Economía y Política. Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas*, IV, 9 (2002) 228-233.
- 12 Al Gore, “The people versus the powerful”, *International Herald Tribune*, 5 de agosto de 2002.
- 13 Jimmy Carter, “The troubling new face of America”, *Washington Post / International Herald Tribune*, 6 de septiembre de 2002, llega a decir: “Admirado en otros tiempos de manera casi universal como el más eminente defensor de los derechos humanos, nuestro país se ha convertido en el blanco de las críticas de respetadas organizaciones internacionales preocupadas por estos principios básicos de la vida democrática”.
- 14 Enric González, “Un alto tribunal de EE UU acusa al FBI de vulnerar la Constitución”, *El País* (Madrid), 24 de agosto de 2002. También: “Un tribunal de EEUU de-

- clara que las detenciones secretas tras el 11-S son ilegales”, *El Mundo* (Madrid), 28 de agosto de 2002
- 15 Véase la página de Foreign Policy in Focus, “The project against the present danger. Standing in defense of international law, international cooperation and multilateralism”, www.presentdanger.org/concern.html.
 - 16 Para una discusión más detenida del uso de los medios y, en particular, de los escritos, véase aquí mismo el Apéndice “Sobre el uso de los medios de comunicación”.
 - 17 Cierto es también que algunos hechos son tozudos. Las imágenes de buena política económica pueden “animar” a compradores y vendedores, es decir, a los “mercados”, pero estas imágenes no sustituyen totalmente a una buena política económica: Véase Patrick E. Tyler, “His options limited, Bush turns to images”, *The New York Times / International Herald Tribune*, 15 de agosto de 2002.
 - 18 *El Tiempo* (Bogotá), 8 de agosto de 2002.
 - 19 Russell Mokhiber, “Los principales cien criminales corporativos de la década” (*Corporate Predators*), www.rebellion.org/imperio/predators231102.htm.
 - 20 Me remito a José María Tortosa, *El largo camino De la violencia a la paz*, Alicante, Universidad de Alicante, 2001.
 - 21 Véase Amando de Miguel, “Los que ayudan a los terroristas”, *La Razón* (Madrid), 2 de diciembre de 2001. También Joaquín Arriola, “El autismo vasco”, *La Insignia* (www.lainsignia.org), 13 de julio de 2002. Y Fernando Savater, “El asco”, *El País* (Madrid), 8 de agosto de 2002.
 - 22 *El Correo* (Bilbao), 7 de octubre de 2002.
 - 23 En una entrevista concedida a Pedro J. Ramírez y publicada en *Diario 16* (Madrid, 21 de diciembre de 1988) “la dirección de ETA militar” hablaba de que “es terrible la muerte de compañeros nuestros. También son terribles los episodios de la guerra del 36 que se olvidan fácilmente. Terribles han sido las ejecuciones en masa de la postguerra. Terribles son hoy en día las espeluznantes torturas infligidas a la inmensa mayoría de los detenidos vascos, la represión brutal de las manifestaciones. Tan terrible como que las aspiraciones del pueblo vasco han sido negadas por la fuerza de las armas. Nuestras reivindicaciones han sido pisoteadas. Y seguimos ocupados militarmente. Frente a esa situación tenemos que responder. Y es de lamentar que se den hechos como en tantos actos de guerra ocurre...” (“Efectos colaterales” *avant la lettre*).
 - 24 42.000 personas en el País Vasco y Navarra, según estimaciones de Gesto por la Paz (*El País*, 9 de noviembre de 2002).
 - 25 Manuel Castells, “La guerra red”, *Economía y Política. Revista dela Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Cuenca*, IV, 9 (2002) 48-53 distingue entre la necesidad de desarticular la red, prevenir la reconfiguración de la red y evitar la reproducción de la red. El primer asunto es el militar-policial, pero no puede ser el único, so pena de que se reconfigure y se reproduzca si no se atajan las causas.
 - 26 Iban Zaldúa, Patxi Zubizarreta y 7 firmas más, “Otro artículo inútil”, *El País*, 27 de septiembre de 2002.

- 27 Los autores dicen: “no somos tan ingenuos como para pensar que la vía *militarista* no tiene ninguna posibilidad de acabar con ETA y de pacificar el país”, pero piensan que eso sería (y no es su frase) “pan para hoy, hambre para mañana”: un alto en el camino que reproduciría más adelante los mismos problemas, si no agravados.
- 28 Los escritores vascos “firmantes de este artículo no tenemos certezas inamovibles, como los políticos que, de uno y otro lado, nos conminan: ‘o conmigo o contra mí’. Tenemos dudas, preguntas temores.”
- 29 “Colombia acepta el reto de la guerra”, *El Tiempo*, 17 de agosto de 2002.
- 30 Aunque si el caso de El Salvador muestra algo, es el riesgo de que los militares retornen a la escena política dejando sus cuarteles y entrometiéndose en campos para los que la Constitución no les asigna actividad alguna.
- 31 Para más detalles sobre las dificultades de las propuestas de Uribe: Mariano Aguirre, “Opciones para Colombia”, *AlertNet* (Reuters Foundation), 16 de agosto de 2002 (www.alertnet.org/thefacts/reliefresources).
- 32 Peter Grier, “Behind US rifts on hitting Iraq”, *The Christian Science Monitor*, 21 de agosto de 2002, reflejando la tipología de Ivo Daalder, de la Brookings Institution.
- 33 Por ejemplo, Zbigniew Brzezinski, Asesor para la Seguridad Nacional durante la Presidencia de Carter: “If we fight, it must be in a way to legitimize global U.S. role”, (*The Washington Post*) *The Guardian Weekly*, 22 de agosto de 2002. Para una lista, siempre incompleta de los motivos detrás de aquellas decisiones, véase Manuel Castells, “¿Por qué Irak?”, *El País*, 2 de octubre de 2002. En términos más generales, pero subrayando el papel del petróleo, Michel Collon, “La guerra global ha comenzado”, *Sediciones*, 19 (2002) 9-51. Todo parecía indicar que se trataba de una mezcla de factores, además de la inminencia de las elecciones de *mid term* el 5 de noviembre de 2002, a saber, la reconstrucción militar, la adquisición de reservas petroleras y la lucha contra el terrorismo, o, si se prefiere, los intereses militares, económicos e ideológicos de la potencia hegemónica: Michael Klare, “Les vrais desseins de M. George Bush”, *Le Monde diplomatique*, noviembre de 2002. Si el fin principal era aumentar las posibilidades electorales de los republicanos en las elecciones del 5 de noviembre, hay que reconocer que el medio llevó a tal fin y de forma notable, aunque el éxito republicano no se pueda atribuir únicamente a esta “guerra es paz” practicada desde la Casa Blanca.
- 34 Henry Precht, “Think before leaping into war”, *The Christian Science Monitor*, 22 de agosto de 2002.
- 35 Charles Lane, “Has Bush infringed the constitution? The debate heats up”, *The Washington Post / International Herald Tribune*, 3 de septiembre de 2002. El término “un-American” [no-americano] fue muy usado por el Comité de Actividades No-americanas [antiamericanas] de la Cámara de Representantes que ejerció su “caza de brujas” desde 1937 a 1969.
- 36 Susan George, *Pongamos la OMC en su sitio*, Barcelona, Icaria, 2002, pág. 51.
- 37 Danilo Arbilla, “Marchas y contramarchas”, *El Comercio* (Quito), 8 de agosto de 2002.
- 38 “Batasuna banned. A mistake, even though ETA’s political party deserves no sympathy”, *The Economist*, 29 de agosto de 2002. En la misma línea, el editorial de *The*

- Guardian Weekly*, “United in error”, 5-11 de septiembre de 2002 (“Es mejor tener a Batasuna como un partido minoritario que hacer nuevos mártires de sus miembros”).
- 39 Robert Fisk, “Mundos de diferencia”, *La Jornada*, 12 de septiembre de 2002. El articulista no achaca toda la responsabilidad de la polarización a la Administración estadounidense.
- 40 William Pfaff, “An American invitation to deter America”, *International Herald Tribune*, 24 de octubre de 2002.
- 41 Véase el caso de la izquierda estadounidense ante el síndrome del 11 de septiembre y la relación con el “eje del mal” primero y con Irak después: Adam Shatz, “The left and 9/11”, *The Nation*, 23 de septiembre de 2002.
- 42 Guy Bourgeault, *Éloge de l’incertitude*, Montreal, Bellarmin, 1999.
- 43 “After Neoliberalism, what?”, trabajo presentado en el encuentro *Alternatives to Neoliberalism*, Washington DC, 23 de mayo de 2002. Una versión posterior está disponible en www.new-rules.org.
- 44 Ya no está tan claro si se puede pensar así incluso si el único fin de ETA, según la teoría de la bicicleta que también aplican las organizaciones mafiosas, es seguir existiendo.
- 45 R. M. de Rituerto, “Alan Greenspan reconoce que no pudo evitar la burbuja financiera”, *El País*, 31 de agosto de 2002. Véase también Ernesto Ekaizer, “Los ejercicios espirituales de Greenspan. La burbuja y la deflación son males económicos tan impredecibles como recurrentes”, *El País*, 1º de septiembre de 2002.
- 46 Robert J. Samuelson, “The economic blame game has no winners”, *The Washington Post*, 31 de agosto de 2002, explica con mucha claridad por qué no tiene sentido ése echar la culpa a un actor y, por tanto, las dificultades reales de encontrar “el” medio apropiado en cada caso.
- 47 Como ya se vió en la llamada “crisis asiática”. Véase *The Economist*, 14 de noviembre de 1998 y *The Wall Street Journal*, 24 de noviembre de 1998,
- 48 Véase el manifiesto “Not in our name” de intelectuales estadounidenses (www.nion.ur), el comunicado de Amnistía Internacional “No en nombre de los Derechos Humanos” (web.amnesty.org) y el manifiesto “Contra la barbarie” de la Alianza de Intelectuales Antiimperialistas (lainsignia.org/2002/octubre/int_006.htm). También Robert I. Rotberg, “Why stop with Iraq?”, *The Christian Science Monitor*, 21 de octubre de 2002.
- 49 “Terror y derechos humanos”, *Hoy* (Badajoz), 19 de agosto de 2002. Mucho más duro era el reportaje “Civil liberties. For whom the Liberty Bell tolls”, *The Economist*, 29 de agosto de 2002, que comenzaba diciendo: “Casi en cualquier sitio, los gobiernos han tomado el 11 de septiembre como una oportunidad para restringir las libertades de sus ciudadanos”.

DE QUÉ ESTAMOS HABLANDO

Aquí se trata de explicar cómo se enmarca la presente discusión viendo, en primer lugar, qué es un conflicto y qué tipos hay de conflictos y, en segundo lugar, las distintas formas que adoptan los diferentes modos de violencia para ver que no todo es delincuencia callejera ni todo es guerra.

Conflicto y sus tipos

El periódico mexicano *La Reforma* publicó un reportaje que recogía informes del Gobierno y diversas instituciones federales sobre municipios en los que podría surgir la violencia¹. A tenor de las perspectivas de los informantes, las cifras oscilaban mucho. Según unas fuentes, el problema podía referirse a 36 municipios; según otras, a 100 zonas en situación crítica distribuidas prácticamente por todos los Estados; otras fuentes, en cambio, llegaban a hablar de más de 20.000 conflictos (el periódico no se dice en cuanto tiempo) protagonizados por indígenas de forma que no había ninguno de los 52 grupos étnicos que se escapara a tal situación. El conflicto hacía referencia siempre a diferencias en cuanto a la explotación de recursos naturales, tenencia de tierras y demarcación de lindes. El caso, generalizado, es siempre el mismo: dos o más agentes (personas, grupos, comunidades) pretenden objetivos (poder cosechar, tener la propiedad de determinadas tierras y poder decidir sobre ellas) que pueden ser incompatibles. Es cierto que siempre se puede pensar en una copropiedad, pero no parece que un mismo trozo de patata pueda ser comida simultáneamente por dos personas a la vez. El conflicto es el clásico y en algunos casos, como el del municipio de San Miguel Ixtlán, en Puebla, ha durado ya 50 años.

Estos conflictos pueden solucionarse de manera razonable si, por encima de las partes, hay una autoridad reconocida e imparcial que da la razón a uno u otro o logra acomodos entre los intereses enfrentados. Pero pueden llevar a la violencia si, a decir del reportaje, se dan otros factores que se combinan con el conflicto, como “marginación, topo-

grafía adversa, lejanía de vías de comunicación, extensión territorial, dispersión poblacional, áreas naturales protegidas, zonas de desastre naturales, presencia de guerrilleros y rutas de narcotráfico”. Algunos de estos factores podrían clasificarse como de “ingobernabilidad” y, de hecho, uno de los informes manejados, da las características de esa posible ingobernabilidad, a saber, “problemas de crimen organizado, robo de vehículos, portación de armas prohibidas, secuestros, cultivo de enervantes y colusión entre autoridades y delincuentes, así como prácticas forestales delictivas. Además se caracterizan por su situación de pobreza extrema y por los conflictos agrarios”. Realidades, como se ve, suficientemente complejas como para que se acabe haciendo una lista de posibles factores, muy heterogéneos y sin ningún tipo de hilazón entre sí.

Por eso sorprende la facilidad con que los medios de comunicación titulan estos hechos. Pero es que no tienen otra opción. Lo contrario sería poner todo el artículo en el titular. Un periódico español, ante la matanza de 26 indígenas en la sierra sur de Oaxaca, titulaba “La pobreza y el narcotráfico están en la raíz de la matanza de Oaxaca”² en la línea de los informes recién citados. En el subtítulo ya se indicaba algo más preciso: “26 indígenas mueren por una disputa de tierras en el sur de México”. Y el cuerpo del artículo matizaba todavía más: conflicto duradero sobre límites, dinámica de acción-reacción, desigualdades, ausencia del Estado. El diario mexicano *La Jornada* había titulado el día anterior con “Emboscada en la sierra sur de Oaxaca; 26 muertos y 2 heridos” y subtulado con “Conflictos intercomunitarios y *narco*, posibles móviles”. Y lo de “posible” no se decía por modestia informativa que siempre sería de agradecer: días después, diferentes ministerios (las secretarías de Medio Ambiente y de Reforma Agraria) daban versiones distintas sobre las causas de los hechos³ y no había mucho argumento con que dar la razón a uno u otro.

Por seguir con ejemplos mexicanos, un mes después de los sucesos de Oaxaca había otro enfrentamiento, esta vez en el Estado de México, en torno al pueblo de San Salvador Atenco con un saldo de dos muertos, cinco desaparecidos, una quincena de heridos y otros tantos detenidos. Esta vez el conflicto era algo más complicado pues implicaba, por una parte, a ejidatarios -propietarios comunales- y, por otra, a la clase política que buscaba terrenos para el nuevo aeropuerto del Distrito Federal para lo cual quería proceder a la expropiación de terrenos

ejidales. En este caso, a diferencia del de Oaxaca, la asimetría entre los actores es evidente: por un lado habitantes de Atenco apoyados por dieciséis comunidades cercanas, algunos sindicatos (el de Euzkadi por cierto, pero Euzkadi en México es una empresa) y algunos movimientos políticos y sociales capaces de bloquear carreteras y quemar camiones y, por otro, el Presidente de la República (del PAN), el Gobernador del Estado (del PRI) y el Gobernador -antiguo Regente- del Distrito Federal (del PRD), en sus evidentes disputas partidistas, pero con la capacidad, por un lado, de movilizar a la opinión pública en una determinada dirección⁴ y, por otro lado, con capacidad de enviar al Ejército y usar del Estado, es decir, del pretendido monopolio de la violencia legítima, en cualquier caso, violencia mucho más contundente que la de los ejidatarios⁵. Hay, pues, un conflicto sobre la propiedad de las tierras y sobre el uso que se les debe dar sobre el que se encabalga otro conflicto, el político, sobre el poder y quién lo ocupe.

Digamos, pues, para empezar, que **un conflicto es una relación entre actores o partes (individuos, grupos, instituciones, Estados) que tienen objetivos incompatibles, que se excluyen, sobre temas o fines.** Un mismo terreno no puede dedicarse simultáneamente al cultivo de maíz y a albergar un aeropuerto. Son objetivos incompatibles de actores diferentes. Igualmente, no puede haber simultáneamente tres partidos políticos en la Presidencia de la República. Y, a no ser que se decida una cosoberanía, el Perú y el Ecuador tampoco pueden tener soberanía sobre el mismo territorio, digamos Tiwintza.

Los temas o fines pueden ser muy variados y, a modo de ejemplo, se presentan en el cuadro algunos de éstos para los casos en que ya hay un enfrentamiento armado.

Algunas observaciones sobre estos actores. La primera es que la clasificación en políticos, sociales, económicos, culturales y militares es puramente analítica. En la realidad, las fronteras entre un tipo y otro son mucho más confusas como también lo son las diferencias dentro de cada tipo. El caso más evidente de confusión dentro de un mismo tipo es el del sistema militar: ejército, paramilitares, guerrillas, delinquentes dedicados al narcotráfico y servicios secretos no siempre se distinguen en la práctica. Pero si se repasa la lista de propuestas del Presidente Uribe para afrontar la violencia se verá que la lista de posibles conflictos sirve para ver hasta qué punto es compleja la situación colombiana. El ejemplo de fronteras confusas entre tipos de conflictos no

Temas y partes en los conflictos

Conflicto	Partes	Temas
1. Político	Partidos Gobiernos Poderes del Estado	Poder Decisiones Territorio
2. Social	Clases o estratos sociales Grupos sociales Movimientos sociales	Intereses Poder Privilegios
3. Económico	Empresas legales Empresas ilegales Organizaciones gubernamentales	Recursos y escasez Intereses
4. Cultural	Grupos definidos por cultura Instituciones religiosas Medios de comunicación	“Etiquetado” del enemigo Racismo, xenofobia Nacionalismos
5. Militar	Ejército, policía, servicios secretos Paramilitares Guerrillas y bandas	Equipamiento Legitimación Intereses creados

es sólo el colombiano, sino, como se vio en el Iran-contra y la “Ollie-manía” generada por Oliver North durante la Presidencia de Reagan, también lo es el estadounidense, con, por ejemplo, la CIA usando el narcotráfico para financiar guerrilleros y evitarse el control del poder legislativo⁶.

Por otro lado, esta diferenciación entre conflictos no excluye la existencia de conflictos entre los distintos tipos, por ejemplo, político-religioso, cuando los representantes de una determinada religión pretenden de los representantes políticos determinados privilegios, exenciones o sinecuras frente a los representantes de otras religiones. O los intentos por parte de determinados partidos de conseguir Estados no-confesionales o laicos o seculares y, viceversa, el intento de otros partidos de conseguir Estados confesionales o religiosos frente a otros partidos con menor carga creyente. El conflicto militar-político más conocido es visible a través del golpe de Estado: los militares tienen intere-

ses divergentes con los de la clase política, con independencia de quién representa mejor a la sociedad, que ambos dicen hacerlo generalmente.

1. La primera línea incluye lo que se podría llamar el conflicto político pero también, en algunos casos, violencia política. Partidos, gobiernos locales o extranjeros y poderes del Estado (judicial, legislativo) se enfrentan sobre quién debe tener el poder, quién puede tomar determinadas decisiones y cuáles deben ser y, también, sobre el territorio sobre el que se tiene soberanía y quién representa al pueblo soberano de tal territorio. La violencia política es la practicada por estos actores para imponer o intentar imponer sus puntos de vista partidistas. Pero también es el abuso de poder, la inequidad (la decisión legal pero injusta) y la injusticia.

En algunos supuestos, el conflicto es de resolución relativamente fácil. Es cuando se trata de cantidades aunque sea en sentido figurado: más/menos impuestos, más/menos Estado, más/menos gastos sociales, más/menos gasto militar o más/menos kilómetros cuadrados de territorio en disputa⁷. La negociación es mucho más sencilla (con tira y afloja, chalaneo, *do ut des*, ni tú ni yo) que cuando el tema se refiere a decisiones del ámbito simbólico del ser o no ser (independiente, autónomo, nación) y tener o no tener (el poder político). Las posibilidades de tratos y componendas son mucho menores.

2. El conflicto social clásico es que se produce entre clases sociales o grupos sociales que procuran satisfacer sus intereses, mantener (o conseguir) privilegios frente a los demás y, en definitiva, lograr poder en la sociedad e influencia en las restantes instancias, la política entre ellas. Es importante, a este respecto, darse cuenta que lo que se podría llamar “lucha de clases” es mucho más estable si se ve como realizada por “los de arriba” contra “los de abajo” que al revés. Los grupos dominantes, en cualquier sociedad (también en las comunistas pasadas o presentes -que hay más de una-), tienden a generar esquemas de mantenimiento de su posición frente a los cuales los más excluidos raramente consiguen alzarse por sí mismos. Normalmente necesitan de la presencia de grupos intermedios, ni excluidos ni dominantes, capaces de organizar(se) para intentar alterar (subvertir) la situación de dominación. Y ayuda exterior de tipo financiero, técnico, logístico y publicitario.

La organización frente a la dominación social no es nueva y tiene una larga tradición. La clásica fueron los sindicatos, como forma de

organizar a los oprimidos, reprimidos y explotados obreros de la Revolución Industrial y años posteriores para hacer frente a jornadas interminables, trabajo de los niños y de mujeres en parto, ausencia de vacaciones, salarios de miseria y todo lo que Dickens y Zola supieron describir en sus respectivos países europeos y que ahora los europeos llaman “dumping social” cuando lo encuentran en países de la periferia. Los sindicatos, mientras ha durado la revolución neoliberal, han sufrido un evidente deterioro a escala mundial, con disminución de militancia, deslegitimación de su existencia y dudas sobre sus prácticas oligárquicas según el viejo estudio de Michels sobre la férrea ley de la oligarquía: han sido vistos como dedicando más esfuerzos para mantenerse como organizaciones que para lograr los objetivos de defensa de la clase obrera para los que fueron fundados.

La organización de la sociedad civil ha sido tomada entonces por las ONG, organizaciones no gubernamentales que también han cubierto el descrédito y deslegitimación de la actividad política y, bajo el argumento de organizaciones sin ánimo de lucro, asociaciones voluntarias o de voluntarios o instituciones altruistas, han conseguido una notable presencia en la sociedad, en la política y en la economía, sobre todo en su forma de ONGD, es decir, ONG dedicadas al “desarrollo” y en su forma de “nuevos movimientos sociales”.

3. El conflicto económico, tal y como aquí se le define, no es el que tiene como actores a los políticos o a grupos sociales sino el que puede observarse con partes bien concretas: empresas (legales o ilegales) y organizaciones gubernamentales del tipo Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional u Organización Mundial del Comercio.

El conflicto entre empresas (incluyendo las ilegales de la droga, la prostitución, el contrabando -sobre todo de armas- y del lavado de dinero proveniente tanto de éstas actividades como de las legales pero sumergidas) se llama mercado. En él, actores diferentes intentan maximizar sus beneficios y, tendencialmente, ocupar todo el mercado, es decir, convertirse en monopolio. Es cierto que hay coyunturas de juegos de suma positiva, es decir, situaciones en que todos ganan. Son los momentos de expansión como el que se sigue anunciando para un futuro inmediato del sistema mundial y no acaba de llegar. Pero lo normal es el juego de suma cero: lo que uno gana es porque el otro lo ha dejado de ganar o lo ha perdido y en ello reside el conflicto.

El conflicto económico se complica algo más cuando estos actores (empresas, algunas de las cuales tienen cifras de ventas muy superiores al Producto Interno Bruto de muchos países juntos como ha mostrado repetidas veces el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo) entran en colisión con los gobiernos, los partidos, los gremios y las ONG. Los gobiernos, en función del “interés general”, pueden tener ideas sobre lo que hay que hacer que no coinciden con los intereses comerciales de la empresa en cuestión. Es otra forma de conflicto que no siempre se resuelve de la misma manera: se puede intentar derrocar al gobierno y sustituirlo por otro más “comprensivo” (recuérdese el papel de la ATT en la caída del presidente chileno Allende) o se puede intentar debilitarlo (el papel de Exxon en los conflictos armados nigerianos) o se puede procurar el abastecimiento a mejor precio a través de los guerrilleros de la oposición (los diamantes de Sierra Leona).

El conflicto de las empresas con los sindicatos son también conocidos y dependerá de la fuerza respectiva el que se oriente en una dirección o en otra. En un extremo, están las exigencias de algunas empresas de que sus asalariados no se sindicalen o exigir sindicato “de empresa” y no “de rama”. En el otro, el uso de pistolero y paramilitares para descabezar la resistencia y hacer desistir de sus propósitos a los inquietos⁸. Y lo mismo puede decirse si de lo que se trata es de ONG de tipo ecologista. Las formas de intervenir se han hecho cada vez más sutiles. Una de ellas es la de intervenir en “chats” alternativos, con nombres falsos, para introducir calumnias contra los grupos que denuncian las actividades sospechosas de las transnacionales⁹.

En todos estos casos, no debe olvidarse, cuando de lo que se trata es de empresa transnacional, que su fin u objetivo es la maximización del beneficio, cosa que se controla en la central, pongamos en Detroit. Lo que el director de la fábrica de Almusafes, Valencia, pueda hacer, eso es cosa del director y preocupa poco en Detroit cómo se esté tratando el medio ambiente¹⁰ o, como sucedió en Bophal con la Union Carbide en 1984, poco preocupa qué sistemas se utilizan de higiene y seguridad en el trabajo. Fernand Braudel llamaba “capitalismo” a este nivel del sistema, a este alto nivel en el que “todo vale”, para distinguirlo de la “economía de mercado” en la que viven las pequeñas y “mediocres” [sic] empresas. En aquella zona del sistema la corrupción, la conspiración para alterar el precio de las cosas, como ya viera Adam Smith,

es la norma y la lucha entre actores es, por lo que nos llega, feroz¹¹... mientras no se altere el sistema.

A ello se ha añadido, en tiempos recientes, el papel asumido por los gestores frente al que tuvieron, clásicamente, los propietarios y accionistas. A decir de algún articulista, “el capitalismo de propietarios fracasó en su práctica porque los mercados difuminaron de tal manera la propiedad empresarial que, al final, ya no existe ningún propietario que sea responsable. Los gestores se han aprovechado de este vacío para convertir las empresas en mecanismos para su enriquecimiento personal. Esto es moralmente inaceptable, pero también es una corrupción del capitalismo mismo y de la sociedad en la que funciona”¹²

Determinadas organizaciones gubernamentales (OG) como las citadas (BM, FMI, OMC) parecen, por el momento, responder a los intereses de las grandes empresas transnacionales en general y a las financieras en particular y forman parte, por su servidumbre ante gobiernos y empresas de países centrales, de un sistema de violencia contra los países periféricos como después se verá¹³. Una negociación del FMI en el Ecuador, por ejemplo, no tiene la lógica de ver qué conviene más al Ecuador (si es que tal cosa existe y no habría más bien que distinguir sus grupos sociales, empresas -incluso transnacionales-, partidos etc.) sino qué conviene a los intereses de los países que controlan tal institución¹⁴ y las empresas que están detrás de los gobiernos de tales países. Joseph Stiglitz, nada sospechoso de estar fuera del sistema, ha sido particularmente explícito al describir el funcionamiento de instituciones como ésta¹⁵.

4. En un conflicto cultural se ven involucrados grupos definidos por la lengua, la religión, la “raza”, las costumbres, en general por lo que suele llamarse la cultura. Estos grupos pueden tener conflictos políticos (poder) o económicos (recursos), pero en este caso, la cultura cumple con la función de “etiquetar” al enemigo de forma que siempre sea tal (el de la otra lengua, religión, raza o costumbre, cultura en general). Los conflictos generados por la cultura (cuál debe ser la lengua oficial, qué religión debe recibir trato de favor) son de más difícil solución precisamente porque encajan en el tipo de conflicto simbólico en el que el compromiso es más difícil (una bandera no puede tener y no tener simultáneamente una franja azul: una de las partes tiene que perder algo que, para dicha parte, puede ser muy importante en el terreno simbólico).

Nótese que las religiones no aparecen como actores o partes en el conflicto. Aparecen los grupos que se definen en tales términos. Las religiones no chocan ni están en conflicto: son los más o menos creyentes los que tal cosa pueden hacer y, con mucha mayor claridad, las instituciones en las que se organizan, como Iglesias, monasterios o sectas.

En este campo es donde aparecen los medios de comunicación con mayor claridad. Es sabido, antes que nada, que los medios han tenido un papel fundamental en el desarrollo de los nacionalismos, pero también lo tienen en la articulación y difusión de actitudes de “etiquetado” y de rechazo hacia el “enemigo”. En la España contemporánea sería una investigación muy interesante el recoger y analizar el etiquetamiento que los medios de comunicación están haciendo de los inmigrantes, en la línea general que se observa en el resto de Europa. Que ese asunto acabe entrando en la agenda no es más que la prueba de que una de las teorías sobre el impacto de los medios (la teoría de la agenda) tiene base empírica.

5. El conflicto militar no es sólo la manifestación de los otros conflictos (uso por parte de transnacionales, órdenes militares antiguas, continuación de la política por otros medios según el dicho de Clausewitz, revolución popular) sino que hay casos en que tiene su propia lógica. Está, por supuesto, el principio de acción-reacción. Pero también está el interés de cualquiera de los actores incluidos bajo este epígrafe en lograr una legitimación: eran los policías en la Barcelona de finales del XIX y principios del XX que, para legitimarse y tener más medios, organizaban una parte del pistolero (no todo, ciertamente: también lo había empresarial y obrero).

Las violencias

El conflicto puede llevar a la violencia o puede resolverse de otros modos. No todos los conflictos llevan a la violencia, ni toda violencia tiene detrás un conflicto, como después se verá. Pero antes hay que definir qué es violencia. El Diccionario de la Real Academia Española dice que violencia es “calidad de violento”, “acción y efecto de violentar y violentarse”, “acción violenta o contra el natural modo de proceder” y “acción de violar a una mujer”. Violento es “que está fuera de su natural estado, situación o modo”, “que obra con ímpetu y fuerza”. **Violencia, entonces, será la acción y el efecto de sacar a algo o a alguno de su estado “natural” usando para ello de la fuerza. Violentar, por**

su parte, es “aplicar medios violentos a cosas o personas para vencer su resistencia”, pero como “violento” es “acción de “violentar”, no adelantamos mucho por este otro camino. Pero sí es curioso que la violencia no sea solamente el disparo o el puñetazo sino también otras formas que, mediante la fuerza, saquen a alguien o a algo de su natural estado. Casi parecería que estamos ante la definición de Johan Galtung que vendría a ser: diferencia entre lo potencial y lo perceptible, diferencia debida a la intervención de una agencia externa y que permite distinguir, como aquí se hará, entre violencia directa, física, y violencia estructural o institucional. También algunas instituciones, como se sabe por un famoso discurso del presidente Kennedy, pueden ser causantes de la diferencia entre lo que el individuo podría (y debería) alcanzar y lo que realmente consigue.

En un reciente *Diccionario de Sociología*¹⁶ Fernando Reinares dice que “violencia es aquella interacción social como resultado de la cual hay personas o cosas que resultan dañadas de manera intencionada, o sobre las cuales recae la amenaza creíble de padecer quebranto. El componente físico es esencial y aparece en cualquier interacción social violenta, que además suele ocurrir contra la voluntad de quienes la sufren directa o indirectamente”. El autor añade que violencia “no se hace equivalente a desigualdad social u otros condicionamientos sistémicos que impiden el pleno desarrollo de la vida individual, como pretenden los teóricos de la llamada violencia estructural”. Aunque, eso sí, “la violencia, en tanto que expresión contingente de algún conflicto social, varía notablemente en sus manifestaciones”. Todo ello, como se ve, alejándose progresivamente del uso del Diccionario de la Lengua.

El *Diccionario de Política* de Bobbio y Matteucci¹⁷ dice que “por violencia se entiende la intervención física de un individuo o grupo contra otro individuo o grupo (o también contra sí mismo). Para que haya violencia es necesario que la intervención física sea voluntaria (...) Además, la intervención física, en que consiste la violencia, tiene por objeto destruir, dañar, coartar (...) Normalmente ejerce la violencia el que hiere, golpea o mata; el que a pesar de la resistencia inmoviliza o manipula el cuerpo de otro; el que le impide materialmente a otro llevar a cabo cierta acción”. La violencia puede ser directa “cuando afecta de modo inmediato el cuerpo del que la sufre”. Pero también puede ser indirecta “cuando actúa a través de la alteración del ambien-

te físico (...) o a través de la destrucción, el daño o la sustracción de recursos materiales”.

El punto de partida es la observación del comportamiento violento, de la violencia física o la violencia directa. En eso parecen estar de acuerdo todos los que abordan estas cuestiones.

Pero si se quiere entender qué es lo que sucede y no quedar a atrapados en la “fascinación con la violencia”, es preciso ver más allá. Sin dejar de describir esa violencia visible, es preciso atender a la existencia de otros elementos que son estructurales, menos visibles directamente aunque sus consecuencias sí lo sean: son las contradicciones, los conflictos, las situaciones de desigualdad y pobreza que pueden ser englobadas bajo la palabra violencia estructural y que son objeto de este trabajo. Este uso de la palabra no es ajeno al Diccionario ya que allí se dice que es violento, en sentido figurado, “que se ejecuta contra el modo regular o fuera de razón y justicia”. Sin fuerza, sin ímpetu. Y también va en la línea de la “violencia indirecta” del Diccionario de Política. Pero es, como ya se ha visto, un concepto problemático.

C.A.J. Coady, en el *Oxford Companion to Philosophy* define violencia estructural de la siguiente manera: “Popularizada por el sociólogo noruego Johan Galtung, la idea de violencia estructural implica una ampliación semántica de la palabra violencia cuyo objetivo es mostrar que su amenaza está presente de manera institucional incluso cuando no hay violencia en sentido literal o ‘amplio’. La violencia estructural no involucra a actores que infligen daño mediante la fuerza, sino que es equivalente a injusticia social. Además de su potencialidad para llevar a confusión, el problema clave con el concepto es su dudosa sugestión de que una variedad de problemas sociales que en apariencia son bastante diferentes son en realidad la misma cosa y tendrían que ser abordados de una única manera”¹⁸.

Esta crítica en el sentido de poner entidades diferentes en una misma categoría tiene que ser algo más elaborada. Es obvio que peras y manzanas no son la misma cosa, pero ambas son frutas. Cada una tiene sus propios problemas (estaciones, plagas, variedades) pero se gana conocimiento al verlas como parte de un conjunto más vasto. En nuestro caso es todavía más claro: es obvio que violencia directa y violencia estructural no son la misma cosa ya que cada una tiene sus propios problemas (condiciones, efectos, variedades). Pero se gana conocimiento al verlas como parte de un conjunto más vasto que, en este ca-

so, es el de sus relaciones mutuas. Lo mismo podría decirse si habláramos solamente de muertes causadas por otros.

Tendría que ser evidente que no son la misma cosa las muertes producidas por los cuatro aviones del 11 de Septiembre que las más numerosas producidas en la primera semana de ataque a Afganistán, pero todavía se pueden clasificar en campos parecidos aunque siempre está la tentación de distinguir entre los muertos que son de los “nuestros” (injustificables) y los muertos que son de los “otros” (comprensibles, inevitables, daños colaterales etc.). Pero si seguimos tomando como referencia los 3.000 y pico muertos del 11 de septiembre, no vendría mal compararlos con los mucho más numerosos muertos el 3 de diciembre de 1984 por la fuga de gas en las instalaciones de la Union Carbide, en Bophal, India, sin necesidad de añadir las muertes posteriores causadas por tal fuga y que llegaron a decenas de millares. La masacre de Bophal (no intencionada, pero sí culpable a decir de los tribunales indios) ha producido indemnizaciones, pero no castigos, y el máximo responsable seguía en septiembre de 2002, a sus 80 años, viviendo en su mansión en Nueva York, no demasiado lejos del lugar donde habían estado las Torres Gemelas. Son casos distintos, pero pueden ser analizados de manera parecida, por ejemplo, analizando los problemas de duelo que tienen los familiares, el sentido de impotencia que tienen los supervivientes, el “estrés” post-traumático, la ansiedad, la depresión y demás enfermedades mentales bien estudiadas a propósito del 11 de septiembre aunque no en el de algunos años antes en Chile ni, por supuesto, en la India¹⁹. Lo cual no quiere decir que no haya diferencias: sin ir más lejos, que lo de Nueva York ha podido ser comercializado y lo de Bophal no²⁰. Trasladado al terreno de las definiciones, parece claro que afirmar las diferencias o subrayar las semejanzas añaden conocimiento en ambos casos, pero el conocimiento y las implicaciones no son las mismas.

Lo que sí tiene que quedar claro es que violencia “no se hace equivalente a desigualdad social u otros condicionamientos sistémicos que impiden el pleno desarrollo de la vida individual, como pretenden los teóricos de la llamada violencia estructural”, según dice Fernando Reinares. Lo que simplemente decimos y elaboraremos más adelante es que son fenómenos relacionados entre sí, aunque no siempre, y que merecen ser estudiados directamente y por su relación con la violencia directa.

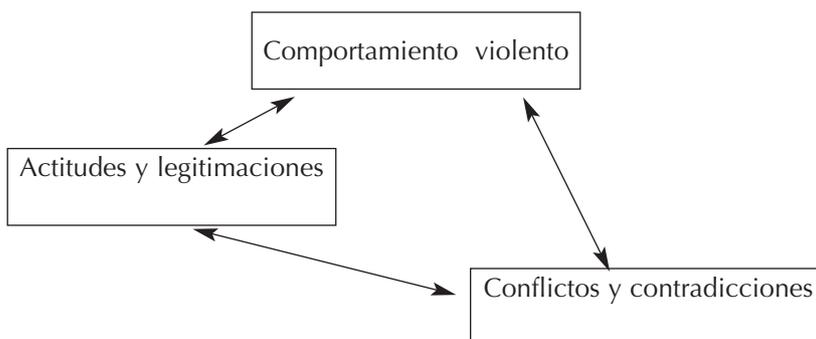
Otra definición disponible es la de Kathleen Maas Weigert, para quien “violencia estructural (también llamada indirecta y, a veces, institucionalizada) se diferencia de la violencia personal (también llamada directa o conductual) y se refiere al daño evitable o daño a personas (y por extensión a cosas) en el que no hay un actor que comete la violencia o donde no tiene mucho sentido buscar su autor o autores. Esta violencia emerge de la distribución del poder y los recursos o, en otras palabras, se dice que está embebida en la(s) estructura(s)”²¹.

Una somera inspección por internet revela que la palabra “violencia estructural” sigue siendo utilizada en contextos académicos, políticos (que incluye a los movimientos sociales) y periodísticos con mayor o menor rigor, pero siempre refiriéndose a algo diferente a la violencia directa aunque guarda algún tipo de relación con la misma²². Incluso la Organización Mundial de la Salud tiene su definición de violencia estructural. Dice que es “el daño a un individuo o grupo que se produce debido a una distribución desigual de recursos o del acceso a los mismos en una sociedad determinada”²³.

Estos comportamientos suelen ir acompañados por razonamientos que los explican, actitudes, ideas que los promueven, legitimaciones o “explicaciones” más o menos verificables. Este tipo de factores se puede llamar violencia cultural o de cualquier otra forma, incluida la “violencia simbólica” de la que hablaba Bourdieu. No es cuestión de palabras sino de saber que hay elementos que intervienen en el comportamiento violento por lo menos justificándolo cuando no incitándolo. Nadie desea ser objeto de la violencia física y si aceptamos que violencia estructural es injusticia (después lo matizaremos), tampoco hay nadie que, de entrada, desee ser objeto de tal injusticia o atropello: hace falta algo que para que se acabe aceptando, tolerando o, por lo menos, para que no genere reacciones excesivamente a la contra de los que se aprovechan de la injusticia. Al fin y al cabo, y como decía Ulpiano, “*nulla iniuria est, quae volentem fiat*”, es decir, que si uno lo acepta (mejor si lo quiere) ya no hay injusticia: no se comete injusticia contra el que lo quiere.

Tenemos, pues, y ciertamente en la tradición de Galtung, tres fenómenos diferentes pero relacionados: por un lado el comportamiento violento, el daño, el quebranto; por otro, los conflictos y contradicciones de los que es reflejo ese comportamiento; y, finalmente, el conjunto de racionalizaciones, legitimaciones e incluso incitaciones tanto

al comportamiento violento como al conflicto, injusticia o contradicción. El triángulo quedaría como puede verse en el gráfico.



No se trata, como puede imaginarse, de dar a cualquiera de los vértices de este triángulo un pretendido papel de “determinante en última instancia” sino de afrontar cualquier situación de violencia directa o de violencia física con tres preguntas y no sólo con una. No se trata de quedar atrapados por la fascinación con la violencia física (como algunos “violentólogos” a la colombiana) sino de preguntarse por los otros dos elementos del problema cuyo nombre (se llame violencia o no) no va a afectar a la realidad material de las cosas de manera inmediata²⁴. Así, por ejemplo, ante situaciones en la que lo más aparente es la limpieza étnica, como fue el caso de la exYugoslavia, no vendrá mal hacerse una pregunta sobre los elementos estructurales asociados, por ejemplo, con el pago de la deuda externa²⁵. Y lo mismo puede decirse del síndrome del 11 de Septiembre: que junto al “choque de civilizaciones” había que incluir otros muchos factores y el petróleo no es el único²⁶. La opción que aquí se ha tomado es indagar sobre uno de los vértices, el de la violencia estructural, menos visible, pero, como ya se ha dicho, sabiendo que será imposible hacerlo sin continuas referencias a las otras dos formas de violencia.

Violencia directa

Comencemos por la **violencia directa**. El siguiente cuadro da algunos ejemplos de la misma según sus agentes.ernet revela que la pala-

Ejemplos de violencia directa

		DESTINATARIO		
		Individuo	Grupo	Estado
	Individuo	Suicidio Agresión, homicidio, asesinato Aborto Violencia doméstica	Asesinato “en serie” Agresión racista Agresión fóbica	Terrorismo individualista
AGENTE	Grupo	Atentado, secuestro Linchamiento “Pandillismo” Mutilaciones	Guerra civil Limpieza étnica “Pandillismo”	Terrorismo Guerrilla
	Estado	Tortura Cárcel Pena de muerte “Desaparecidos”	Terrorismo de Estado Genocidio Limpieza étnica	Guerra convencional Terrorismo internacional

bra “violencia estructural” sigue siendo utilizada en contextos académicos, políticos (que incluye a los movimientos sociales) y periodísticos con mayor o menor rigor, pero siempre refiriéndose a algo diferente a la violencia directa aunque guarda algún tipo de relación con la misma

Notas

- 1 “Prevén violencia en 36 municipios”, *La Reforma* (México), 9 de junio de 2002.
- 2 *El País* (Madrid), 3 de junio de 2002.
- 3 “Contradicciones entre Semarnat y SRA sobre las causas de la matanza de campesinos”, *La Jornada* (México), 4 de junio de 2002.
- 4 *El Universal* (13 de julio de 2002) llegaba a decir en portada que según “informes internos del gobierno” habían sido detectados dos miembros de “la banda separatista ETA” y uno de Sendero Luminoso de los que nunca más se supo. Véase Borja Villa, “México: Seguimiento de la cobertura informativa de los conflictos en San Salvador Atenco”, *Rebelión*, 25 de julio de 2002 (www.rebellion.org/medios/borjvilla250702.htm).
- 5 “Si hay represión, ‘estaremos dispuestos a lo que venga’, advierten pobladores de Atenco. El Ejército rodeó el municipio; comunidades aledañas cierran carreteras”, *La Jornada*, 12 de julio de 2002.
- 6 El almirante John Poindexter es conocido por haber destruido, como admitió ante un comité de investigación del Congreso de los Estados Unidos en 1986, las pruebas sobre el asunto Iran-contra. Hoy, retirado, dirige la TIA (Total Information Awareness) en el Departamento de Defensa (Pentágono), con un presupuesto de 10 millones de dólares para centralizar una base de datos con información

- personal sobre los ciudadanos estadounidenses. *Big Brother watches you*, El Gran Hermano te vigila.
- 7 Véase “El tratado con el Perú no será modificado: Moeller”, *El Comercio* (Quito), 24 de agosto de 2002, como indicador de que, aun tratándose de cuestiones aparentemente cuantitativas-negociables, son, en realidad, entidades simbólicas más difíciles de negociar y de cerrar definitivamente, sobre todo cuando son tan útiles para proyectar hacia el exterior posibles problemas y conflictos internos, como la historia muestra repetidas veces en este mismo caso referido a Tiwintza y, en general, a las fronteras entre el Perú y el Ecuador.
 - 8 Los sindicatos CEOSL y UITA denunciaron ante la OIT que el 16 de mayo de 2002 en la hacienda Los Álamos, que produce banano para la Corporación Bananera Noboa, un grupo de encapuchados habría atacado a los trabajadores en huelga produciendo una docena de heridos. Los querellantes insistieron en que los empleadores habían sido los responsables de dichas actuaciones.
 - 9 George Monbiot (“The phony persuaders”, *The Guardian Weekly*, 23-29 de mayo de 2002) narra algunas de estas intervenciones “persuasivas” (“la persuasión trabaja mejor cuando es invisible”). Michel Albert, de Znet, avisaba a sus suscriptores en agosto de 2002 de la presencia de mensajes firmados aparentemente por personajes bien conocidos en la izquierda pero cuyos remitentes eran otros.
 - 10 Sí preocupa, como bien saben los activistas del medio ambiente y saben estas empresas, la imagen que puedan dar de cara al marketing social o la “publicidad verde” que pueda ser usada. Pero no parece que lo que importe sean las nueces y sí el ruido: Véase “A world court on the environment? Multinationals object”, *International Herald Tribune*, 19 de agosto de 2002.
 - 11 Julio A. Parrado, “El BBVA, acusado de conspirar con Andersen para controlar el banco brasileño Excel”, *El Mundo* (Madrid), 30 de agosto de 2002. No es un caso excepcional. Lo excepcional es que se hayan sabido estas cosas.
 - 12 William Pfaff, “A pathological mutation of capitalism”, *International Herald Tribune*, 9 de septiembre de 2002.
 - 13 Susan George, *Pongamos la OMC en su sitio*, Barcelona, Icaria, 2002. La autora prefiere usar la palabra transnacional, antes que multinacional, para subrayar que no hay tantas empresas “más allá del Estado” sino que acaban reflejando los intereses del propio Estado y el Estado trabajando por sus intereses (“Los intereses de la General Motors son los intereses de los Estados Unidos y viceversa”). Para la meneguante “globalización” de las grandes empresas ver Larry Elliot, “Big business isn’t as big as you think”, *The Guardian Weekly*, 5-11 de septiembre de 2002, y la referencia al estudio de Alan Rugman, del Economic and Social Research Council inglés.
 - 14 Estados Unidos, con su control del 17 por ciento de los derechos de voto, es el único país con poder de veto en el Fondo Monetario Internacional.
 - 15 Véase la entrevista que Gregory Palast hace a Joseph Stiglitz, “El globalizador que desertó”, originalmente en *The Observer* (Londres), traducida en la *Revista Línea*, y disponible en www.rebellion.org (28 de marzo del 2002). También el editorial de *Le Monde* (París, 14 de agosto de 2002) dedicado a las críticas de este “insider” y enmarcándolas en los conflictos entre los funcionarios del Banco Mundial y del

- Fondo Monetario Internacional. Estas cosas ya las había adelantado Michel Camdessus, Director del Fondo Monetario Internacional, en su discurso de despedida del 13 de febrero de 2000.
- 16 Salvador Giner, Emilio Lamo de Espinosa y Cristóbal Torres eds., *Diccionario de Sociología*, Madrid, Alianza, 1998.
 - 17 VV.AA., *Diccionario de Política*, Norberto Bobbio y Nicola Matteucci dirs., Madrid, Siglo XXI eds., 1983 (original de 1976). La voz “violencia” es de Mario Stoppino.
 - 18 *The Oxford Companion to Philosophy*, Oxford University Press, 1995. La cita obligada que aparece en dicha voz es: Johan Galtung, ‘Violence, Peace and Peace Research’, *Journal of Peace Research* (1969).
 - 19 William Booth, “Sept. 11 shedding light on stress”, *The Washington Post*, 9 de septiembre de 2002.
 - 20 “El 11 de septiembre se volvió un buen negocio”, *El Comercio*, 10 de septiembre de 2002.
 - 21 Kathleen Maas Weigert, *Encyclopedia of Violence, Peace and Conflict*, Vol. 3, Lester A. Kurtz ed., San Diego, CA, Academic Press, 1999, págs. 431-440. En la voz se discuten los orígenes, dimensiones, desarrollo y uso del término al igual que las relaciones entre los dos tipos de violencia y examina las ventajas y desventajas del uso del concepto en la investigación para la paz y en la acción en favor de la paz.
 - 22 Véase, por ejemplo, *El estado de la paz y la evolución de las violencias*, cap. 5: “Violencias encubiertas: violencia estructural”, del Centro Internacional de Investigación e Información para la Paz, dentro de la Universidad de la Paz promovida por Naciones Unidas (www.upaz.edu.uy/informe)
 - 23 www.who.int/disasters/hbp/working-definitions.html
 - 24 El que se oculten sistemáticamente esos otros factores sí que afecta a la solución, porque entonces las soluciones quedan reducidas a afrontar la violencia directa, es decir, más policía, mayores penas y, en muchos casos, más violencia directa y espirales de acción-reacción.
 - 25 Véase Michael Barratt Brown, “War in the Balkans: Economic causes and solutions re-examined”, *The Spokesman*, 65 (1999) 52-60.
 - 26 José María Tortosa, “Elementos fascistas en el síndrome del ’11 de septiembre”, *Sistema*, 167 (2002) 41-55. Se ha llegado a decir que “sin el petróleo saudita, los EE.UU. jamás se hubiesen convertido en la potencia que son. Hoy, necesitan del petróleo iraquí para controlar el mercado y salir de la actual recesión económica”, Gustavo-Adolfo Vargas, “Irak y el petróleo”, *El Nuevo Diario* (Nicaragua), reproducido en *La Insignia*, 22 de octubre de 2002 (www.lainsignia.org/2002/octubre/int_048.htm).

LA VIOLENCIA QUE NO SE VE

Para ver la lógica de los diferentes niveles de la violencia estructural, vamos a empezar presentando una analogía que no viene de las ciencias sociales sino de las ciencias humanas. La tabla muestra distintas posibilidades que pueden pensarse en el terreno intrapersonal e interpersonal con los “actores” implicados en cada caso y las manifestaciones de “violencia estructural”, es decir, de conflicto no resuelto, mantenido como tal a lo largo del tiempo, pero prevaleciendo alguna o algunas de las partes. La primera línea tiene evidentes resonancias freudianas (no se olvide la correspondencia entre Freud y Einstein sobre la paz y la guerra) y ambas las tienen también de Gandhi: *Shanti* y *ahimsa* son, en efecto, las dos palabras que usaba Gandhi para referirse a la paz con uno mismo (intrapersonal) y a la paz con los otros (noviolencia interpersonal).

	Partes	Manifestaciones
INTRAPERSONAL	Ello, Yo, Superyo	Frustración, agresividad Histeria, neurosis obsesiva, narcisismo
INTERPERSONAL	Tú / yo	El otro como medio Monólogo, egoísmo, posesión

El modelo freudiano de la primera línea (insistimos, se toma analógicamente) presenta las tres instancias de la personalidad y las manifestaciones de un posible conflicto entre ellas, siempre recordando que Eros y Thanatos son los principios que utiliza Freud en la correspondencia con Einstein. Lo que importa aquí es que cada una de las instancias puede someter a las restantes a sus dictados con lo que tendremos, cuando el Id (Ello) es reprimido de forma permanente por el Superego (Superyo o Ideal del Yo), situaciones de frustración del principio de placer que pueden llevar a la agresividad que se podrá proyectar hacia el exterior con agresión o hacia el interior con depresión y, eventualmente, suicidio. La “violencia estructural” ejercida por el Yo consiste en esas formas de narcisismo, ausencia de interés por los

demás y desprecio de las normas (del Superyo). Finalmente, hay una “violencia estructural” ejercida por el Id, por el Ello y por el principio de placer. En todos los casos, la personalidad no es madura, equilibrada, sana precisamente porque en su interior existe la pretensión, por parte de uno de los actores, de salir con la propia incluso mediante la supresión y desaparición de los restantes. Y, en muchos de ellos, la violencia física aparece como elemento posible aunque no siempre presente. Los “tipos de personalidad” de los que hablaba Freud (según la instancia que tenga predominio) se convierten en analogía de la “violencia estructural” cuando esa instancia va más allá de tener predominio (el ideal es el equilibrio) y pasa a someter a las restantes a los propios dictados.

En su breve artículo “Sobre los tipos libidinales”, Freud establecía tres tipos de personalidad según predominara uno u otro de los tres principios indicados. Así, estaba el tipo erótico, en el que predomina el Ello, el tipo obsesivo en el que predomina el Superyo y el narcisista en el que lo hace el Yo. Cada uno de ellos puede dar paso a situaciones enfermas que se mostrarían, respectivamente, como histeria, neurosis obsesiva y psicosis.

Predominio	Tipo	Desorden
Ello	Erótico	Histeria
Superyo	Obsesivo	Neurosis obsesiva
Yo	Narcisista	Psicosis

El paso siguiente era el de reconocer que lo que la realidad suele mostrar son combinaciones de estos elementos: erótico-obsesivo, erótico-narcisista (el más común en su opinión) y narcisista-obsesivo. Inmediatamente salía al paso de los que podían preguntar por un tipo erótico-obsesivo-narcisista contestando que “semejante tipo ya no sería tipo alguno, sino la norma absoluta, la armonía ideal”. En otras palabras, que lo que se encuentra en la vida cotidiana es que “una o dos son favorecidas a expensas de la otra o de las dos restantes” y que la armonía entre los tres principios es un ideal, no un dato.

Freud añadía que “bien sabemos que las condiciones etiológicas de la neurosis aún no han sido establecidas con certeza. Sus factores de-

sencadenantes son frustraciones y conflictos internos; conflictos entre las tres grandes instancias psíquicas, conflictos producidos en la economía libidinal a causa de nuestra disposición bisexual; conflictos entre los componentes instintuales y agresivos”. No sabemos nosotros cuáles son las condiciones etiológicas precisas de la violencia directa, pero buscamos por este camino como Freud buscaba en su terreno.

“La psicología de las neurosis se esfuerza, precisamente, por descubrir qué es lo que confiere carácter patógeno a estos procesos que forman parte del curso normal de la vida psíquica”. Traducido a lo que aquí nos ocupa, diríamos que nuestro esfuerzo está en descubrir cómo se transforman en violencia directa esos conflictos que forman parte del curso normal de la vida social, para lo cual nos preguntamos por la violencia estructural.

En el terreno de las relaciones interpersonales, entre tú y yo, el modelo podría ser el diametralmente opuesto al de “El principio dialógico” de Martin Buber o, si se prefiere, el contrario al principio de la moral kantiana de nunca tomar al otro como medio para los propios fines. Las relaciones interpersonales (comenzando por las relaciones de pareja) de sumisión, posesión, dominio, son también analogías de la violencia estructural en la medida en que el otro es sometido a los intereses del Yo, atado a él y, muchas veces, con la connivencia masoquista del otro.

Es evidente, en ambas columnas, que la relación entre actores nunca es estática: siempre hay dinamismo, dialéctica, inestabilidad, “estructuras disipativas” si se prefiere. Las instancias de la personalidad de las que habla Freud, son instancias siempre en movimiento (en conflicto, diríamos): El Yo sale del Id, el Superego “lucha” con el Ego y así sucesivamente. Lo mismo puede decirse de la relación tú-yo como bien pone de manifiesto la hegeliana “dialéctica del amo y el esclavo”: el esclavo puede llegar a dominar al amo. En todo caso, como la sociología del conflicto hará ver con posterioridad, en la medida en que hay relación (estructura), las partes quedan atadas y en interacción (sistema).

Pero aquí nos interesan más los aportes de las ciencias sociales a lo que, ahora ya sí en sentido estricto, puede llamarse violencia estructural. Aquí los niveles pueden incluir, en primer lugar, las situaciones de violencia estructural que se dan entre categorías sociales o entre grupos, estén o no comprendidos en un Estado. Después vienen las situaciones de violencia entre Estados que aquí se han dividido, a su vez,

en tres tipos: las que se establecen entre países de la periferia (Sur-Sur), las que se dan entre países del centro contra la periferia (Norte-Sur) y las propias de las relaciones dentro de los países centrales (Norte-Norte). Finalmente, hay una violencia estructural de la que poco se habla pero en la que se condensan muchas de las contradicciones de la especie humana y que puede llevar a la desaparición de esta última, a saber, la violencia ejercida por la especie contra el resto de la Naturaleza.

Como se verá cuando bajemos a detalles, algunas de estas violencias se manifiestan precisamente en violencia directa (como puede ser la violencia de género), pero eso no excluye que algunas de estas violencias tengan como efecto inmediato la muerte de personas sin que medie ningún tipo de violencia directa. Es el caso de la pobreza, el hambre que mata al día más que lo ocurrido el 11 de septiembre, las condicionalidades impuestas por el Fondo Monetario Internacional dentro del asunto violento de la deuda externa y demás fenómenos que conviene no olvidar en aras de un academicismo impoluto y de manos limpias. El hambre, sobre todo sabiendo que es efecto más de estructuras sociales y sistemas de distribución que del nivel global de producción o la incapacidad humana, encaja perfectamente en la definición de violencia que da el Diccionario de la Real Academia Española.

Antes de ver esos detalles del cuadro, se precisan algunas observaciones. En primer lugar, que en muchos de estos niveles se dan situaciones que encajan en el “dilema del prisionero”, es decir, situaciones de conflicto en las que la estrategia óptima para los contendientes, desde un punto de vista racional, es una determinada, pero que desde el punto de vista “psicológico”-real acaba siendo una muy diferente. Pongamos las opciones del gobierno del país A y las del país B (supongamos que ambos son del Sur), vecinos y enfrentados largo tiempo por una cuestión fronteriza. Tanto A como B pueden pensar en entrar en procesos de desarme y eventual negociación una vez se ha dado la señal al contrario sobre las buenas intenciones propias. Los resultados previsibles de la combinación de ambas decisiones son lo que muestra el cuadro: si ambos se desarman, ambos ganan ya que pueden invertir este “dividendo de la paz” en otros capítulos de sus presupuestos según la conocida dinámica de “cañones y mantequilla” producida por la escasez de cualquier sistema económico; pero si uno se desarma y el otro se rearma, este último, aunque gaste más de lo que puede en el sector militar, puede ganar el territorio en disputa (si es que de territorio se tra-

ta), con la consiguiente exaltación nacional por la victoria, mejora de la popularidad de los gobernantes. El problema se produce cuando uno piensa que el otro, “racionalmente”, se va a desarmar, en cuyo caso lo mejor que puede hacer es rearmarse para aumentar sus beneficios. Hasta ahí todavía no habría efecto perverso, excepto para el que creyendo que desarmándose va a ganar algo. El efecto perverso se produce cuando **ambos** piensan lo mismo, con lo que entran en la dinámica de la carrera de armamentos que, normalmente, a lo que lleva es a la confrontación y, suponiendo que las fuerzas de ambos estén equilibradas, ambos acabarán perdiendo mucho más incluso de lo que habrían perdido desarmándose frente a un competidor armamentista. Estas opciones y sus resultados se pueden ver en la tabla.

		Gobierno A	
		Desarme	Rearme
Gobierno B	Desarme	A gana 2 B gana 2	A gana 4 B pierde 4
	Rearme	A pierde 4 B gana 4	A pierde 8 B pierde 8

Esto es lo que algunos llaman “efectos de composición”, es decir: los resultados de una decisión no se deben sólo a la decisión misma sino a cómo se combina con las decisiones de otros. Y son “efectos perversos” si, precisamente porque las decisiones se combinan con las de otros, lo que cada uno consigue es exactamente lo contrario de lo que pretendía. Evidentemente, cuando, por otros medios, se consigue, sabiendo todo esto, que un determinado actor tome la opción de desarmarse frente a un actor que se rearma, la violencia estructural llega a su máximo pensable.

La diferencia de fuerzas entre dos personas (varón y hembra), entre dos grupos (terratenientes y ejidatarios) o entre dos países (Estados Unidos y Afganistán) altera notablemente el dilema del prisionero. La parte más débil suele entonces abandonar la estrategia del boxeo (propia de la violencia entre iguales) y pasarse a la estrategia del judo (aprovechar la fortaleza del contrario en beneficio propio o encontrar los puntos vulnerables del fuerte, que sin duda los tiene). La violencia

física o “psicológica” por parte de la mujer, la guerrilla o el ataque suicida son, por seguir con los ejemplos, reacciones posibles frente a la asimetría de la violencia estructural de fondo. Para evitarlas, las sociedades humanas generan todo un conjunto de legitimaciones de la situación a la vez que evitan el acceso a los medios de responder a esa asimetría, como después se verá¹.

Otra observación previa a la descripción de los niveles de violencia estructural, que más que observación es advertencia: el conflicto no está necesariamente en el nivel en el que se manifiesta la violencia directa. Por ejemplo, puede haber un conflicto intrapersonal que se manifieste en agresión intrafamiliar y sea visto inmediatamente, y erróneamente, como manifestación de violencia estructural de género. O puede haber un problema político interno en un país central que se manifiesta como agresión Norte-Sur, como pudo ser el caso de la invasión de la isla de Granada decidida por Ronald Reagan, a decir de muchos para ocultar los problemas económicos de su Administración, y lo mismo se ha dicho de la Presidencia de Clinton. El mecanismo de la proyección es suficientemente conocido por la clase política mundial como para negar la existencia de estos traslados del problema de lo intraestatal a lo interestatal.

Y una advertencia más, en este caso sobre las alternativas. Las que se proponen en el cuadro que se adjunta de inmediato tienen que ser tomadas con mucha cautela y deberán ser analizadas con mucho detalle. Pongamos el caso del tercermundismo como alternativa a la violencia estructural ejercida por los países centrales contra los periféricos. Podemos, por ejemplo, defender, por tercermundismo, el derecho de los productores ecuatorianos de banano a exportar sus frutos a la Unión Europea proteccionista al respecto durante mucho tiempo (y este proteccionismo es violencia estructural). No está tan claro que sea tercermundismo si lo que se consigue es fortalecer el peso de las multinacionales del banano sean ecuatorianas o no. Siempre se podrá decir que la empresa bananera proporciona empleos, salarios, divisas y algo (no demasiado) de impuestos a las arcas del Estado y que por ello ha de ser defendida frente al proteccionismo de la Unión Europea, pero tendría que hacerse sabiendo que por afrontar una determinada violencia estructural (Norte-Sur) se está fomentando otra violencia estructural (de clases dentro del Estado, dados los niveles de explotación, marginación y fragmentación fomentados por las multinacionales -también de

origen local- sobre las poblaciones en las que actúan). El tercermundismo también puede ser problemático cuando, basados en él, podremos defender la entrada en España de determinados productos marroquíes con lo que estamos actuando contra los intereses de campesinos medios españoles y a favor de grandes multinacionales agrícolas marroquíes. El argumento es el mismo que con el banano, sólo que aquí, por pretendido tercermundismo, en realidad estamos practicando un clasicismo bien poco presentable. Otra cosa es, obviamente, el comercio justo para pequeños productores del Sur “contra” los intereses de grandes multinacionales del Norte, como puede ser el hecho del café gestionado por TWIN, organización sin ánimo de lucro inglesa fundada por Michael Barratt Brown².

Por otro lado, la legitimación o legitimaciones de cada una de las violencias estructurales y la alternativa o alternativas a las mismas, tienen en común el ser formas de ver y entender la realidad que llevan implícitas propuestas para seguir actuando de una determinada manera o para cambiar el modo dominante. El reto para los análisis concretos de situaciones concretas es el de poder usar simultáneamente cuantos más niveles mejor. Por ejemplo, no reducir la pobreza a una sola de las variables (género o etnia) sino de ver cómo interactúan los niveles interestatales con todos los grupales e incluso con el que hace referencia a la Naturaleza. Sin embargo, si del análisis hay que pasar al ¿qué hacer?, a las propuestas de acción, la simplificación se impone: se trata de encontrar el punto de apoyo que se suponga que va a ser más eficiente o adoptar el que mejor encaja con la propia ideología.

Vengamos, pues, al cuadro en el que aparecen algunas de las partes (más que actores), posibles manifestaciones de violencia estructural, legitimaciones y alternativas³. El cuadro está incompleto.

Las opciones, en el presente caso, son algo más complejas, pero pueden resumirse con la falsa polémica entre Darwin y Kropotkin. Decimos falsa porque cuando Kropotkin escribe *La ayuda mutua factor de evolución* ha leído *El origen de las especies*, acepta sus tesis básicas, pero cree que hay que completarlas. Pero lo mismo sucede con Darwin cuando escribe *La descendencia del hombre*: que ha leído a Kropotkin, lo acepta, pero cree que hay que completar sus proposiciones. Lo mismo pasó con Max Weber y su *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*: que no niega las tesis de Marx, ni se sitúa frente a ellas, sino que quiere completarlas con la otra cara de la moneda, cosa que Marx, pro-

	Partes	Manifestación	Legitimación	Alternativas
Intergrupala	1 Sexos-géneros 2 Clases 3 "Etnias" 4 Grupos de interés 5 "Naciones"	Patriarcado "Reparto del león" Esclavitud, "huasipungo" Política para unos pocos Ocupación, opresión	Androcentrismo Biología, "opios" Biología, civilización Mayoría, vox populi Derechos históricos	Feminismo Igualitarismo Interculturalismo Anarquismo Transnacionalismo
Interestatal	6 SUR-SUR (periferia-periferia)	Rivalidad fronteriza Metaconflictos	Derechos Culpabilidad	Regionalización
	7 NORTE-SUR (centro-periferia)	Imperialismo Modernización Globalización Neoimperialismo	Misión civilizadora Desarrollo "Trade and aid"	Tercermundismo
	8 NORTE-NORTE (centro-centro)	Rivalidad de superpotencias Lucha por hegemonía	"Realismo"	"Idealismo" Institucionalismo
Naturaleza	9 Especie / Ecosistema	Catástrofes, agotamiento, contaminación Riesgo de desaparición	"Creced y dominad la Tierra"	Ecologismo Ecología profunda

blemente, habría aceptado, sobre todo cuando se declaraba "no marxista", y que aceptaron algunos marxistas estructuralistas cuando hablaron del "reflujo" de la superestructura sobre la base.

La metodología que busca los aportes de cada teoría y no las hace luchar entre sí en la búsqueda de la verdad no sólo es más adecuada para los estudios de la paz sino que tiene antecedentes que hacen pensar que, además, puede ser la más apropiada para conocer la realidad.

El resumen que se extrae es: **De la misma manera que en todas las sociedades está presente, de manera simultánea, una cultura de la violencia y una cultura de paz⁴, en todas estas relaciones entre actores o partes está presente el conflicto y la ayuda mutua.** No es pensable, en efecto, una sociedad en la que sólo haya explotación y no haya ninguna forma de colaboración, que haya marginación pero nada de integración y que tenga jerarquías pero sin ninguna forma de igualdad. En otras palabras, no hay una sociedad puramente darvinista sin que tenga elementos kropotkinianos, aunque, en general, la civilización capitalista promueve con más facilidad los elementos competitivos⁵. Para lo que aquí nos ocupa, una mayor presencia de darvinismo, explotación, marginación y jerarquía llevará a que entre las partes en cuestión se dé un mayor nivel de violencia estructural, lo cual indica ya qué elementos alternativos, realmente alternativos, puede haber: los que tengan que ver con posiciones más kropotkinianas, colaboradoras, integrado-

ras e igualitarias entre las partes o actores. Desde este punto de vista, las posiciones en términos de “quítate tú, que me pongo yo”, es decir, las que quieren dejar inalterada la estructura, pero quieren sustituir a los que se benefician de ella, no son alternativas radicales, aunque es evidente que sí plantean una alternativa.

Algunos comentarios sobre estas violencias:

1. La violencia directa que mejor expresa la violencia estructural del varón contra la mujer es el infanticidio de niñas que se produce en diversos países del mundo y contra el que se guarda un mucho más púdico silencio que la algarabía sobre vestido, *chador*, velo y *burka*, asunto menos importante que el de la vida humana. El caso de la China es tal vez el más conocido, pero no es el único. En dicho país el número de abortos para seleccionar sexo en fetos sigue aumentando. Según la última estadística nacional, la tasa de masculinidad al nacer (varones por mujeres) es de 116 a 100. En el censo anterior, de 1990, la proporción era de 111,3 varones por 100 mujeres, lo que demuestra que la selección del sexo de los bebés está aumentando. La ecografía ha disparado el número de abortos selectivos, aunque desde 2001 está prohibido utilizar esta técnica. La mayor desproporción entre sexos se registró en la isla de Hainan y en la provincia de Guangdong, ambas al sur del país, donde por cada 130 varones sólo nacieron 100 niñas. La media mundial, digamos que dictada por la Naturaleza, es de 105 varones por 100 niñas. Es algo así como si la Naturaleza, en previsión de la mayor esperanza de vida de las mujeres, hiciera nacer más varones. Aun así, y con excepciones como la de la China, entre las personas ancianas las mujeres son más numerosas que los varones.

Es evidente, en éste como en cualquier otro caso, que esta violencia directa no es reflejo de sólo la violencia estructural entre los sexos. Aquí también interviene el particular análisis coste-beneficio que los padres hacen en una sociedad agrícola y patrilocal: el capital invertido en la producción de una hija se pierde cuando la hija se va a vivir con la familia extensa del marido, con lo que los padres de éste ganan lo que los padres de la novia invirtieron en ella, a saber, fuerza de trabajo. Pero también es evidente que de no existir esta violencia de género, los datos no serían los mismos. Desde este punto de vista, los intentos de acabar con la pobreza acabando con los pobres, es decir, esterilizando sea a varones o, con mayor frecuencia, a mujeres, no son la solución del problema de la pobreza. Es una vieja táctica ya recogida en

“Yawar Mallku”, la película boliviana de Sanjinés y que se prolonga hasta las esterilizaciones de mujeres sin que éstas lo supieran -como en la película- durante la presidencia de Alberto Fujimori en el Perú. El problema de fondo son las condiciones de vida de los campesinos en general y de los campesinos pobres en particular⁶.

Algo parecido puede decirse sobre los maltratos y abusos en la familia. No está tan claro que toda la violencia intrafamiliar pueda clasificarse como violencia de género, es decir, violencia motivada por esa construcción histórica y social de lo que debe ser el comportamiento de los sexos. Es sabido que la mayoría de esa violencia es contra las mujeres (aunque la hay contra los varones), pero también es cierto que la hay, y muy frecuente, contra los niños y los ancianos, es decir, que la mayoría de los actos violentos cometidos dentro de la familia (no sólo dentro del hogar) son cometidos contra las categorías más vulnerables por parte de alguien en el que reside el problema o conflicto. Pero estamos hablando de mayoría, no de totalidad. En otras palabras, que también aquí hay otros factores que intervienen, como puede ser, y ya se ha insinuado, que las frustraciones sufridas en otro ámbito (el trabajo, por ejemplo) produzcan agresividad que se desplaza hacia los objetos más débiles disponibles y asequibles. Lo cual no quita para que numerosos casos de violencia directa intrafamiliar puedan clasificarse como violencia de género, caso particular de la violencia intrafamiliar según se pretende mostrar en el cuadro.

	AMBITO		
	Intrafamiliar	Extrafamiliar	
VIOLENCIA	De género	A	B
	Otras	C	D

La violencia estructural que tiene como partes a los sexos (o, si se prefiere, a su construcción histórica y social que se suele llamar género) se refiere a una relación estable entre los mismos que implica una sumisión de uno (la mujer) al otro (el varón). Puede ser intrafamiliar o extrafamiliar (A y B en el cuadro) y se presenta en gradaciones que llevan desde el poder omnímodo del *pater familias* romano, con poder de vida y muerte también sobre la prole, a la situación contemporánea vivida por las mujeres de clase media de países centrales en los que, a pesar de los avances en pos de la equidad, todavía existen elementos asi-

métricos dentro y fuera del hogar. En general, se puede denominar patriarcado a la manifestación de esta violencia estructural a la que el capitalismo aportaría sus particulares peculiaridades relacionadas con la asalarización, el trabajo doméstico y, no para las clases altas, la doble tarea o la doble ocupación del trabajo asalariado y el trabajo doméstico incluido el reproductor dictado por la biología y, por tanto, interclasi-

sta. Esta situación tiene múltiples legitimaciones, pero todas pueden englobarse bajo el título de androcentrismo, es decir, la tendencia a observar todas las realidades desde la perspectiva del varón, cosa bien evidente desde el psicoanálisis a la medicina de hace no mucho tiempo cuando los médicos eran casi exclusivamente varones. Las ciencias sociales han sido hechas casi exclusivamente por varones, la política ha sido cosa de hombres y la guerra, fuera del mito de las Amazonas, había sido siempre cosa de hombres. Cultura, política, economía y violencia más o menos legítima se quedaban para el varón (y básicamente todavía se quedan) que usaba de ellas en función de sus intereses.

Esta legitimación, como todas las posteriores, nunca se construye sin ningún tipo de base. La biología tiene sus reglas y la reproducción humana es como es. Sobre esa biología se construye, en la larga marcha evolutiva, una división sexual del trabajo que, por un lado, genera adaptaciones transmisibles genéticamente y, por otra, precisa de explicaciones-racionalizaciones-legitimaciones como cualquier otro artefacto socialmente construido, explicaciones que también se transmiten a las siguientes generaciones mediante la educación y la “enculturación”, es decir, los mecanismos mediante los cuales se transmiten las costumbres (arbitrarias) de una generación a otra. Sin embargo, los elementos que constituyen una sociedad no cambian al mismo ritmo y por los mismos motivos y, periódicamente, hay movimientos que expresan su descontento con una situación que no encuentran acorde con los propios intereses generados por una parte de ese cambio social⁷.

Pertenece a la ideología el pretender que las diferencias sociales entre los sexos biológicos son única y totalmente debidas a la construcción social. Por supuesto que las sociedades históricas han tenido mucho que ver con esa construcción que es el género en Occidente como lo han tenido en otras construcciones de otras culturas⁸. Pero no parece de recibo la pretensión postmoderna de reducirlo absolutamente to-

do a esa construcción: sería olvidar lo que de animal tiene el comportamiento humano en el terreno de la sexualidad, reproducción y cuidados de las crías.

A pesar de todo, las actitudes ante los términos de esta relación y ante su contenido han cambiado a lo largo del tiempo, siendo el feminismo (ideología) la alternativa más evidente al patriarcado (manifestación de violencia estructural). Calificar al feminismo de ideología no implica un juicio negativo sobre los movimientos que se autocalifican como tales. La ideología es un conjunto de proposiciones sobre cómo son las cosas, cómo deberían ser y qué se debe hacer para pasar del estado actual al estado ideal desde la perspectiva de un determinado grupo o categoría social. El machismo también es una ideología. Y el marxismo y el liberalismo y el nazismo y el ecologismo. Es normal que las ideologías producidas en Occidente quieran legitimarse proclamándose científicas (es decir, empíricas, sistemáticas, intersubjetivas). La única de estos ejemplos que no lo es ni lo pretende es el machismo. Pero el criterio de evaluación de una ideología no es si es verdadera o falsa (aunque se pueda discutir su base empírica), sino si sirve o no sirve a los intereses de los que la detentan y si acaban formando parte de la definición de la situación.

El feminismo no está presente en todas las sociedades y en todas las capas de la sociedad del mismo modo. Hay, ciertamente, numerosas mujeres que más bien adoptan el machismo y lo propagan y transmiten a sus hijos e hijas. Y hay varones, ciertamente menos numerosos, que aceptan las propuestas feministas y, todavía menos numerosos, que intentan actuar en consecuencia. Y no es el mismo feminismo (si es que hay alguno) el que se encuentra, dentro de las sociedades occidentales, en la clase media -donde es más observable- que el escaso que aparece en las clases altas y en las clases bajas.

En el cuadro, de todas formas, se podría añadir una alternativa más para llamar la atención sobre las formas de feminismo anti-igualitario. Hay un feminismo de la diferencia que quiere profundizar en la distinción entre los sexos y sobre el que poco hay que decir en el contexto de la violencia estructural (si acaso, habría que referirse a él si se estuviera discutiendo la violencia cultural o estuviéramos en el terreno de los “estudios culturales” del tipo estadounidense). Y hay un feminismo de la igualdad, que se puede decir que comienza con las sufragistas, que lo que quiere es acabar con esta violencia estructural. El poner

un término más en el cuadro sería para llamar la atención sobre los feminismos que pretenden mantener la violencia estructural cambiando la situación de las partes (“quítate tú, que me pongo yo”). Sin negar el derecho a ese tipo de lucha política (en este caso, poner a la mujer en el lugar del varón sin alterar la estructura), lo que sí es claro es que no es una alternativa a la violencia estructural de género a la que aquí nos estamos refiriendo: seguiría siendo violencia estructural de género aunque en la nueva situación no se tratara de patriarcado sino de matriarcado y el androcentrismo fuese reemplazado por el ginocentrismo.

Es posible, en efecto, pensar en una opción transexual, no en el sentido de terminar con las diferencias entre los sexos, sino en la de procurar llegar a una situación en la que la diferencia sexual nada tenga que ver con poder doméstico, cultural, económico, político y hasta, si hace falta, militar. Hay pasos en esa dirección que no sólo incluyen “la nueva masculinidad” o “la nueva feminidad” sino que plantean la “ceguera” ante las diferencias sexuales cuando se trata de cualquier otra cosa que no sea el sexo, asunto en el que no hay por qué excluir la homosexualidad o la bisexualidad.

2. “La historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases”. El uso de las clases para analizar las sociedades humanas es anterior a Marx, como él mismo reconocía. Lo que el marxismo aporta es la idea de que esa diferencia puede (y debe) ser alterada y que ese cambio se puede producir basándose en una concepción científica del devenir humano o de la historia. En todo caso, el marxismo es una descripción de la violencia estructural ejercitada por una clase (la burguesía) contra otra (el proletariado) explotándola económicamente y reprimiéndola políticamente e introduciendo una dinámica de pauperismo y de polarización que caracteriza al sistema capitalista como puede verse en *El Capital*.

Los análisis marxianos de la violencia estructural de clases, tanto en abstracto según se hace en *El Capital* como en concreto en *El 18 Brumario de Luís Bonaparte*, son ya de por sí complejos y hechos más complejos por el estilo intelectual del alemán que los escribe. Desgraciadamente, la realidad es todavía más compleja: no sólo hay situaciones muy particulares, pero que afectan a millones de personas en el sureste asiático, que es el caso de las castas, sino que también hay situaciones en las que las clases vienen emborronadas por “razas” o por te-

ner antepasados de uno u otro origen, como sucede en casi todos los países de América Latina.

Aquí hablamos de clases para referirnos a divisiones en la sociedad que generan relaciones estables y asimétricas entre ellas. No hablamos de los estratos sociales que los sociólogos (en particular los de obediencia estadounidense) construyen mediante diversos criterios de prestigio (renta, educación, residencia etc.) y que, con indudables correlatos empíricos en los hábitos de compra o los comportamientos electorales, no generan relaciones sociales. Para que haya estructura, han de darse relaciones entre las partes y las partes tienen que tener un mínimo de existencia más allá de las construcciones estadísticas de los sociólogos.

“Arriba los de la cuchara, abajo los del tenedor” rezaba una canción en la zona republicana de la última guerra civil española. Los de la cuchara son los de abajo, los menos pudientes (“less well off”, según el *newspeak* estadounidense) y no sólo los proletarios, y los del tenedor son los de arriba, los pudientes, los grupos dominantes. Algunos que la cantaban pretendían “darle la vuelta a la tortilla”: que los de arriba pasara abajo y los de abajo pasaran arriba, es decir, que la tortilla -la violencia estructural- permaneciera intacta pero que cambiaran las posiciones de los implicados en ella. Otros, en términos anarquistas, pretendían acabar con la raíz de la violencia estructural suprimiendo las clases.

Que hay violencia estructural en este campo es tan evidente que ha habido un largo esfuerzo sistemático y con éxito para hacerla desaparecer de la discusión. En buena parte, el llamado neoliberalismo ha ido precisamente en esa dirección. Pero sus manifestaciones son visibles en términos de pobreza (en los países ricos y en los países pobres) y desigualdad de rentas (distribuida desigualmente entre países ricos y países pobres) y en términos de diferencias de poder entre los grupos implicados. En términos más generales, en este ámbito la violencia estructural se observa siempre que se aplica la regla del reparto del león y se constata que se sigue aplicando contra toda equidad (aunque sea con toda legalidad). Cuando algunas personas consiguen menos de lo que debieran y consiguen ese menos gracias a la acción de otras, estamos ante un caso de violencia estructural.

En este epígrafe, como en el referido a la violencia estructural entre los géneros, hay también numerosos ejemplos de aceptación de la

estructura por parte de los que más pierden en ella. La “biologización” de las clases (sea mediante el recurso a la campana de Gauss o mediante el darwinismo social más explícito) es uno de los medios, pero, ampliando el campo, los mejores sistemas para hacer aceptar esta particular violencia estructural son los distintos “opios” a los que los beneficiados han recurrido o han apoyado su existencia. El “opio” clásico es la religión, según el dicho del *Manifiesto Comunista*: el sufrimiento padecido en esta Tierra será compensado en el Cielo, así que no hace falta rebelarse contra las causas actuales de la situación, mucho más sabiendo la dificultad que van a tener los ricos para entrar en el Cielo. Marx y Engels, en 1848, no podían tener ni idea de lo que iba a ser la “teología de la liberación” con su pretensión emancipadora muy lejana del modelo del “opio” ni de lo que llegaría a ser el marxismo-leninismo, sobre todo en su versión estalinista, como opio de los perjudicados por la violencia estructural ejercida por la *nomenklatura* de los países comunistas contra los campesinos primero y contra el proletariado industrial y las clases medias después, según el modelo de *Rebelión en la granja* de Orwell.

Hay más “opios”, ciertamente. Se trata, por ejemplo, del modelo *panem et circenses* ya puesto en práctica por la clase dirigente romana. Y se trata, ya en nuestros días, del uso sistemático de los medios de comunicación para apartar la atención de determinados temas menos convenientes. Esto se hace de dos formas extremas: introduciendo diversión no peligrosa (a pesar de las apariencias, no se excluye la droga) e introduciendo temas “chocantes” y vistosos que centren la atención en los aspectos menos peligrosos para los que tienen el usufructo de la parte beneficiosa de la estructura.

El marxismo sigue siendo una alternativa, pero no el marxismo realmente existente, el puesto en práctica en los países llamados comunistas que desaparecieron entre 1989 y 1991 o el puesto en práctica, si marxismo es, en la China, Vietnam o Cuba de principios del segundo milenio⁹. En estos casos, la violencia estructural ejercitada por los de arriba “a favor” (según la ideología que se arrastra desde el Despotismo Ilustrado de “todo por el pueblo, pero sin el pueblo”) de los de abajo tarde o temprano acaba haciéndose visible para el observador que sigue preguntando por la libertad y continúa recibiendo la respuesta de “libertad, ¿para qué?”. El cerdito Napoleón, en *Rebelión en la granja*, acabará ocupando el lugar del anterior granjero sólo que, ahora, con

un eslogan mucho más elaborado: “Todos los animales son iguales, pero unos son más iguales que otros”.

La ventaja de esta versión religiosa del marxismo (religiosa incluso por su papel de opio para afrontar cuestiones espinosas personales como la muerte segura) es que permite que las elites conozcan apodícticamente qué es lo que necesita el pueblo sin necesidad de preguntárselo o, lo que es más frecuente entre los partidos “marxistas” occidentales alejados del poder, permite que las elites del Partido conozcan lo que realmente necesita el pueblo con independencia de que el pueblo diga lo contrario (si dice lo contrario, es que está equivocado, alienado, sometido por la propaganda burguesa etc.). Desde esta perspectiva, tiene razón Popper cuando quita a ese marxismo todo valor científico ya que, suceda lo que suceda, siempre se dará una reinterpretación para que ese marxismo tenga razón. El freudianismo fue muy parecido ya desde sus orígenes: recuérdese la polémica entre Malinowski, que había encontrado en Melanesia una sociedad en la que no había señales del complejo de Edipo, y Jones que afirmaba, sin haber estado en las islas Trobiand, que lo que allí había era un complejo de Edipo tan fuerte que había sido reprimido, negado y ocultado por los propios que lo tenían.

La auténtica alternativa vendría de propuestas realmente igualitarias (el marxismo de Marx lo era y su diferencia con el anarquismo igualitario no era de objetivos sino de diagnóstico, tácticas y estrategias para conseguirlos).

3. Los estereotipos étnicos se basan en buenas estadísticas sobre gente inexistente, dice un libro de divulgación científica¹⁰. Los estereotipos son formas que tiene el ser humano de abreviar su indagación sobre el comportamiento de los demás y anticiparse al mismo. Basado en la propia experiencia (o recibida de otros), el ser humano piensa, ante un humano nuevo, que su comportamiento encajará, de una forma u otra, en tipos de comportamiento que él ya conoce. Piensa que los gordos son simpáticos, las rubias tontas, los gitanos delincuentes. Provisto de estos conocimientos, recibirá a los gordos con una sonrisa, a las rubias (si es varón rijoso) con concupiscencia genital y a los gitanos con desconfianza. El problema, en todos estos ejemplos, es que hay gordos poco simpáticos, rubias muy inteligentes y gitanos absolutamente honrados, pero el que tiene el prejuicio (anterior al juicio) no está dispues-

to a reconocerlo y sólo levantará acta de los casos que encajan con su prejuicio, con lo que se verá continuamente reforzado en su creencia.

Este comportamiento microsocioal tiene su paralelismo, a escala macrosocioal, con el racismo, la idea según la cual existen las razas superiores y las inferiores. De entrada, ya resulta difícil aceptar la existencia de “razas”: hay numerosas clasificaciones y no está muy claro cómo se delimitan, pero, sobre todo, y con los conocimientos que ahora se tienen del genoma humano, parece que las diferencias dentro de esas pretendidas clasificaciones son mucho mayores que las diferencias entre “razas”. Las diferencias, de todos modos, parecen existir aunque, en modo alguno, legitiman la jerarquización de las “razas” en inferiores y superiores. Pero lo más importante es que, se llame “raza” o se llame de otra manera, el lenguaje políticamente correcto ni oculta la existencia de discriminación ni, mucho menos, la evita¹¹.

La desconfianza ante el extraño (xenofobia) la tiene la especie humana en común con otras especies animales y la cultura hace disminuir esa desconfianza. El racismo va más allá y convierte esa desconfianza hacia quien tiene un color de piel, tipo de pelo o color de ojos diferente al de la moda/media de su entorno inmediato en una idea de superioridad e inferioridad.

Todas las sociedades han tenido sus formas más o menos evidentes de xenofobia y en muchas de ellas se observa la convicción de que quien no pertenece al propio grupo no acaba de ser humano en sentido completo (*runa simi*, lo que habla la gente; bantú, ser humano) o quien no tiene las propias características no acaba de estar a la altura civilizatoria de uno mismo (el que no pertenece al ámbito confuciano, dicen algunos confucianos, es algo bárbaro y salvaje). Pero fue la civilización capitalista la que llevó a su máxima elaboración la idea de que una raza (la “blanca”, caucasiana, “aria”) era superior a las restantes y **por tanto** (ahí está el busilis) tenía derechos sobre las mismas que, al ser inferiores, sólo podían someterse a la superior. Un primer paso en esta dirección lo dan los conquistadores españoles llegando a América y preguntándose si los indígenas tendrían o no alma, para así saber si tenían que darles salario o podían tratarlos como animales. El paso más importante se da para legitimar el comercio de esclavos negros que son llevados a América con la complicidad de algunos de sus hermanos africanos, negros o no negros. Los colonos anglosajones fueron más expeditivos y no se hicieron tantas preguntas sino que desalo-

jaron por la fuerza a los pueblos originarios, amén de ser una colonización familiar con lo que los primeros mestizajes son más raros que con los españoles. Cristóbal Colón quería hacer esclavos a los indios; la reina Isabel dudó al respecto; pero el “huasipungo” de la novela de Jorge Icaza (como la encomienda o el trabajo forzado en las minas) es una relación muy parecida a la esclavitud.

Usamos etnia a falta de mejor palabra para definir grupos que se diferencian por alguno o algunos de sus rasgos culturales y son reconocidos como tales. En la actualidad esta jerarquía de “etnias” (nos resistimos a usar “razas” y aun etnia lo ponemos entre comillas) sigue siendo una realidad con manifestaciones muy heterogéneas que van desde la esclavitud (que todavía existe en numerosos países de los cinco continentes¹²) hasta el “huasipungo” (las “razas” superiores tienen derechos sobre las inferiores y pueden vender las haciendas con los peones que forman parte de ellas) pasando por situaciones muy estables de inferiorización y marginación, como son los casos de los gitanos en las sociedades europeas, el de esos tal vez 3 millones de inmigrantes ilegales que existen en la Unión Europea¹³ y el de los árabe-estadounidenses después del síndrome del “11 de septiembre”¹⁴.

La situación de los gitanos puede verse mejor recurriendo a un ejemplo histórico-literario. Se trata del *Homenaje a Cataluña* de George Orwell. Al principio de la obra, habla del estado de la Barcelona revolucionaria como “un estado de cosas por el que valía la pena luchar”. Aunque con dudas sobre lo que realmente estaba sucediendo, su impresión de encontrarse en un “Estado de trabajadores y que la burguesía entera había huido”, igualitario, con una cierta tendencia al uniformismo (con escasas excepciones “no había gente ‘bien vestida’”) no dejaba de maravillarle. Es cierto que había problemas de escasez, “sin embargo, por lo que se podía juzgar, hasta ese momento la gente se mantenía contenta y esperanzada. No había desocupación y el costo de la vida seguía siendo extremadamente bajo; casi no se veían personas manifiestamente pobres y ningún mendigo, *exceptuando los gitanos*”. El subrayado lo hemos añadido, porque es la única referencia al asunto. Cuando regresa a Barcelona después de su estancia en el frente, en Aragón, y recuerda aquel estado de cosas simplemente dice: “La primera vez que estuve en Barcelona me llamó la atención la ausencia de mendigos; ahora abundaban”. De todas maneras, la preocupación de Orwell por las diferencias de clase (“la división de la sociedad en ricos y pobres,

clase alta y clase baja”) no le ayuda a ver otras posibles divisiones, como la que ejemplifican los gitanos.

Los motivos aducidos para legitimar esta violencia estructural contra las “razas” o “etnias” inferiorizadas pueden ser también biológicos (determinadas “razas” no tienen capacidad de trabajo, o nacen con menos inteligencia, o mienten “como chinos”, o son “gitanos” en sus relaciones comerciales o se “hacen el sueco”), pero el argumento más importante ha sido en torno a la idea de civilización. Immanuel Wallerstein hace notar el doble sentido que tiene la palabra según se use en singular o en plural¹⁵. En plural, “las civilizaciones” se refiere a la heterogeneidad humana pero no a toda. Civilizaciones acaban siendo las “grandes” construcciones que reciben su certificado de serlo si, además, tienen un Libro. Estas son, en efecto, las civilizaciones de Samuel Huntington o las culturas profundas de Johan Galtung: confuciana, islámica, sintoísta, hinduista, budista, daoísta y... ahí viene el problema: qué hacemos con el resto. Una parte del resto, África no islámica y la América Latina no criolla, no acaba de tener, en estos autores, estatus de civilización. Se puede hablar de civilización inca o civilización maya, pero en pasado, no en presente. Pero el problema más complicado para alguno de estos autores es todavía lo que queda sin clasificar: judíos y cristianos. ¿Los unimos y los hacemos judeocristianos, según hablaba Ronald Reagan? O ¿separamos a judíos y a cristianos como los hemos separado de la otra religión semita, el Islam? Desde el punto de vista de la historia de las religiones, es más sensato unir a las tres religiones del *Kitab*, del Libro, que separarlas dos frente a una, a no ser que se quiera decir que los Estados Unidos están con Israel, pero esa es otra cuestión. Y ¿qué hacemos con los cristianos ortodoxos? Huntington los separa de sus “hermanos separados” probablemente porque no piensa en civilizaciones sino en el viejo esquema de la Guerra Fría: ortodoxos en un lado (Rusia) y resto de cristianos en el otro (Estados Unidos). Y, puestos a separar a los ortodoxos ¿por qué no separamos a católicos y protestantes y por qué no hemos separado antes, dentro del Islam, a sunitas, chiítas, wahabitas, sufíes y demás variantes dentro de los seguidores del profeta Mahoma?

Creemos que todas estas clasificaciones de las civilizaciones en plural son arbitrarias. De la misma manera podríamos decir que sólo han tres civilizaciones en la especie humana: la de los que comen con la mano, la de los que comen con palillos y la de los que comen con te-

nedor y cuchillo (la cuchara está más generalizada y no separa civilizaciones). ¿Por qué no? ¿Y por qué no decir que la civilización de los que comen con palillos tiene derecho a defenderse de las demás, agresivas históricamente contra ella? La China podría pensar que las agresiones mongolas, los conflictos con la India que come con las manos y las diversas violencias sufridas desde la Guerra del Opio a manos de los occidentales comedores con tenedor y cuchillo avalan esta hipótesis. Como toda construcción ideológica, esta hipótesis minimizaría las luchas entre comedores con palillos y se rebajaría, en la versión oficial, la dureza de la invasión japonesa que transformó Manchuria en Manchukuo.

Para lo que aquí nos ocupa, las civilizaciones vienen jerarquizadas: las hay superiores (la Occidental, “diferente” en la peculiar terminología de Huntington) y está el resto. Y ésa ya es una forma de legitimar esta violencia estructural entre grupos definidos por su cultura (“etnias”). Pero la que mejor ha servido a tal propósito ha sido la de usar civilización en singular. Cuando se así se usa, se está introduciendo, subrepticamente, una división entre civilizados y no civilizados (bárbaros, salvajes, *Untermenschen*, subhumanos). El hecho de ser civilizado (que acaba siendo como una forma de tener una “raza superior”) es ya fuente de derechos frente a los no civilizados que, así, pueden ser sometidos, sojuzgados, explotados, y demás atributos de la violencia estructural.

La alternativa, como en el caso de ciertas formas de feminismo, puede ser el multiculturalismo: la idea de que todas las culturas son iguales y todos los seres humanos tienen derecho a practicar la cultura que más les venga en gana sea por nacimiento, sea por herencia, sea por opción. Tiene evidentes dificultades cuando se encuentran culturas que tienen rasgos poco respetables. La civilización capitalista a la que se refiere Wallerstein en el texto recién citado no está exenta de elementos criticables e incluso muy criticables¹⁶. Pero de esto se habla en el capítulo próximo.

Las culturas que incluyen prácticas que amenazan y merman la integridad de la persona humana pueden ser criticadas por eso acogéndose a los derechos humanos. Tal es el caso de la infibulación o la ablación del clítoris. O lo pueden ser cuando practican mayores violaciones contra los derechos humanos como puede ser el infanticidio de niñas en la China o la pena de muerte sin juicio con garantías en los Es-

tados Unidos. O cuando practican la ley del talión sin pensarlo dos veces, como sucede con la cultural gitana. La civilización capitalista a la que se refiere Wallerstein en el texto recién citado no está exenta de elementos criticables.

Aquí hemos preferido, como con el transexualismo, la idea de transculturalismo: pasar del respetar todo lo respetable en todas las culturas a, primer paso, el diálogo con las mismas y, segundo paso, a la práctica de las más posibles. Sucede como con los idiomas: todos son respetables, pero lo ideal es hablar cuantas más lenguas, mejor. Comer con las manos, con palillos y con tenedor y cuchillo, disfrutar del *sashimi* japonés, el cui ecuatoriano y el cerdo extremeño (pero respetando a los que lo tienen como tabú, igual que otros tienen como tabú - aunque no lo sepan- el comer pescado crudo y otros lo tienen con respecto al hamster, conejillo de India, conejo en América Latina, qowi/cui para los quechuas), aceptar como propias determinadas perspectivas confucianas, budistas o daoístas. A eso nos referimos con interculturalidad (estadio del diálogo) o transculturalidad (estadio del intercambio), pero siempre en el supuesto de que la “etnia” deje de ser un motivo o excusa de discriminación o marginación.

4. La violencia estructural que practican determinados grupos de interés contra el resto de la sociedad es también un tema del que parece no querer hablarse. Pero esa fue la frase del general Eisenhower en 1961 en el discurso de despedida de la Presidencia de los Estados Unidos: que había un complejo militar-industrial que tomaba decisiones por encima de los intereses de los Estados Unidos. Desde este punto de vista, serían los que practicarían el auténtico antiamericanismo. La democracia (“el peor de los sistemas, exceptuando todos los demás”) no es garantía de ausencia de tales violencias como se ha encargado de detallarlo una larga tradición en los Estados Unidos que va, por lo menos, de C. Wright Mills a Noam Chomsky¹⁷.

El asunto se puede visualizar de una manera relativamente suave viendo los datos que proporcionaba el *National Constitution Center* a partir de una encuesta telefónica aplicada a 1.520 el 24 de octubre de 2002. Un 52 por ciento de los estadounidenses encuestados opinaban que su país es el más democrático y libre del mundo. La inmensa mayoría (91 por ciento) pensaba que su Constitución, *idealmente* (así se preguntaba), tendría como función la de proteger y servir los intereses de toda la gente, frente al 8 por ciento que creía que la Constitución

idealmente era para servir a los poderosos y ricos. El cambio se constataba cuando se pasaba de preguntas sobre lo que las cosas deberían ser (“idealmente”) a cómo se veían que eran las cosas *realmente*. En ese caso, el 65 por ciento de los entrevistados opinaba que los ricos y poderosos tienen más derechos frente al 34 por ciento que creía que todos los ciudadanos tienen los mismos derechos¹⁸. Lo que se conoce desde hace tiempo sobre el funcionamiento real de dicha democracia, no se aleja demasiado de esta impresión¹⁹.

Sin lugar a dudas, las dictaduras permiten todavía más este abuso del Estado (que se supone que es de todos) para satisfacer los intereses de determinados grupos, pero, como se ha dicho, de esta violencia no están exentas incluso democracias como las de los Estados Unidos²⁰. Los mecanismos para lograr este puesto de privilegio son muy variados. Está, antes que nada, la “compra” de políticos sea directamente (pago por servicios) sea indirectamente (donaciones para las costosas campañas electorales, menos frecuentes en las dictaduras pero no por ello ausentes). También está la creación de redes de relaciones personales que pueden arrastrarse desde la infancia (sentarse en el mismo banco en la escuela) o pueden generarse gracias a los “despachos de influencias” o mediante el intercambio de personal (políticos que pasan a empresarios o empresarios que pasan a políticos; en el caso del complejo militar-industrial estadounidense, también hay que incluir militares que pasan a políticos y/o a empresarios). Para los Estados más débiles (y debilitados gracias a la ideología de la “globalización”), el recurso también es la amenaza (“si no nos das lo que queremos, retiramos las inversiones y ahí te las compongas con el desempleo y la caída de la demanda”). En ninguno de los casos conocidos el Estado ha dejado de socorrer al fuerte (Banco, empresa) aunque haya dejado de socorrer en muchas ocasiones al débil. Sí es cierto que, en momentos de competencia entre empresas que casi por definición tienden al monopolio, los gobiernos pueden optar por el aparentemente menos fuerte frente al más fuerte, pero los detalles de “untes”, personal intercambiado o intereses creados tendrían que ser investigados antes de decir que los gobiernos no apoyan al más fuerte. Hay quien ha llegado a hablar del mantenimiento del Estado de Bienestar para los fuertes (Bancos, empresas) mientras se recortaba el supuesto Estado de Bienestar para los débiles²¹. Un caso muy particular ha sido el del conflicto de Microsoft con el gobierno federal de los Estados Unidos²². También es cierto que

los gobiernos, como garantes del funcionamiento del sistema, no siempre van a favorecer el fortalecimiento de una empresa si ésta llega a ser monopolista. Es una de las contradicciones del sistema: la tendencia al monopolio y la lucha contra él, que ambas instancias se encuentran en la vida político-económica.

Tal vez el dato más asequible para la observación sea la notable continuidad del personal que, desde los gobiernos, controla la política que tiene que ver con los fuertes. En España ha habido casos notables de continuidad en puestos clave de la Administración y por parte de personas con intereses en el asunto, por ejemplo en lo referente a agricultura y pesca. Pero la anécdota es generalizable. El periódico colombiano *El Tiempo* lo planteaba de la siguiente manera²³: “¿Quiénes tienen ahora las riendas de la política económica colombiana? Es un selecto grupo de técnicos que ya estuvo en el gobierno de César Gaviria. En los últimos años se ha movido entre Planeación Nacional, el Banco de la República, el Ministerio de Hacienda, los gremios, la Universidad de los Andes, el gobierno de Andrés Pastrana y los organismos multilaterales.” No es, insistimos, un caso excepcional²⁴.

Los escándalos financieros posteriores al 11 de Septiembre de 2001 no deben ser mal interpretados. El comportamiento ilegal e ilegítimo de las grandes empresas del tipo Enron o WorldCom no es excepcional. Ferdinand Braudel, al hablar de la “economía capitalista”, pretendía que, a ese nivel del funcionamiento del sistema, el “todo vale” es la norma, lo más habitual, no la excepción. Y Amitai Etzioni intentaba entender esta insaciable codicia de los que más tienen (todos desean, en media, un 20 por ciento más de lo que ya consiguen) y acababa diciendo que “es más fácil de entender por qué una madre desempleada hurta en unos grandes almacenes que por qué un multimillonario comete una ilegalidad yendo tras un millón o dos más”, lo cual no quita que el comportamiento de estos delincuentes de cuello blanco no tenga elementos que llevan a sorpresa²⁵. La sucesión de casos de corrupción expuestos a la luz pública, entonces, no parece que pueda atribuirse a una explosión de moralidad colectiva y de puritanismo en los que no cometen tales delitos ni a un aumento de los mismos, sino a una más banal situación de lucha política electoral: los demócratas estadounidenses habrían encontrado en este tema un talón de Aquiles de los republicanos en general y del actual Presidente en particular²⁶. Aquí como en las otras formas de violencia estructural, la relación nunca es esta-

ble sino dialéctica y los conflictos entre empresas y entre éstas y la clase política se encabalgan entre sí aunque con el tácito acuerdo de mantener la violencia estructural hacia los débiles del sistema entre los que también están las pequeñas y medianas empresas.

Si se prefiere utilizar un vocabulario más clásico, aquí nos estaríamos refiriendo a las clases dirigentes, no a las clases dominantes, a las que ya se ha hecho referencia a propósito de la “lucha de clases”. Un somero análisis de la realidad político y social de América Latina muestra hasta qué punto ambos conceptos tienen toda su aplicación, por más que, como en cualquier otro lugar, las relaciones empíricas entre las realidades denotadas por dichos conceptos hagan que éstas no queden tan claramente diferenciadas. Es cierto que la clase dominante, heredera de los conquistadores (los mantuanos, criollos, blancos), tiene una estrecha relación con la clase política, los intelectuales (incluyendo a las Iglesias) y los periodistas. Pero un rápido repaso a los gobernantes en 2002 y a los que quedaron en segunda posición en las elecciones entonces producidas, lleva a ver la diferente composición de ambos grupos incluso desde un punto de vista “étnico”.

De todas maneras, convendrá no olvidar un hecho relativamente sencillo y, tal vez por ello, sistemáticamente ocultado o, simplemente, olvidado. El asunto es que si toda sociedad, casi por definición es conflictiva, es decir, que tiene grupos enfrentados por lograr objetivos incompatibles, es imposible un gobierno para toda la ciudadanía. Eso queda bien para las campañas electorales y para la retórica política, pero no parece encajar con la lógica: el gobierno siempre es el gobierno de una parte, en el mejor de los casos de un partido o partidos, pero no de todos. Siempre se gobierna a favor de alguien y en contra de alguien cuando de conflictos se trata. Incluso en el caso de negociaciones, acuerdos y pactos sociales, siempre quedan temas en los que se gobierna para una de las partes en conflicto.

Esta violencia ejercida por el Estado se legitima mediante el recurso a la regla de la mayoría. Es evidente que es mejor que su contrario, pero eso no excluye multitud de lances en los que la obtención de la mayoría es asumida como cheque en blanco para que la clase política pueda realizar lo que le venga en gana en el campo de las relaciones con los fuertes. La relación entre elector y electo dista mucho de ser un contrato mediante el cual el electo se compromete a realizar una serie de acciones para las que ha sido elegido. En muchos casos, eso no pue-

de ser así porque la política se hace muy compleja y las campañas no pueden bajar a detalles. Otras veces la razón es que se eligen candidatos pero no políticas, ya que éstas serán fruto de acuerdos post-electorales entre las fuerzas que unen sus escaños o sus votos para conseguir la mayoría. Otras veces el contrato no existe o no se cumple por la simple razón de que los políticos mienten, engañan y manipulan al electorado. Los que piensan que si las elecciones no fueran útiles para mantener el sistema de violencia estructural ya habrían sido suprimidas, explican así las dictaduras, pero también la pervivencia de democracias formales en el que el electorado no cuenta mucho.

Hay un recurso que todavía es más útil para legitimar este funcionamiento del sistema y es la idea de la voz del pueblo (*vox populi, vox Dei*). La voz del pueblo, en tiempos de Galileo, era que la Tierra estaba quieta y el sol, como podía percibirse con facilidad, era el que se movía. Y lo mismo sucedía con las esferas celestiales. Se quiere decir con esto que la voz del pueblo no es necesariamente la voz de la verdad. Los ilustrados del siglo XVIII lo supieron bien y, de entrada, propusieron someter cualquier percepción de los sentidos a la evaluación de la razón. Tal propuesta ha terminado y hoy en día la verdad es lo que vemos por la televisión, sobre todo si recibimos el mismo mensaje por otros medios (radio y prensa). “Está pasando, lo estás viendo”, como reza la autopublicidad de un canal de pago en España, es una falacia: los casos se acumulan en los que “lo [que] estás viendo” no tiene nada que ver con lo que “está pasando” e, igualmente, son abundantes los casos en los que lo que “está pasando” no “lo estás viendo” ni lo verás nunca.

El caso de los golpes y contragolpes en la Venezuela de Chávez es paradigmático a este respecto. En primer lugar, porque todas las partes implicadas se legitimaron el 12 de abril de 2002²⁷ diciéndose representantes del sentir popular. En segundo lugar, porque fueron precedidos por campañas mediáticas en las que buena parte de los medios estaba contra el Presidente y mientras otra fracción (radio sobre todo) estaba a favor, y compitieron por dar una versión “apropiada” de los sucesos. Finalmente, porque los medios de comunicación son también cambiantes y su papel muta de situación a situación. Lo que la antena parabólica de la CNN fue en Tormenta del Desierto o internet en el ataque a Serbia a propósito de Kosovo, en el golpe de Estado contra Chávez fue la telefonía portátil: los pequeños teléfonos personales y móvi-

les fueron el medio alternativo que permitió el reagrupamiento de las fuerzas pro-gobierno²⁸.

La legitimación mediante la democracia tiene, de todos modos, algunas excepciones históricas importantes. Se trata de momentos en los que los países llamados democráticos no han estado muy de acuerdo con los resultados de unas elecciones limpias y han decidido intervenir para alterar tales resultados o colaborar con los que, desde dentro, los alteran mediante golpes de Estado. Fue el caso del “conocimiento” que tuvo Estados Unidos de lo que sucedía en el Cono Sur en los años 70 y principios de los 80 y también fue el caso del triunfo democrático del Frente Islámico de Salvación en Argelia abortado por un golpe “bendecido” por los países democráticos. Como dijera Henry Kissinger a finales de los años 60 a propósito del Chile de Allende: “No veo ninguna razón para permanecer quietos mientras vemos cómo un país se hace comunista por la irresponsabilidad de su propia gente”²⁹.

Este tipo particular de violencia estructural no puede circunscribirse a las fronteras del Estado so pena de perder de vista su auténtico internacionalismo. El Estado es uno de sus instrumentos más evidentes. Por eso resultaban poco creíbles las proclamas sobre la obsolescencia del Estado mientras duró el uso generalizado de la palabra “globalización”: el Estado es demasiado importante para mantener esta violencia como para prescindir de él. Y en esta violencia se incluye no sólo el llamado “orden público” y el control de la fuerza de trabajo sino también la ocupación de posiciones en la jerarquía mundial por parte de los países centrales, asunto del que se hablará de inmediato. En su funcionamiento completo, tanto “nacional” como internacional, la legitimación más importante viene de las mismas Ciencias Económicas. Por lo menos eso ha dicho George Soros, economista, a propósito de lo que él llama (y denigra) capitalismo del *laissez-faire*. El atribuir carácter científico a propuestas de escasa base empírica ha sido, en este sistema en el que vivimos, uno de los recursos más frecuentes.

Pero hay casos en los que ni siquiera se busca una legitimación, como son los de las “*cover actions*”, las acciones encubiertas de los gobiernos para defender los intereses de sus empresas. Como son encubiertas, no necesitan de legitimación. Pero algunas acaban sabiéndose como ha sucedido con los documentos desclasificados en los Estados Unidos y que prueban, en contra de lo que negaron entonces, que la Administración conocía qué estaba sucediendo en la Argentina que iba

a ser de Videla y demás miembros de la Junta. A finales de marzo de 1976 se enviaba desde la Embajada de los Estados Unidos en Argentina un informe en el que se decía, como ahora sabemos: “No fuimos acusados de estar detrás de este golpe y la Embajada espera que continúe siendo así (...). No sería bueno ni para ellos ni para nosotros. Sin embargo, los mejores intereses para la Argentina y para nosotros mismos descansan en el éxito de este Gobierno moderado [sic] que ahora lleva adelante el general Videla (...) Nos prometió resolver rápidamente varios de nuestros [sic] problemas de inversiones (Exxon, Chase Manhattan, Standard Electric y demás)”³⁰. Obsérvese de paso, al margen de la ironía de llamar “moderado” al tal gobierno, que ese “nuestros problemas” hace pensar que el Manifiesto Comunista no andaba tan descaminado cuando decía que “el gobierno es el consejo de administración de los negocios de los burgueses”. La fórmula es, sin duda, exagerada y panfletaria, pero tiene una base empírica que no ha desaparecido con el tiempo.

La alternativa ideal la propone el anarquismo: asambleas piramidales sin personal “profesional”, con la evidente dificultad del número como ya vio en su día José María Elizalde desde dentro de la CNT posterior al franquismo³¹: que un número alto de participantes genera casi por necesidad la aparición, aunque no sea más que por motivos pragmáticos, de grupos que se mantienen en el cargo (y del cargo), además de fenómenos de “férrea ley de la oligarquía” que aquejó a los sindicatos socialdemócratas en la Alemania de principios del siglo XX: progresivo aumento de las energías dedicadas al mantenimiento de la organización, con detrimento de las energías dedicadas al logro de los objetivos de la organización. El sindicato *Solidarnos*É (Solidaridad), en Polonia, sufrió una crisis parecida sobre todo desde que, con la entrada de los campesinos, recibió un mayor apoyo de la jerarquía de la Iglesia Católica en el interior y desde Roma.

Pero si este objetivo se considera irrealizable (los anteriores son igualmente difíciles), siempre quedan las formas de política con más información, más participativa y con más controles a los gobernantes y las multinacionales, no menos³².

5. “Naciones” viene entrecomillado porque, aunque con base empírica, son resultado de construcciones históricas. Son “comunidades imaginadas”, pero que tienen efectos sobre la vida y hacienda de sus pretendidos miembros hasta pedir de éstos que lleguen a dar la vida

por su Patria o maten en su nombre. De todas maneras, las “naciones” son una invención relativamente reciente en la historia de la Humanidad, aunque hay motivos para pensar que todavía tienen un futuro ante sí³³. Su invención en el sentido moderno tiene que ver con las necesidades de los reyes europeos del siglo XV-XVI de hacer aceptable para sus súbditos la entrega de impuestos y la entrega de la vida por defender en aquel momento al Rey y sus posesiones territoriales. Con el tiempo, y decapitados los reyes en Inglaterra en el XVII y en Francia en el XVIII, la extracción de impuestos se hace más fluida y “los mosqueteros del Rey” son sustituidos por *les enfants de la Patrie*, canción -La Marsellesa- que acompañará la primera gran leva en masa que conoce Europa moderna. La idea de nación llega a nosotros por otro accidente histórico: burguesías bien concretas en lo que hoy es Alemania y todavía es Italia encontraron rentable unificar territorios políticamente dispersos pero que comparten formas lingüísticas semejantes (la heterogeneidad lingüística de Alemania y, sobre todo, de Italia sigue siendo una realidad). Para ello encontraron rentable una idea de “nación” basada en la cultura, la lengua y, si se pudiera, la religión. Es la legitimación más eficiente para sus propósitos, para lo cual necesitan una idea de nación anterior a los individuos que ya nacen en ella y tienen deberes para la tal nación con independencia de su voluntad. Fernando e Isabel, los Reyes Católicos, ya intentaron homogeneizar sus territorios (las Españas, en plural) en lo religioso, vieron con agrado las propuestas para codificar el castellano como lengua del Estado y sentaron las bases del nacionalismo español que no aparecerá, realmente, hasta las Cortes de Cádiz, a principios del XIX, aunque no será un nacionalismo cultural el de aquellos liberales. El nacionalismo cultural tendrá que esperar, en la Península Ibérica, a su invención en Cataluña y su copia en las Vascongadas de Sabino Arana a finales del siglo XIX y principios del XX.

La violencia ejercida por las “naciones” lo es en un doble sentido. Por un lado, hacia sus miembros. Por otro, hacia otras naciones, con lo que pasaríamos de la violencia intergrupala a la violencia internacional que sería un intermedio entre la anterior y la interestatal de la que aquí se va a hablar.

Es, a todas luces, un antropomorfismo decir que las “naciones” ejercen violencia estructural hacia sus miembros. En realidad, son grupos concretos los que toman las decisiones en nombre de la “nación”,

tenga ésta Estado o no, cosa que, para lo que aquí cuenta ahora, no es discriminante. Estos grupos tienen que ver con la búsqueda del poder político, el acceso o mantenimiento del prestigio (los auténticos) y la aplicación de diversos mecanismos de privilegio reservados para los miembros (selectos) de la tal “nación”. Estos grupos están interesados en la creación (a veces con muy pocos materiales, como fue el caso de Finlandia), elaboración y difusión de los símbolos mediante los cuales los individuos se creen/saben miembros de la Nación. Este interés puede ser cínico en sentido estricto, es decir, totalmente falto de valores. Determinadas elites practican un nacionalismo folclórico que Machado llamaría de “charanga y pandereta” y que en otros contextos es de “banderas, himnos y fronteras”, mientras se dedican cotidiana y sistemáticamente a robar, esquilmar y escarnecer con sus acciones esa “nación” a la que exaltan y dicen defender. Estas elites, ofreciendo un objeto de identificación, consiguen poner en funcionamiento numerosos mecanismos psicológico-afectivos que entran en acción sobre todo cuando se confronta al individuo (o al grupo) con el Otro o con los Otros, los distintos, diferentes, llegando a elementos comunes con lo discutido a propósito de las etnias pero con una diferencia: si el racismo implica que hay razas superiores y razas inferiores, el nacionalismo proclama que sólo hay una Nación, la propia, digna de ser amada, reverenciada, defendida, protegida etc. Tal vez el racista teme la contaminación de su raza (así piensa el gitano que no quiere que sus hijas se casen con payos, aunque el asunto es más complicado), pero ciertamente el nacionalista quiere que la versión idealizada de su Nación quede totalmente incontaminada por las costumbres bárbaras de otras naciones (civilizaciones), amén de los casos en los que hay una visión racista de la nación, como fue el caso de la Alemania nazi.

En la medida en que el nacionalismo se trasmite a través de la educación, la familia ocupa el lugar preponderante para la transmisión de esta idea de la identidad personal y colectiva. Pero es completada por otros medios: el grupo de pares (amigos, pandilla) y la educación formal e informal (Los grupos en el poder se encargan de que la educación formal lo sea en la dirección de la propia “construcción nacional”). Pero todos los medios son buenos: las iglesias, el deporte... y el conflicto en general y la guerra en particular. No hay nada mejor para la construcción de una nación que la existencia/invencción de un enemigo exterior que dé consistencia y cohesión al grupo que se siente

amenazado y víctima (el elemento victimista es importante en cualquier nacionalismo).

Esta violencia de imponer una lengua a una persona por el mero hecho de haber nacido en un determinado territorio y, en general, de imponerle una visión del mundo y una lealtad sólo por tal accidente biográfico se extiende a las relaciones con otras naciones. La razón es que, a diferencia de las anteriores violencias, ésta tiene como elemento constitutivo la territorialidad (de ahí las dificultades que tienen los nacionalistas con seres humanos sin territorio: así les pasa a muchos europeos actuales con los gitanos, así les pasó a muchos europeos del siglo XX con los judíos y así sucede ahora en el Estado de Israel con los palestinos). Los grupos que controlan la elaboración de la “nación” incluyen en ella una descripción del propio territorio, muchas veces mítica, inventada en sentido estricto. Otras veces esta descripción es hipócrita, saltándose las dificultades que pueda haber con territorios en los que no se habla la lengua de la Nación o no se practican los rasgos culturales de la supuesta Nación. No hay una exaltación, precisamente, de la zona en la que se habla aranés en Cataluña, ni hay una discusión racional entre los nacionalistas valencianos sobre los territorios en los que nunca se ha hablado valenciano, como los polacos pasan de puntillas sobre los territorios protestantes del Norte (Mazury) o los españoles maquillan su historia para hacer coincidir la Nación con las actuales fronteras administrativas del Estado Español y se extrañan de que los vascos hagan lo propio.

Las “naciones” practican la violencia estructural ocupando territorios u oprimiendo a sus habitantes al imponerles comportamientos que éstos no quieren. La legitimación habitual es la historia, los derechos históricos, los héroes, las batallas, todo ello convenientemente maquillado y, en general, proyectando hacia el pasado las fronteras actuales del territorio asumido como propio y dando por cierto que siempre existió el Perú o el Ecuador o Bolivia, cosa evidentemente falsa. Tan falsa como que siempre existió España en el sentido del nacionalismo moderno.

El internacionalismo fue, durante mucho tiempo, un intento de ofrecer una alternativa. Pero el fracaso que tuvo el intento en la guerra europea del 14 hizo ver que los proletarios, en contra de lo que había previsto el *Manifiesto Comunista*, sí tienen Patria y están dispuestos a morir por ella, disfrutar con sus éxitos deportivos, defender sus intere-

ses frente a las agresiones del exterior y amarla por encima de todas las cosas. En la actualidad, el internacionalismo no es una práctica muy extendida. Las llamadas Internacionales (políticas, sindicales) son asociaciones de asociaciones nacionales a veces muy nacionalistas.

La alternativa sería las transnacionalidad, el deslegitimar la idea misma de nación como fuente de violencia estructural y hacer de la nación el resultado de un pacto libre entre individuos libres. No es nueva: estaba ya en Renan (“la nación es un plebiscito cotidiano”) y ha sido elaborada recientemente por Habermas a propósito de la lealtad o patriotismo constitucional. Tal vez podemos contentarnos con ideas menos culturales de la nación, en las que la lengua, la religión, la “etnia” no jueguen ningún papel. En todo caso, lejos estamos, en las prácticas observables, del dicho de Bahauallah, fundador de la fe Bahá’í: “La Tierra es un sólo país, y los seres humanos son sus ciudadanos”. Lo que hay son Estados y proyectos de Estado, guste o no. Y ahí empieza otro tipo de violencia estructural.

6. La violencia estructural entre Estados de la periferia se refiere a situaciones relativamente estables en las que la rivalidad fronteriza o la existencia de metaconflictos de cuyo origen ya nadie se acuerda hacen que en cualquier momento, con el pretexto más inesperado, estalle la violencia directa. El conflicto entre el Perú y el Ecuador fue de este tipo y, de paso, sirve para ver que la violencia estructural puede terminar, si es que ha terminado entre ambos países y no vuelve a presentarse como forma de proyectar hacia el exterior las contradicciones internas. Lo mismo puede decirse de la India y Paquistán. En América Latina los conflictos por las fronteras son frecuentes (Venezuela-Guayana, Colombia-Nicaragua, Bolivia-Chile). En algunos casos hay intereses muy concretos de por medio (el petróleo), en otros no es otra cosa que las dificultades de acomodo que tiene la ideología nacionalista cuando se aplica al territorio³⁴ y en otros más de lo que se trata es de un metaconflicto producido por la misma vecindad y que ha generado percepciones mutuas negativas, desconfianza, estereotipos, prejuicios, desprecios y “odios” de cuya base real ya nadie se acuerda si es que alguna vez la tuvo.

La legitimación de este tipo de relación de mala vecindad es de dos tipos. Por un lado, un recurso a la Historia para demostrar que somos “nosotros” los que tenemos realmente los derechos históricos. Cuando se visitan las partes de un conflicto estable como éste, es habi-

tual recibir un caudal de información que demuestra que somos “nosotros” (y no “ellos”) los que tenemos razón. En estos casos, se vuelven a encontrar los retoques de la historia, al modo nacionalista porque de nacionalismo se trata, para que el tiempo empiece a contar cuando interesa a la parte que está haciendo el alegato. El mundo árabe podría pedir la devolución de la Granada que perdieron en 1492, alegando que fue más tiempo “musulmana” que “cristiana”. Y Roma podría reivindicar los territorios que conquistó en tiempos de Julio César. Las fronteras no hablan por sí solas: necesitan del poder del Estado para ser definidas y son definidas con respecto a otros, cuya existencia legítima, en buena parte y como “enemigo”, la existencia de ese Estado y que, en un mundo básicamente cínico, dependerá de la llamada “comunidad internacional”, es decir, de los países centrales, para que su demanda sea aceptada como válida o no. Dos casos parecen paradigmáticos a este respecto: las reivindicaciones que hace el gobierno de Irak a propósito de Kuwait, territorio que les fue quitado por la fuerza para dárselo a una familia complaciente con los intereses petroleros de los países centrales. El otro caso es Palestina/Israel.

El otro elemento de legitimación es la otra cara del derecho histórico, a saber, la adjudicación de toda la culpabilidad al “otro” que fue quien nos despojó ilegítimamente de nuestro territorio o lo reivindica contra toda legalidad o no ha hecho más que tener comportamientos hostiles hacia nosotros, pacíficos donde los haya.

La trascendencia (o sublimación) de estas situaciones es la alternativa que viene a la mente. Regionalizar, es decir, sumergir el conflicto en un territorio mayor que haga impertinentes las disputas fronterizas es una de las maneras. La Unión Europea, en su origen, fue un intento precisamente en esta dirección³⁵ y todavía puede ser propuesto como ejemplo de ello, aunque tal vez sólo de ello y con las reticencias obvias al observar cómo no ha funcionado del todo el intento belga de sumergir el conflicto entre flamencos y valones. La otra manera, intentada en el conflicto fronterizo Ecuador-Perú, es la cosoberanía de la que también se habla a propósito de Gibraltar (pero no a propósito de Ceuta y Melilla), pero éste, como el de las Malvinas/Falkland, ya forma parte de otro tipo de violencia: la ejercida por los países centrales contra los países periféricos. Los argumentos del nacionalismo español frente a las demandas de Marruecos son los previsibles: “la historia nos da la razón” y “ellos no son de fiar”, es decir, derechos históricos nuestros y

culpabilidad de ellos. El contraargumento también frecuente es el de exaltar la especificidad y carácter único del caso en cuestión, que nada tiene que ver con otros casos como Malvinas/Falkland o Gibraltar. Aquí nos interesan los rasgos comunes.

7. No está muy claro que, como dice el Manifiesto Comunista, la historia de la Humanidad sea la historia de la lucha de clases. Pensamos, con Engels, que no siempre. Engels, efectivamente, consciente del exceso de rotundidad del eslogan, matiza a pié de página que se refiere a la historia escrita y ahora sabemos que ello significa además historia eurocéntrica. Pero, a tenor de lo dicho hasta ahora, pensamos que no sólo, que hay otras luchas y hay otras violencias estructurales. También pensamos que la historia no de la Humanidad sino del sistema en que vivimos y que se inicia, como dice Wallerstein, en el “largo siglo XVI”, es la historia de las relaciones entre el centro y la periferia o, para ser más precisos, la historia de la violencia estructural ejercida por el centro (el Norte) contra la periferia (el Sur) y que, por tanto, hay razones para desconfiar, desde el Sur, ante cualquier producto producido en el Norte, no vaya a estar contaminado por esa violencia. Podría ser el caso del marxismo mismo, aceptado sin revisión por muchos, aunque repensado desde fuera de Europa por algunos pensadores excepcionales como Mao o Mariátegui. Es realmente difícil entender, para un partido marxista ortodoxo, qué significa el Movimiento al Socialismo, con Evo Morales, en la Bolivia de 2002 y si esta “nueva izquierda” indígena tiene que ver algo con la izquierda clasista tradicional. Algunos marxistas chinos todavía andan buscando en su realidad histórica el “modo de producción asiático”. Pero los ejemplos pueden multiplicarse para acabar viendo cómo el pretendido carácter universalista de las Ciencias Sociales tiende a ocultar su tendencia a depender de los intereses coyunturales de la potencia hegemónica del momento o, simplemente, reflejan la ceguera etnocéntrica de europeos y estadounidenses y también la autocolonización (unida a su particular forma de etnocentrismo) que se encuentra en otros lugares del Planeta. En términos generales, la cita obligada es a Andre Gunder Frank que, aunque de forma tal vez excesiva, ha mostrado con mucho vigor el carácter eurocéntrico de buena parte de los clásicos de las ciencias sociales, desde Marx a Braudel³⁶.

Se pueden distinguir cuatro fases, de duración desigual, en esta violencia estructural del Centro contra Periferia³⁷. Como todas estas

periodizaciones tiene algo de arbitrario y lo único que pretende es introducir algo de orden en la confusa sucesión de acontecimientos. Si se prefiere, se podrían pensar dos grandes etapas: una, hasta el fin de la hegemonía de Inglaterra en el sistema mundial, y otra que es la hegemonía de los Estados Unidos desde, con claridad, 1945. La gran diferencia es que la violencia estructural Norte-Sur o centro-periferia practicada hasta el colapso del Imperio Británico es una violencia que incluye, por parte de las potencias centrales, la ocupación territorial de las periferias sometiéndolas a su propio interés económico, comercial y político, cuando no incluso cultural. Se puede llamar a esta etapa la etapa del imperialismo y se intentó legitimar mediante la idea de la misión civilizadora, el “id por todo el mundo” cristiano, el pesado fardo de caía sobre los hombros del hombre blanco o, en general, la obligación que tienen los civilizados (cristianos, mercantiles, demócratas) de civilizar a los salvajes.

La entrada de los Estados Unidos en el papel de potencia hegemónica ha tenido, a su vez, tres fases que es posible diferenciar, aunque en todas ellas la ocupación territorial de las periferias es sustituida por otro tipo de ocupación política y claramente estructural. En la primera, la etapa del desarrollo, la dominación del centro sobre las periferias se hace a partir de la idea de desarrollo legitimado mediante la teoría de la modernización que, en aquel momento, venía a resumirse diciendo que si el país se procuraba parecer a los Estados Unidos, tendría acceso a todos los bienes del crecimiento económico. Lo que en realidad se estaban produciendo eran sucesivas divisiones internacionales del trabajo en función de los intereses de los países centrales.

El desarrollo es sustituido por una etapa que puede llamarse de la globalización, no porque sólo en ella se dé tal proceso globalizador (que es muy anterior), sino en el sentido de que la palabra globalización es utilizada para manifestar, de nuevo, el dominio del centro sobre la periferia: el centro seguirá siendo proteccionista, estableciendo los términos comerciales, imponiendo criterios económicos, y las periferias deberán abrirse a la compra de productos no competitivos del centro, tendrán que aceptar el comercio en los términos dictados por el centro y los criterios económicos serán los que los beneficiarios de la estructura quieran en cada momento. Esta etapa es también un momento en el que la deuda externa, como forma de relación estable perjudicial para una de las partes, queda gestionada en los términos que

mejor benefician al centro. “Comercio y ayuda” son la legitimación que se le ocurre al centro: comercio que favorezca al centro y ayuda meneguante pero real, para que la estructura no acabe de romperse del todo.

Los ciclos políticos internos de los Estados Unidos, como potencia hegemónica, han dado paso a una nueva fase, que no ha sido causada por el 11 de Septiembre pero que tiene en esa fecha su símbolo más elocuente, en la que el unilateralismo de dicha potencia va acompañado por una afirmación de su papel central por encima de leyes, tribunales e incluso por encima de los acuerdos suscritos por anteriores gobiernos y que ahora se “des-suscriben”³⁸. Está por ver cuál va a ser la legitimación de esta etapa, si es que hay alguna. La de la globalización que tan bien sirvió a los gobiernos de Clinton, ya no sirve y va desapareciendo del lenguaje mediático excepto para hablar de los “antiglobalización”. La tendencia parece indicar que las legitimaciones son cada vez más tenues y no sería de extrañar que esta etapa no necesitara de tales recursos y se afirmara el papel hegemónico de los Estados Unidos sin más retórica, excepto la lógica de las armas y de su predominio militar sin precedentes y de la potencia económica y política acrecentada por sus serviles “aliados”. Este neoimperialismo no vuelve a la ocupación territorial, pero sí deja clara la diferencia entre metrópoli y colonias y el papel de líder indiscutible que debe tener la metrópoli³⁹.

Con independencia de estas fases, lo que sí se sabe es que una conjunción de la violencia estructural en las relaciones entre clases (centro-periferia) y la violencia estructural en las relaciones Norte-Sur (Centro-Periferia) son factores cruciales, no únicos, en la producción de pobreza a escala mundial con el centro del Centro como grupo que sale muy beneficiado y lucha por mantenerse en tal situación y la periferia de la Periferia como categoría perdedora y que difícilmente llega a tener capacidad política e incluso física para luchar por cambiar tal situación⁴⁰. Conviene una vez más recordar que el Centro está formado tanto por las elites de los países enriquecidos como por las elites de los países empobrecidos, como la Periferia está formada por los parias de unos países y otros. En otras palabras, que en los países centrales hay miembros del centro como de la periferia, de la misma forma que en los países periféricos hay miembros tanto del centro como de la periferia.

Puestos a intentar explicar más, parece claro que la versión dicotómica no acaba de permitir entender todo lo que sucede: hace falta, como hace Wallerstein, introducir una Semiperiferia en su estructura Centro-Periferia a escala mundial para comprender la tendencia a la estabilidad que tiene el sistema. También hace falta introducir elementos intermedios entre centro y periferia (entre burgueses y proletarios) si se quiere explicar el funcionamiento habitual de los sistemas políticos y los intentos de cambiar el orden a escala local (estatal, regional). El mismo Marx lo hacía en *El 18 Brumario de Luís Bonaparte*: el esquema dicotómico es abstracto y los análisis concretos de situaciones concretas no se dejan encasillar tan fácilmente.

En el cuadro aparece como alternativa general el “tercermundismo”, palabra poco afortunada que se refiere a las distintas formas históricas de plantear e intentar defender los intereses de las periferias en una estructura menos desigual, injusta y cruel y que incluye un conjunto tan heterogéneo como para que estén el Movimiento de los No-Alineados, el Nuevo Orden Económico Internacional, las revoluciones populistas-nacionalistas en las periferias o la desconexión y, probablemente, los movimientos que se mueven en torno a los Foros Sociales (Porto Alegre) aunque, en estos últimos, el debate interno sea entre los que aquí llamaríamos “tercermundistas”, es decir, los que quieren mejores condiciones para las periferias y los que habría que llamar “antisistémicos”, es decir, los que quieren cambiar el sistema y que deje de existir la estructura centro-periferia consubstancial al funcionamiento del mundo desde, por lo menos, los últimos 500 años.

8. La posición de los Estados Unidos probablemente no sea eterna. La historia del sistema mundial que se inicia en el “largo siglo XVI” es la historia de las luchas por conseguir la hegemonía: las clases dirigentes de los países centrales encuentran que la hegemonía es altamente rentable para sus intereses y procuran alcanzarla. La rivalidad entre superpotencias es la tónica en estos cinco siglos y las teorías “realistas” sobre las relaciones internacionales legitiman esta situación: los Estados serían entes que, en un mundo desordenado y caótico, intentan maximizar sus beneficios sin importarles el coste siempre que éste supere al beneficio esperado.

Estas luchas son, en muchos casos, directamente sangrientas como ha sucedido con las diferentes “guerras mundiales”, es decir, entre países del centro. Otras veces han sido indirectamente sangrientas co-

mo fue la Guerra Fría que el subcomandante Marcos llamaba la “Tercera Guerra Mundial”⁴¹. Y fueron indirectamente porque dicha etapa (digamos 1945-1989 ó 1991) se caracterizó por los llamados “conflictos de baja intensidad”, es decir, conflictos en los que las superpotencias se enfrentaban por persona interpuesta, asesorando, avituallando y armando a las respectivas partes, pero sin intervenir directamente. Hubo, eso sí, presencia directa de uno con presencia indirecta del otro, pero no hubo enfrentamiento directo aunque varias veces se estuvo al borde del “invierno nuclear”, como sucedió en la crisis de los misiles bajo los gobiernos de Kennedy y Krushev.

En los Estados Unidos, desde esta perspectiva, se mantiene una polémica entre los “realistas” de la vieja escuela que querrán buscar algún tipo de acuerdo con los aliados y los “reaganistas”, también llamados “neoconservadores”, que defienden el unilateralismo y la idea de que lo primero que hay que hacer es demostrar la fuerza y la firmeza y que los “aliados” ya se unirán después y seguirán los pasos del líder. Es fácil reconocer que la distinción entre “realistas” y “reaganistas” es una simplificación excesiva⁴². Mucho más lo sería, pero no por ello es menos cierto, reconocer los elementos comunes que tienen ambas posturas: la de dar como principio fundamental (positivo y normativo, ser y deber ser) el de la fuerza, hegemonía, liderazgo o jerarquía. Puede discutirse si ese principio es el que debería ser para tener un mundo más seguro, pero está claro que fue el que se aplicó con el bombardeo de Afganistán: los “aliados”, simplemente, se sometieron al líder sin hacer preguntas.

El documento sobre “Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos de América”, firmado por el segundo presidente Bush el 17 de septiembre de 2002, incidía en los mismos términos⁴³. En primer lugar, se reconoce que los Estados Unidos disponen de “una fuerza militar sin precedentes”. Efectivamente, sus presupuestos militares duplican a los de todos los países europeos miembros de la OTAN juntos. En segundo lugar, y en la línea de la “diplomacia pública” a la que se ha hecho referencia aquí en la introducción, se parte del presupuesto de que el camino a la paz y la seguridad es el camino de la acción. En tercer lugar, esa acción incluye la “autodefensa preventiva”, es decir, la acción *antes* de que se concrete la amenaza, mostrando, de paso, unas notables dotes de anticipación cuya base empírica siempre será discutible⁴⁴. Y en cuarto lugar, se establece el principio de que los Estados

Unidos tienen la responsabilidad de liderar la lucha por la libertad. La traducción, para algunos, es que “un imperio no tiene aliados sino vallos”⁴⁵.

Es difícil saber cómo va a ser la lucha por la hegemonía que sucederá al actual predominio casi imperial de los Estados Unidos. Podría ser sangrienta otra vez, y los estrategas a largo plazo parecen estar ocupados en desactivar esa posibilidad que podría enfrentar a partir de los próximos 20 años a la China con los Estados Unidos. Pero podría adquirir características totalmente nuevas. No deja de ser intrigante el ataque coordinado contra los 13 ordenadores que son la columna vertebral de Internet en el 21 de octubre de 2002 y que puso en dificultades serias, aunque muy breves, a 7 de ellos⁴⁶. Internet, como es sabido, permite una variedad de actividades que van de la comunicación militar segura -para eso fue inventado- a la comunicación antisistémica más o menos vigilada por sistemas como Echelon o los, al parecer, medios aplicados por el gobierno español para censurar el acceso a páginas de Batasuna⁴⁷ o los utilizados por el gobierno del Partido Comunista chino para controlar y censurar el acceso de sus ciudadanos a páginas “sensibles”⁴⁸. Si esta es la primera escaramuza de la siguiente “guerra mundial”, es decir, entre países centrales, está por ver.

De memento, y para completar la descripción contemporánea, es cierto que, como se ha dicho, algunas multinacionales superan en cifras de ventas al Producto Interno Bruto de muchos países y que con tales cifras de unas pocas de ellas ya tengamos una cifra equivalente al PIB de todos los países llamados “en desarrollo”. Eso indica un poder real en el sistema mundial que no debe ser minimizado so pena de error de apreciación. Pero los Estados en general y los Estados de los países centrales en particular y, con mucha más razón, el Estado de los que buscan mantener o lograr la hegemonía van a seguir existiendo con o sin “globalización”⁴⁹. No hay nada de “obsolescencia del Estado” como algunos pretendidos científicos sociales han predicado como corifeos de los intereses de quienes querían Estados débiles en la periferia para mejor penetrarlos económicamente y mejor someterlos políticamente mientras se hacía todo lo posible por fortalecer el Estado en el Centro. Nunca nadie ha dicho que el Estado, en los Estados Unidos, fuera algo “obsoleto” y que debía ser desmantelado. Sí se ha criticado el “big government”, el exceso burocrático de Washington, más como estrategia electoral que como práctica real. Pero cuando se trata de plantear cues-

tiones como la del funcionamiento del sistema mundial, las posiciones son claras: el Estado ha de ser fuerte y es el instrumento de mantener liderazgos políticos y satisfacer intereses económicos⁵⁰.

La teoría alternativa para conceptualizar las relaciones internacionales es el “idealismo” de los que introducen los valores, los objetivos, las metas, las leyes, los acuerdos como forma de conseguir un mundo menos brutal en su violencia estructural. La defensa de las instituciones, tal vez no como existen actualmente pero sí como garantes de un cierto orden y de una limitación de los excesos de la violencia estructural Norte-Sur y Norte-Norte, podría ser también una alternativa.

9. ...si es que se llega a tiempo. Probablemente, a lo largo de la historia de la humanidad, la violencia estructural más evidente ha sido la ejercida por la especie contra el resto de la Naturaleza y sus manifestaciones son visibles: catástrofes, calentamiento, agotamiento de recursos no renovables, contaminación más allá de la capacidad de reacción del Planeta... con evidente riesgo de desaparición de la especie.

Es comprensible la “pitada” con la que fue recibida la intervención final del Secretario de Estado de los Estados Unidos en la Conferencia de Johannesburgo, 10 años después de la de Río. Los Estados Unidos son el país que más aporta a la contaminación mundial y que acababa de retirarse (“desfirmar”) del Protocolo ya firmado de Kyoto. Pero el argumento parece fácil de entender: las empresas estadounidenses no quieren que su gobierno tome acuerdos que puedan mermar su competitividad. Para ello, como han hecho también las empresas tabaqueras y suelen hacer las farmacéuticas, están dispuestas a financiar toda investigación que muestre lo exagerada que es la posición medioambientalista. Probablemente no haya un asunto en el que mejor se vea la profunda contradicción entre los intereses de conservación del sistema a largo plazo y los intereses del beneficio o la acumulación de capital a corto, contradicción que las reglas del juego del sistema en el que vivimos no permiten resolver y, si lo hacen, es en contra de la Naturaleza⁵¹.

No extrañe entonces que si el ex presidente Carter⁵² se quejaba amargamente de cómo los Estados Unidos habían pasado de ser un país respetado como defensor de los derechos humanos a ser el blanco de las críticas por su falta de consideración a los mismos, otros añadían: “En la actualidad, se habla mucho de la fuerza sin precedentes de los Estados Unidos a escala mundial. Sin embargo, justo en ese mo-

mento el país más poderoso del mundo está a punto de desperdiciar ese capital político, autoridad moral y buena voluntad internacional por su deliberada lentitud en abordar el próximo tema global: el medioambiental”⁵³.

La legitimación puede resumirse en la visión bíblica sobre la relación del hombre por encima de la Naturaleza sin que ésta tenga derechos y sí los tenga el hombre para disponer de ella al son del “creced y dominad la Tierra”.

La alternativa del ecologismo es evidente y, mucho más radical, lo es la ecología profunda que encuentra derechos en la Naturaleza.

Está por ver si se llega a tiempo o el sistema se encuentra ya tan alejado del equilibrio que ya no es posible un retorno al mismo sino que se dirige a su desaparición. Está por ver y hay un conjunto de fuerzas dispuestas a que no acabe de verse: empresas que planifican al corto plazo y que sólo se preocupan por el beneficio y los resultados en el mercado y gobiernos que planifican a corto plazo y que sólo se preocupan por el poder y los resultados en las elecciones. Las alternativas presentadas en el nivel intergrupual han producido diversas versiones ecologistas (ecofeminismo, ecología popular, ecología anarquista) pero está por ver que consigan alterar la agenda de las partes de estas relaciones de violencia estructural que consiguen el beneficio de las mismas y pueden decir, una vez más, “después de mí, el diluvio” o, con Groucho Marx, “¿por qué tengo que preocuparme por la posteridad? ¿qué ha hecho la posteridad por mí?”.

Notas

- 1 Es el caso de la declaración de Estado de Conmoción Interior declarado por Álvaro Uribe a poco de tomar posesión como Presidente (*El Tiempo*, Bogotá, 12 de agosto de 2002).
- 2 Véase Michael Barratt Brown, *Comercio justo, comercio injusto*, Barcelona, Icaria, 1998. Es a los débiles (niños y mujeres esclavas, presos en trabajo forzoso, “dumping social” en general) del llamado Tercer Mundo a quienes hay que defender: Nicholas D. Kristof, “Let’s hear it for Third World sweatshops”, *The New York Times*, 26 de junio de 2002.
- 3 Una forma semejante de clasificar los problemas, en su caso de desigualdad, se encuentra en José Félix Tezanos, *La sociedad dividida. Estructuras de clases y desigualdades en las sociedades tecnológicas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, pág. 127.
- 4 Elise Boulding, “Peace cultures: The problem of managing human difference”, *Cross Currents*, XLVIII. 4 (1998). www.croscurrents.org/boulding.htm

- 5 Véase Immanuel Wallerstein, *El futuro de la civilización capitalista*, Barcelona, Icaria, 1997.
- 6 Véase “La pobreza no se ataca con la reducción de los pobres. Entrevista a Marco Salamea”, *El Comercio* (Quito), 11 de agosto de 2002.
- 7 José María Tortosa, “Cambio social y teoría sociológica: la hipótesis del ‘desfase cultural’”, *Estructura y cambio social. Homenaje a Salustiano del Campo*, M.A. Durán y otros coords., Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2001, págs. 113-124.
- 8 La referencia a Margaret Mead y su *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas* es obligada. Véase también Margaret Mead, *Masculino y femenino*, Minerva Ediciones, 1994.
- 9 Las circunstancias cambian y las políticas también. En el caso chino, cada vez todavía más lejos del estalinismo, con una notable dialéctica entre la *nomenklatura* y la *nueva clase* (empresarial) en parte nacida de la anterior y en parte nueva. El *South China Morning Post*, periódico de Hong Kong, lo expresaba (12 de agosto de 2002) en términos más pintorescos: “Shangri-la rocks while Beidaihe dances to the same old beat” (Beidaihe se refiere a la reunión anual de los altos cargos de la *nomenklatura* para preparar el congreso del Partido; “rock” es en sentido literal y se refiere a conciertos alternativos menos “comunistas”). La historia ha dado la razón al yugoslavo Milovan Djilas, autor de *La nueva clase*. En los procesos de transición del comunismo al liberalismo se ha visto cómo la nueva clase del partido comunista se convertía en nueva clase empresarial. No es sólo cuestión a analizar en términos de personas (el cerebro neoliberal polaco, Balcerowicz había sido miembro del Comité Central del POUP, como Yeltsin del PCUS y como claros son los antecedentes profesionales de Putin) sino en términos estructurales: la política cambia, las clases permanecen, y el poder de decisión es más importante que la propiedad de los medios de producción. Probablemente Cuba sea una excepción: su transición política, en términos de clases, se ve alterada por la existencia del exilio en los Estados Unidos principalmente.
- 10 Steven Pinker, *How the mind works*, Londres, Penguin Books, 1997, pág. 313.
- 11 William Pfaff, “Science, race and political correctness”, *International Herald Tribune*, 15 de agosto de 2002.
- 12 “27 millones de esclavos existen en el planeta”, *El Comercio* (Quito), 7 de junio de 2002, con datos de Anti-Esclavitud Internacional.
- 13 Keith B. Richburg, “Illegal workers do Europe’s dirty work”, *The Washington Post* en *The Guardian Weekly*, 15 de agosto de 2002.
- 14 Diana Abu-Jaber, “Give Arab-Americans a fair hearing”, *International Herald Tribune*, 16 de octubre de 2002. El problema lo complica la necesaria simplificación que tienen que realizar los periódicos para titular. Por ejemplo, la directiva del Departamento de Justicia estadounidense requiriendo controles particulares para los ciudadanos de Irán, Irak, Libia, Sudán y Siria que lleguen a las fronteras o ya residan en los Estados Unidos es titulada: “U.S. expands registration of Muslim visitors” (*International Herald Tribune*, 8 de noviembre de 2002). Es obvio que no todos los que llevan tales pasaportes son necesariamente musulmanes.

- 15 Immanuel Wallerstein, *El futuro de la civilización capitalista*, Barcelona, Icaria, 1997, cap. 1.
- 16 José María Tortosa, “Razones para el pesimismo medioambiental: Un intento de profecía suicida”, *Economía y Política* (Revista de la Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Cuenca, Ecuador), II, 5 (1999) 43-60.
- 17 Un caso particular lo supone Palestina, donde ciertamente no hay democracia ni, en realidad, Estado. Israel, en cambio, sí es un Estado, aunque su carácter democrático sea puesto en duda: Edward W. Said, “La muerte lenta: un castigo minucioso”, *El País* (Madrid), 12 de agosto de 2002.
- 18 Los detalles pueden verse en <http://www.publicagenda.org/specials/constitution-constitution1.htm>.
- 19 T.R. Dye, *Who is running America?*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1979 (citado en *Social Science Quarterly*, VI (1983) 863-870) y podríamos remontarnos a *The Power Elite* de C. Wright Mills.
- 20 Para una visión institucional del papel de la democracia en los procesos de “desarrollo” o de lucha contra la pobreza, véase el *Informe sobre el Desarrollo Humano 2002*, del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), dedicado a tal asunto. Desde un perspectiva crítica, Alberto Acosta, *El Estado como solución*, Quito, ILDIS, 1998.
- 21 *The Guardian Weekly*, Editorial, 28 de marzo de 1999.
- 22 Paul Davidson, “Federal judge approves most provisions of Microsoft settlement”, *USA Today*, 1º de noviembre de 2002, visto como “big victory for Microsoft”.
- 23 *El Tiempo* (Bogotá), 11 de agosto de 2002.
- 24 Para las resistencias a la alianza entre burocracia política, la Presidencia y las grandes empresas en el México de 1940 a 2000, véase Donald Hodges y Ross Gandy, *Mexico under Siege. Popular Resistance to Presidential Despotism*, Londres, Zed Books, 2002.
- 25 Amitai Etzioni, “Why Martha ‘needs’ more”, *The Christian Science Monitor*, 13 de agosto de 2002.
- 26 David Ignatius, “The fancy financial footwork of George W. Bush”, *International Herald Tribune/The Washington Post*, 7 de agosto de 2002.
- 27 Greg Palast hace una interesante “historia de dos golpes” en *New International Magazine*, Julio de 2002.
- 28 Roberto Hernández Montoya “Nuevos medios contra viejos golpes. Venezuela: El gobierno no entiende los viejos medios; los golpistas no entienden los nuevos”, *Question*, 1 (2002) 34-35. Se trata de un análisis muy detallado del papel que jugaron los medios en el golpe del 11 de abril de 2002 al que califica de “golpe mediático”.
- 29 William Pfaff, “EE UU podría acompañar a Pinochet en el banquillo”, *El País*, 2 de diciembre de 1998.
- 30 Carlos Ares, “EE UU tuvo información permanente de los asesinatos y torturas de la dictadura argentina”, *El País*, 22 de agosto de 2002. En realidad, según indica *La República* ese mismo día, “El material hace referencia a casos de tortura en centros clandestinos de detención, asesinatos y desapariciones como una política de contrainsurgencia establecida por las dictaduras; y habla de la cooperación entre las

- agencias de inteligencia de Argentina, Uruguay, Chile y Brasil en detenciones ilegales y traslados clandestinos bajo la denominada Operación Cóndor.” (Tomado de Andrés Capelán, Comcosur, “Desclasifican documentos sobre la dictadura uruguaya”, Alai-Amlatina, Montevideo, 22 de agosto de 2002).
- 31 José Elizalde Pérez, “Anarcosindicalismo y partitocracia ante la transición política en España: Análisis crítico de una observación participante”, *Revista de Estudios Políticos*, 23 (1981)169-184.
 - 32 Véase el análisis de las distintas corrientes latinoamericanas y la propuesta del propio autor que se hace en Marco Salamea Córdova, *Modernidad y utopías. El pensamiento político actual*, Cuenca, Universidad de Cuenca, Instituto de investigaciones, Colección Investigación, nº 10, 2000, capítulos IV y V.
 - 33 José María Tortosa, *El patio de mi casa. El nacionalismo dentro de los límites de la mera razón*, Barcelona, Icaria, 1996.
 - 34 No hay frontera unívoca. Los Pirineos, que ahora son frontera, no siempre lo fueron. Las islas no son garantía de frontera fuera de discusión. Irlanda del Norte, como isla dividida, y Sri Lanka, como isla que puede dividirse, son buenos ejemplos. Pero también lo es una isla divisible, a decir de algunos de los nacionalistas que allí habitan, en Inglaterra, Gales y Escocia y que no se puede llamar Reino Unido porque incluye a Irlanda del Norte ni, por supuesto, Islas Británicas.
 - 35 José María Tortosa, “La Unión Europea: el difícil juego de tres nacionalismos”, Seminario de Investigación para la Paz, *Europa en la encrucijada*, Centro Pignatelli ed., Zaragoza, Gobierno de Aragón, 1999, págs. 159-176. Véase Jürgen Schuldt, *Repensando el desarrollo: Hacia una concepción alternativa para los países andinos*, Quito, CAAP, 1995.
 - 36 Andre Gunder Frank, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, Berkeley, University of California Press, 1998.
 - 37 Véase José María Tortosa, *El juego global. Mal desarrollo y pobreza en el capitalismo mundial*, Barcelona, Icaria, 2001, cap. I: “Breve historia del mal desarrollo”. También Alejandro Moreano, *El apocalipsis perpetuo*, Quito, Editorial Planeta del Ecuador, 2002.
 - 38 *The Federalist Society* proporciona una serie de documentos sobre las percepciones acerca de la relación entre soberanía estadounidense y derecho internacional aplicadas al Tribunal Penal Internacional, la guerra contra Irak, el protocolo de Kioto o el uso de la fuerza. Nada hace pensar en que, como decían los corifeos de la “globalización”, el Estado se debilite o quede obsoleto. Véase: <http://www.fed-soc.org/IntlLaw&AmericanSov.htm>
 - 39 La “Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos de América”, firmada por el segundo presidente Bush en septiembre de 2002, es un buen ejemplo de esta legitimación por la fuerza de los hechos y los hechos de la fuerza. Se encuentra en www.whitehouse.gov/nsc.
 - 40 José María Tortosa, *El juego global*, ob. cit., cap. II: “Desarrollo de la pobreza”.
 - 41 Si por “guerra mundial” se entiende guerra entre países centrales, la Primera y la Segunda Guerras Mundiales no son la primera ni la segunda, sino la penúltima y la última de momento y, para autores como Immanuel Wallerstein, una guerra única. Con anterioridad a éstas, hubo otras guerras entre países centrales, es decir,

- Europeos, antes de que intervinieran los Estados Unidos e inauguraran el ciclo de “primera” y “segunda” guerra mundial.
- 42 Peter Grier, “Behind US rifts on hitting Iraq”, *The Christian Science Monitor*, 21 de agosto de 2002.
- 43 El documento es accesible en www.whitehouse.gov/nsc. La revista *The Economist* (28 de septiembre – 4 de octubre de 2002) decía que se trataba del “documento geopolítico más importante que se haya producido en mucho tiempo”.
- 44 Los antecedentes se encuentran en Richard F. Grimmett, “U.S. Use of Preemptive Military Force”, CRS Report for Congress (<http://fpc.state.gov/documents/organization/13841.pdf>).
- 45 Ignacio Ramonet, “Vassalité”, *Le Monde diplomatique*, octubre de 2002.
- 46 Victoria Shannon, “Attack briefly disrupts Net”, *International Herald Tribune*, 24 de octubre de 2002. Es interesante que estos “root-name servers” o “root servers” estén todos en los Estados Unidos menos tres que están, respectivamente, en Londres, Tokio y Oslo.
- 47 David de Ugarte, “Garzón, Google y el misterioso caso de los DNS censurados” (DNS, domain name server), *Sociedad de las Indias Electrónicas, Bitácora*, 19 de octubre de 2002, www.lasindias.com/articulos/lssice_octubre.html
- 48 “China’s ‘Great Firewall’ limits Internet”, *International Herald Tribune*, 1º de octubre de 2002.
- 49 Es curioso que en el documento “National Security Strategy for the United States of America” recién citado, no aparezca la palabra “globalización”. Su uso ya no encaja con la retórica y las prácticas del Gobierno del segundo Bush que empezó muy pronto a hablar de cambiar el derecho internacional para adecuarlo a sus propios intereses. Sobre la posición oficial de dicho Gobierno a propósito de la Corte Penal Internacional, véase la declaración “No a la excepción norteamericana” de la Federación Internacional de Derechos Humanos en http://tecnica.alainet.org/active/show_text.php3?key=2654.
- 50 Zbigniew Brzezinski era explícito al respecto: “If we fight, it must be in a way to legitimize global U.S. role”, (*The Washington Post*) *The Guardian Weekly*, 22 de agosto de 2002.
- 51 José María Tortosa, “Razones para el pesimismo medioambiental: Un intento de profecía suicida”, *Economía y Política*, Revista de la Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Cuenca, II, 5 (1999) 43-60.
- 52 Jimmy Carter, “The troubling new face of America”, *Washington Post / International Herald Tribune*, 6 de septiembre de 2002.
- 53 Norbert Walter, “Bush abdicates America’s global leadership role”, *The New York Times*, 29 de agosto de 2002.

ALGUNOS PROBLEMAS CON LAS CULTURAS

Todos los Estados son pluriculturales. Incluso los sólo 6 Estados monolingües tienen la heterogeneidad de la migración, como puede ser el caso de Portugal. La pluralidad de culturas en los Estados actuales plantea algunos problemas que hay que intentar desmenuzar.

Supuestos de partida

La cultura de paz se entiende mejor si se la relaciona con la cultura de la violencia de la que es su opuesto. El hecho es que en todas las sociedades los dos principios actúan simultáneamente aunque en proporciones variables que hay que establecer empíricamente¹. Probablemente (y aquí se afirma por motivos teóricos, no como resultado de análisis empíricos) los dos principios actúan incluso en aquellas sociedades, como los pashtunes o pathanes de Afganistán y Paquistán, que menos valoran la paz (si es que la valoran algo) y más valoran la violencia física².

La educación para la paz, desde esta perspectiva y sin pretender que ésta sea su tarea exclusiva, intentaría “sacar” (*educere*) de cada sociedad concreta, no en abstracto, los elementos de cultura de paz que ya hay en la misma, sin pensar por eso que van a desaparecer los elementos que llevan a la violencia directa (violencia estructural, disfunciones de la personalidad, biología) ni que la cultura de paz sea una fe que se puede predicar (de arriba abajo) a todos los pueblos a la manera de las religiones universalistas ni, mucho menos, que tenga que ser por necesidad una cultura de la rendición o del fatalismo. Como se ha dicho ya, las unanimidades al respecto son sospechosas.

Hay igualmente acuerdo general sobre la bondad de la salud. Pero es indudable que discutir sobre la salud y sobre la salud preventiva puede ser importante en medio de una epidemia de peste negra. Se pueden, en efecto, sacar muchas lecciones de cara al futuro. Pero ante la peste contemporánea (que en España incluye el caso vasco) no estará de más intentar saber, aunque no sea más que de manera comple-

mentaria, qué está pasando, qué enfermedad es ésta y qué ha podido producirla, si lo que se quiere es curar a los enfermos³.

Por otro lado, ensalzar el valor de la salud o enumerar de manera autocomplaciente - a la manera de algunos organismos internacionales- la bondad de la salud como objetivo o como ideal (callando lo que pueda tener de irrealizable u obviando los obstáculos reales) y proclamar lo excelentes que serían los medios para conseguirla sin preocuparse por cómo llevarlos a la práctica, puede perder valor si no va acompañado de un diagnóstico de lo que está sucediendo y de unas mínimas propuestas para su tratamiento. Más aún: hablar en exceso del ideal de la salud puede estar ocultando que se está haciendo poco para curar a los enfermos y podría ser, bajo su apariencia alternativa, un “opio del pueblo” más, como ciertamente lo es el instalarse en “la brillante descripción de lo mal que estamos”.

Por suerte, en la investigación para la paz, si quiere ser tal, ambas perspectivas (cultural y estructural) están presentes aunque en distintas dosis en los diversos autores. El ejemplo inmediato es el diagnóstico que hacía Johan Galtung⁴ a propósito del síndrome del “11 de septiembre”: sin renunciar a su énfasis, relativamente reciente, en la dimensión cultural (culturas profundas, civilizaciones) su diagnóstico era estructural: “la línea divisoria básica en este conflicto es la clase –de países y de personas. No es la civilización, a pesar de que forman parte de ella el sentido de tener una misión y el destino manifiesto (“manifest destiny”) por parte de los Estados Unidos y el sentido de tener razón por parte islámica”. Y es digno de mención precisamente cuando, como efecto del “shock” mediático manipulado en el interés de los Estados Unidos, la tendencia general parece haber cambiado. Poco tiempo antes, “parecía que el futuro del capitalismo global era la cuestión más importante de nuestro tiempo. Ahora ha sido desplazada por el pánico ante la perspectiva de un ‘choque de civilizaciones’. Los anticapitalistas insistirán en que estamos cometiendo un tremendo error y que el único choque es entre ricos y pobres. Tal vez tengan razón, pero la imaginación pública tiende a dejar espacio sólo para un ‘villano’ a la vez”⁵. Afortunadamente, la investigación para la paz procura actuar con la cabeza fría⁶, pero sí es cierto que el “11-S” supuso un momentáneo alto en los movimientos llamados “antiglobalización” y sí parece creíble que el énfasis en la cultura (civilizaciones) en un contexto como

el presente puede ser una forma de “hacer el juego” a las fuerzas que van contra la paz.

Amartya Sen, sin entrar en la discusión más propia de la investigación para la paz, sí insistía en la línea de lo recién expuesto cuando decía que “categorizar a la población mundial por su ‘civilización’ es un método burdo e incoherente que pasa por alto otros enfoques relacionados con la política, el lenguaje, la clase social, el trabajo u otras afiliaciones. Hablar del ‘mundo islámico’ o del ‘mundo occidental’ significa adoptar una visión empobrecida de la humanidad, como algo dividido en forma inalterable. Resulta difícil dividir las civilizaciones de este modo, a causa de las diversidades internas de cada sociedad y los vínculos entre países y culturas diferentes”⁷.

No es cuestión ahora de responder a la pregunta obvia en el presente contexto sobre si existe o no un “mundo indígena” o, por ser más específico, un “mundo quichua” en el Ecuador⁸. Pero sí cabría preguntarse si la división “cultural” blanco-indio (con los mestizos como “semiperiferia”) no encaja con las dificultades, que comparto, que tiene Aníbal Quijano a propósito del “choque de civilizaciones”. Dice Quijano⁹: “Las tesis de la ‘guerra de las civilizaciones’ no tienen, como puede ser notado, mucho sustento histórico. Llevan, más bien, a escamotear la experiencia colonialista e imperialista euro-norteamericana durante 500 años, como una de las fuentes centrales de donde surte la hostilidad y la resistencia de sus víctimas, incluso el odio hacia este ‘occidente cristiano’, al que ven, no sorprendentemente según todas sus experiencias, como el enemigo real de los pueblos de todo el mundo. En lugar del colonialismo y del imperialismo capitalista, procuran instalar en el imaginario de la gente, incluso de las víctimas, una entidad suficientemente vaga y equívoca como para que pueda ser asociada a las necesidades concretas del Bloque Imperial Global y de su Estado Hegemónico, Estados Unidos, en cada coyuntura específica”. Sí parece, en todo caso, que algunos indigenismos históricos han cumplido un papel semejante en el interior de sociedades multiétnicas y han llevado la atención de la violencia estructural del blanco contra el indio a una visión culturalista de este último, como las feministas de la identidad han dejado de lado el problema del feminismo de la igualdad que sí afronta la cuestión de la violencia estructural de un sexo sobre el otro.

Las tareas de la investigación para la paz (siguiendo con la analogía de la medicina que utiliza Galtung¹⁰) son complejas: elaborar los

objetivos, fines o ideales (salud en un caso, paz en el otro), afinar los diagnósticos, ser capaz de avanzar pronósticos y proponer medidas curativas y paliativas (terapias y prevención) y actuar (sanar, operar si hace falta). Desde la educación para la paz es difícil sustraerse a todas ellas, pero desde otras perspectivas es posible, y real, el reducir el trabajo a una o algunas de dichas tareas. Si se toma como división del trabajo (unos trabajan en la anatomía, otros en la farmacología y otros realizan medicina de familia o son cirujanos), la sinergia entre tareas es necesaria. Lo que, ciertamente, no lleva muy lejos es encasillarse en sólo una de ellas y olvidarse de las restantes, cosa relativamente frecuente en la medicina en la que el especialista en una materia (otorrinolaringología) no sabe nada o sabe muy poco de la contigua (oftalmología) o, simplemente, no le interesa. Aquí ha habido un exceso de diagnóstico y poco que vaya más allá de lo estructural. Ésa es su innegable debilidad. Pero está hecho teniendo en cuenta lo que otros hacen y han hecho con las restantes tareas de la investigación para la paz, algunas de las cuales, como la de las terapias y la prevención educativa, son, sin duda, mucho más importantes que la que aquí se ha adoptado.

Es igualmente necesario situar el problema de la cultura de paz y de la educación para la paz en su contexto geopolítico inmediato. La política exterior tradicional de los Estados Unidos ha dado por supuesto que la parte -ellos- es más importante que el todo -el mundo-, luego es posible para sus gobernantes el pensar localmente -elecciones de 'mid term'- y el actuar globalmente -machismo ante Irak-¹¹. Aquí se parte del principio exactamente opuesto cual es que el todo es anterior a la suma de las partes en este tipo de explicaciones.

También resulta necesario hacer ver que la aceptación acrítica de la interculturalidad (y no se diga del multiculturalismo) es problemática como problemáticos son los objetivos de la acción que ambas palabras implican. En un mundo de certezas (y las certezas son cada vez más peligrosas para la paz), aquí se parte de un elogio de la incertidumbre¹². De todas maneras, aunque el planteamiento que aquí se hace es general, no vendrá mal una última referencia al problema que la paz tiene en la Península Ibérica y que es el caso vasco. Además de ver las dificultades prácticas que la interculturalidad o el multiculturalismo tiene en tal contexto concreto, es también un caso en el que la duda es preferible a la certeza. Como decía un grupo de escritores vascos: "los firmantes de este artículo no tenemos certezas inamovibles, como los

políticos que, de uno y otro lado, nos conminan: ‘o conmigo o contra mí’. Tenemos dudas, preguntas, temores. Escribimos, desde el filo de la navaja, artículos inútiles como éste. Sin embargo, estamos obligados a escribirlos”¹³.

Las ideas de los párrafos anteriores no son originales. Véase, si no, lo que se decía desde Guatemala¹⁴: “Las realidades sociales no son neutras como lo son algunos de los conceptos que sirven para pensarlas. De hecho, la realidad multicultural de Guatemala y sus derivadas interculturalidades se han caracterizado a lo largo de su historia por tener una marcada naturaleza injusta, encarnada en conocidas relaciones sociales de explotación y discriminación. Por ello, la tarea que ética y políticamente se le plantea al país es la de democratizar su interculturalidad, para lo cual ha sido un gran paso adelante el que el debate interétnico haya transitado del multiculturalismo estadounidense a un interculturalismo guatemalteco que apenas está aprendiendo a balbucear los términos de su propio carácter. A esto se debe que medio mundo hable de interculturalidad y que muy pocos comprendan lo que están diciendo. Es normal. Se está en una etapa de autodefiniciones en la que una ciudadanía que cobra conciencia de su interétnicidad trata de autodefinirse y de ponerle nombre a sus mestizajes. En este intento se cometen grandes errores, como el de pensar que las identidades son esencias inmutables y contrapuestas unas contra otras de manera irreconciliable y definitiva, y no variantes mestizas de una dinámica socioeconómica injusta y autoritaria.”

Diagnósticos y pronósticos

John Berger, en “La forma de un bolsillo” (*The shape of a pocket*), toma como referencia para describir en qué mundo vivimos el Tríptico del Milenio de Jerónimo Bosco, que se encuentra en el museo de El Prado en Madrid. Para Berger esta obra, que tanto fascinaba a Felipe II, es “una extraña profecía del clima mental que han impuesto al mundo al final de nuestro siglo la globalización y el nuevo orden económico”¹⁵. Berger se está refiriendo al panel de la derecha (visto desde la perspectiva del espectador) que representa el infierno. “La profecía no reside tanto en los detalles -así sean inquietantes y grotescos-, sino en el conjunto”, a saber, “no hay horizonte; no hay continuidad entre las acciones, no hay pausas, no hay rutas, no hay patrón, no hay pasado y no hay futuro; sólo existe el clamor del disparatado y fragmentario pre-

sente; por todas partes hay sorpresas y sensaciones, pero en ninguna parte hay desenlaces; nada fluye a través, todo se interrumpe; hay una especie de delirio espacial”. “Compara ese espacio con el que uno ve en una barra publicitaria o en un típico boletín de noticias de la CNN o cualquier programa de noticias de los medios. Hay una incoherencia comparable, una selva comparable de estímulos separados, un frenesí similar”. Es cierto que “en los bolsillos de resistencia tal como existen hoy, se pueden estudiar los otros dos paneles del tríptico del Bosco, con Adán y Eva y el Jardín de las Delicias, a la luz de las antorchas, en la oscuridad... Los necesitamos”, como necesitamos la “pedagogía del amor” a la que se refiere Johan Galtung, pero mientras pensamos en esas alternativas, la realidad es la que es y sólo pensándolas no las hacemos realidad tangible¹⁶.

George Orwell publicó una novela en 1949 igualmente profética o que, en cualquier caso, presenta numerosas analogías con la situación contemporánea ya antes del síndrome del 11 de septiembre¹⁷. Se trata de *1984*, ya citado, y algunos la han comparado con lo que se está llevando a cabo en esta “wartime presidency”, es decir, en esta “Presidencia de tiempo de guerra” que supone el segundo Bush y que así ha sido llamada desde dentro y fuera de su Administración¹⁸. Un recuerdo somero de los elementos del libro hace ver su actualidad: la guerra o la amenaza de guerra como estado permanente (al fin y al cabo, según el colectivismo oligárquico, “guerra es paz”), la policía del pensamiento, el Ministerio de la Verdad, el “*newspeak*”, el sometimiento al “partido interior”, el fomento en las masas del complejo miedo-odio y hasta la división del mundo en tres partes como Oceanía (Estados Unidos e Inglaterra), Eurasia y Asia Oriental. Un mundo lleno de violencia directa hacia el exterior y de violencias estructurales hacia el interior, pero con un elemento que lo diferencia significativamente del presente: en la novela, Inglaterra no es más que un campo de aterrizaje para las naves americanas, pero los Estados Unidos no tienen en la novela el poder que tienen en la realidad presente, cuando la Unión Europea ya acepta que la potencia hegemónica esté por encima del Tribunal Penal Internacional y le reconoce implícitamente el derecho a practicar la violencia estructural e incluso la directa. La idea de Orwell es que, en la tríada, ninguno de ellos puede imponer su voluntad, razón por la cual son frecuentes e inestables las alianzas de dos contra el tercero. No es nuestro caso actual: la hegemonía de los Estados Unidos, manifestada en lo

militar, en lo político y hasta en la cultura de masas en particular y en la cultura en general, está fuera de discusión empírica con independencia de lo que guste o no dicha situación. Esta hegemonía puede hacer verosímiles los dos pronósticos que vienen a continuación.

El primero es que el uso de la palabra “globalización” va a ir disminuyendo en la literatura mediático-política hasta, eventualmente, desaparecer y quedarse, a lo más, sólo en el vocabulario de algunos académicos¹⁹. La razón que hace verosímil este pronóstico es sencilla: no es muy seguro que “la ideología dominante sea la ideología de la clase dominante”, pero sí parece probable que “el vocabulario dominante a escala mundial sea el vocabulario que mejor encaje con los intereses de la potencia hegemónica en su particular coyuntura”. Por lo menos, se sabe de casos en los que la diseminación de dicho vocabulario ha sido efecto de proyectos planificados y puestos en práctica de manera sistemática²⁰. Si esto es así, no es descabellado pensar que el uso de la palabra “globalización” encajó mejor con el tipo de política hegemónica que puso en práctica la Presidencia de Clinton, pero no encaja para nada con la política imperial que está poniendo en práctica la Administración del segundo Bush. Si la tónica es el unilateralismo y, como se ha dicho desde altos cargos de la Presidencia, el que “nosotros decidiremos y el que quiera seguirnos, que nos siga”, el recurso retórico a la “globalización” es innecesario. De nuevo, este proceso de militarización ya era perceptible antes del síndrome del 11-S²¹, pero se ha acelerado con posterioridad a dicha fecha.

La otra palabra con probabilidades de desaparecer en el vocabulario mediático-político, aunque por razones diferentes, es “multiculturalismo”. La palabra ha reflejado, en un determinado momento de la historia estadounidense, la evolución de su nacionalismo, cuando, como resultado de su nueva posición en la jerarquía mundial, se abandona el ideal del “melting pot”, del crisol de razas y culturas, y se lo sustituye por el ideal del mosaico: que cada pieza tenga su identidad pero que el conjunto tenga sentido. “Multiculturalismo”, en este contexto, sería la palabra que expresa el programa de que cada cultura mantenga su identidad contra cualquier mestizaje posible, de que sus miembros tengan la educación en su propia lengua y reciban información sobre los propios héroes y artistas sin excesivo énfasis en el “canon” universal, si es que existe, ni en la historia común ni en el proyecto nacional común. Con la etapa simbolizada por la Presidencia del segun-

do Bush (y estando el síndrome del 11-S como acelerador de la tendencia, pero no como causa), la idea de multiculturalismo desaparece: los árabes/musulmanes estadounidenses son objeto de otro tipo de política y programa que nada tiene que ver con el multiculturalismo clásico de los “progresistas” estadounidenses y que incluye desde la detención arbitraria a la discriminación en la vida cotidiana, por más que el Corán haya alcanzado cifras de ventas nunca logradas con anterioridad en los Estados Unidos.

La paulatina desaparición de “multiculturalismo” reflejaría, fuera de los Estados Unidos, un proceso diferente al señalado a propósito de “globalización”. Si en este último caso se trataba de un proyecto consciente y voluntario de colonización por parte de las elites de los Estados Unidos, con “multiculturalismo” se trata de la otra cara de la moneda: la propensión de las elites intelectuales en los países periféricos a autocolonizarse, a aceptar acriticamente las cosas que vienen de la metrópoli y seguir de forma poco meditada las modas que se originan en el centro y se distribuyen en la periferia.

El riesgo de estos planteamientos es caer en el postmodernismo de los que hacen énfasis en el carácter construido de los conceptos que utilizamos y que serían histórica e institucionalmente determinados. Con independencia de la valoración ideológica que se puede hacer de tales planteamientos²², el caso es que carecen de base empírica si lo que afirman se hace de manera exclusivista. Que hay construcción social, es bien conocido. Que sólo hay construcción social (en temas de género, de paz, de desarrollo), es falso. Para encontrar el justo término y la justa proporción de lo construido y lo dado, en las ciencias sociales en general “manca finezza” cuando son sumergidas por la ideología que, por otra parte, como forma de ver el mundo desde una determinada perspectiva es inevitable: no hay observador que pueda serlo “desde fuera”.

El nombre que se le dé no es lo importante²³. Aquí se propone el de globalización histórica, pero puede usarse cualquier otro²⁴. Lo que cuenta es percatarse de que ha habido un largo proceso, iniciado en torno al siglo XVI, en el que unas determinadas reglas de juego se han ido extendiendo y difundiendo hasta ser las dominantes en el Globo entero. Las reglas son la búsqueda incesante del beneficio, la revolución constante de las técnicas de producción, la división espacial del trabajo que se añade a la división social, la utilización del Estado para lograr esos propósitos... Este proceso hace que, prácticamente a finales del si-

glo XIX, el sistema (conjunto de elementos en interacción relativamente estable) ya ocupara el Planeta y comenzara a hacerse más y más denso, desarrollo en el que las nuevas técnicas de la información han jugado un papel espectacular, pero no nuevo.

El sistema resultante de este largo proceso, con evidentes raíces anteriores a 1492 y al eurocentrismo²⁵, tiene algunas características que son relevantes en el presente contexto. La primera es la pugna constante entre las superpotencias a la búsqueda de una centralización política que nunca es total, pero que tal vez nunca había alcanzado los niveles logrados por la actual elite estadounidense. La segunda es la aplicación contradictoria de un doble principio: por un lado, el universalismo, necesario para legitimar la existencia de un único sistema económico, y, por otro, el particularismo que tiene que ver con la importancia que el Estado tiene en este sistema con independencia de lo que se diga sobre su obsolescencia, importancia que tiene que ver con el control de la mano de obra y con el monopolio de la violencia legítima. La tercera es, a diferencia de otros sistemas históricos, la necesidad de revolucionar continuamente los medios de producción generando explosiones periódicas de “nuevas tecnologías”²⁶. Finalmente, este sistema muestra un funcionamiento cíclico... incluso en su “globalización”. De hecho, son observables tendencias en la actualidad hacia la “desglobalización”: las grandes empresas, ya antes del síndrome del 11S, se estarían replegando y haciendo menos multinacionales y más transnacionales²⁷.

Junto a este largo proceso secular se encuentra otro proceso, también cíclico. Se trata de cómo se resuelven periódicamente las crisis en la realización del beneficio o en la acumulación de capital. Periódicamente se producen, ante las dificultades de encontrar el beneficio en la producción de bienes y servicios, explosiones de la economía financiera o “burbujas especulativas” según ha denominado Alan Greenspan, de la Reserva Federal de los Estados Unidos, a la situación recientemente atravesada. Estas burbujas especulativas suelen ir acompañadas por un aumento de importancia del sector del armamento, sector en el que los Estados puede aplicar políticas keynesianas incluso afirmándose contrarios a las políticas de demanda defendidas por Keynes. Este periodo que probablemente estamos terminando y que tiene tantos actores que carece de sentido atribuirle la culpa a nadie personalmente²⁸, trae consigo una doble consecuencia. Por un lado, las “bur-

bujas especulativas” debilitan a los Estados y eso tiene consecuencias para la violencia (menos Estado significa más mafias) y, por otro, el papel de la industria del armamento exige la existencia de Estados para las armas pesadas aunque el sector puede funcionar con compradores “no-estatales” de armas ligeras²⁹. De todas formas, como ya se ha dicho, es probable que estemos al final de una etapa de “globalización” en este sentido de explosión de la economía financiera.

Probablemente también estemos al final de una etapa en la que ha triunfado la “globalización”, esta vez en el sentido no de procesos históricos constatables sino en el de una determinada ideología que ha dominado las agendas políticas de los últimos años. Decir “no a la globalización” en el sentido de los procesos antes indicados no es muy significativo. Es como decir “no a los terremotos”. Pero sí tiene sentido decir “no a la globalización” en el sentido de una ideología (neoliberalismo, globalismo, pensamiento único o como quiera llamársele) que incluía un diagnóstico (diciendo que los procesos antes indicados son “naturales” y no “sociales” y no tienen ganadores y perdedores), un pronóstico (los procesos, se decía, seguirán indefinidamente) y una terapia diferenciada según el corte centro-periferia o Norte-Sur, a saber, la receta de “menos Estado y más mercado” para los países empobrecidos y la práctica de “todo el poder para las empresas” en los países enriquecidos. En realidad, se trata de la variante histórica, aplicada a una coyuntura particular, de la geocultura dominante en el sistema mundial cuya función primordial es mantener la estructura centro-periferia mediante la exportación desde el centro hacia la periferia de las ideas que más convengan al centro y, simultáneamente, como se ha dicho al comienzo, fomentando los mecanismos de aceptación y autocolonización por parte de las periferias. Si este planteamiento fuese correcto, la “globalización” en este sentido estaría terminando, pero no la ideología que actúa como “cemento” del conjunto del sistema y que ahora se tendría que adaptar a las nuevas condiciones coyunturales y probablemente se esté haciendo bajo forma de “guerra contra el terrorismo” o “guerra contra (la producción de) la droga”, aunque es pronto para afirmarlo.

Yin y yang

El carácter contradictorio de estos procesos y de esta ideología que podemos llamar, respectivamente, “globalización histórica”, “glo-

balización contemporánea” y “globalismo”, tiene algunas consecuencias interesantes para lo que aquí nos ocupa, consecuencias que, lógicamente, también son contradictorias como la visión que los daoístas tienen de la realidad: opuestos que coinciden en su oposición, se alternan, chocan, se transforman en su contrario y demás procesos entre masculino-femenino, día-noche, yin-yang.

La primera observación a hacer es que los procesos de homogeneización cultural son tan funcionales para el mantenimiento del sistema como lo son los de diferenciación. Ambas cosas son necesarias para dicho mantenimiento en su dialéctica. Y por eso la exaltación de una cultura universal puede encajar con el principio de que se trata de un único mercado “globalizado” y actuar de “cemento” para tal tendencia. Desde los estoicos a los bahá’ís hay una larga tradición aparentemente autónoma que dice “el mundo es un solo país, y los seres humanos son sus ciudadanos”. Pero que el universalismo pueda ser mantenedor del *statu quo* no lleva por ello a que afirmar las identidades particulares sea necesariamente “alternativo” y no digamos “subversivo”: las manifestaciones “identitarias” cumplen con el doble objetivo de legitimar las estructuras políticas estatales y de permitir el “divide y vencerás”, cosa que se hace dentro de la clase obrera (inmigrantes/indígenas), entre grupos y entre zonas geográficas definidas más o menos arbitrariamente (por lo menos en sus fronteras) mediante criterios culturales.

La segunda observación se refiere a los procesos de centralización y descentralización. Ninguna de las dos opciones carece de problemas. Las propuestas de un gobierno mundial o de un nuevo papel de las Naciones Unidas trasladan a ese nivel los problemas que se encuentran en la política local, con la diferencia de que un gobierno mundial sería todavía más difícil de someterse al control democrático. El gobierno del Gran Hermano, al fin y al cabo, es un gobierno casi mundial y extenderlo a todo el globo (“globalizarlo”) no es necesariamente una mejora para los componentes del “proletariado”, los “proles” de los que hablaba Orwell en su 1984. La descentralización, por su parte, tiene los mismos problemas que la diferenciación identitaria: puede ser un “divide y vencerás” que debilita a las fuerzas antisistema y fortalece a las que más se benefician de sus resultados.

Uniendo ambas perspectivas se llega a la conclusión de que el papel del Estado, en los procesos y la ideología de la “globalización”, es contradictorio, como contradictorio será su efecto en la cuestión de la

violencia. Por un lado, el mito del estado-nación, muy reciente en la historia de la Humanidad, sigue teniendo una enorme fuerza que hace difícil ver los problemas desde una perspectiva no-nacional, es decir, desde el punto de vista del todo como anterior a las partes. La “globalización”, debilitando a algunos Estados –no a todos- se convertiría en un principio explicativo que propone, efectivamente, partir del sistema para explicar el funcionamiento de las partes, conocer el cuerpo humano en su conjunto antes de entender cómo funciona un determinado órgano³⁰.

Pero, por otro lado, el Estado (o sus diferentes niveles administrativos) sigue siendo el lugar en el que se concentran parcelas de poder importantes que hacen que la lucha política (“local”, es decir, estatal, regional, municipal) siga teniendo sentido y que no sea fácil actuar como si no existiera si lo que se quiere es una perspectiva alternativa. No es el único lugar donde se concentra el poder. También están las organizaciones transnacionales, multinacionales e internacionales (gubernamentales y no-gubernamentales). Pero esto último no significa que el Estado haya quedado obsoleto como pretenden los ideólogos del globalismo cuando escriben para la periferia. En el centro las cosas se ven y se practican de otra manera: se puede amputar una mano, pero no el cerebro, vienen a decir desde el centro siguiendo con la analogía del cuerpo humano y su salud³¹.

Y uniendo ambas perspectivas también se pueden encontrar claros elementos reaccionarios en el “socialismo identitario” que parece que ETA tiene como objetivo deseable para su Euskal Herria. Se dice “parece” porque no es seguro que la independencia con tales características sea la verdadera finalidad que persigue dicha organización y menos seguro es que los medios aplicados (la violencia directa) lleven a dicho fin. Los que defienden la “sagrada unidad de España”, por el hecho de estar enfrentados a los anteriores y recibir sus ataques físicos, no se convierten necesariamente en más o menos reaccionarios. Ni tampoco los que defienden un estatus de libre asociación a España. Estos asuntos son mucho más problemáticos de lo que los políticos de uno u otro color quieren hacer pensar a sus electorados de dentro o fuera del País Vasco.

Tómese, como punto de partida, el siguiente doble diagnóstico. Por un lado, “como defensores de la paz hay que aprovechar esta histórica oportunidad para preservar la paz. Hoy la comunidad internacio-

nal tiene la mejor oportunidad, desde el nacimiento del estado-nación en el siglo XVII, para construir un mundo en el que las grandes potencias compitan en paz en lugar de estar preparándose continuamente para la guerra. (...) La promoción de la seguridad global se fundamenta en los intereses comunes que hoy existen aunque también estamos cada vez más unidos por valores comunes”. Por otro lado, “la pobreza no hace que los pobres se conviertan en terroristas o asesinos, pero la pobreza, las instituciones débiles y la corrupción hacen que los Estados sean vulnerables a redes terroristas y a cárteles de la droga dentro de sus fronteras”. Hay oportunidades para la paz (coyuntura, intereses, valores) y hay riesgos para la paz (pobreza, Estados frágiles).

La terapia que se propone es igualmente clara. Además de luchar contra la pobreza, se trataría de “crear un equilibrio de poder que favorezca la libertad humana: condiciones en las que todas las naciones y sociedades puedan escoger por sí mismas las recompensas y los desafíos de la libertad política y económica. En un mundo seguro, la gente será capaz de mejorar sus vidas. Preservar la paz se hará mediante la construcción de buenas relaciones entre las superpotencias y se extenderá la paz animando a las sociedades a ser libres y abiertas en todos los continentes”. “Ninguna nación puede construir un mundo mejor y más seguro sola. Las alianzas y las instituciones multilaterales pueden multiplicar la fuerza de las naciones que aman la libertad”. Y, por supuesto, “las obligaciones internacionales han de tomarse con seriedad”, *pacta sunt servanda*.

Pues bien, los textos están tomados de “The National Security Strategy of the United States of America”, firmado por George W. Bush el 17 de septiembre de 2002³². Para completarlos, un par de frases más: “Las visiones militantes de la clase, la nación y la raza que prometieron la utopía y produjeron miseria han sido derrotadas y desacreditadas” y “La experiencia de América [quiere decir Estados Unidos, JMT] como gran democracia multiétnica reafirma nuestra convicción de que la gente de diferentes orígenes y creencias religiosas puede vivir y prosperar en paz”³³.

Las conclusiones, de haberlas, estarían llenas de cautela. En primer lugar, sería necesaria la cautela ante el carácter necesariamente benévolo de los pronunciamientos sobre la paz y de sus consecuencias prácticas visibles. No necesariamente los que defendemos la paz somos los “buenos”, vista la capacidad del sistema para integrar en su funcio-

namiento las propuestas más heterogéneas. Igual somos los “malos” porque no defendemos continuamente la violencia directa contra la violencia estructural.

En segundo lugar, se impone la cautela ante las propuestas tanto a favor como en contra de la “globalización” sobre todo si la palabra se usa sin ulteriores especificaciones. Con su elevado nivel de polisemia, estar a favor o en contra puede no significar nada. Al igual que con la paz, son las prácticas lo que habrá que analizar, no las retóricas.

En tercer lugar, y en el vidrioso campo de la cultura, sería aconsejable mayor cautela ante las propuestas, éstas sí prácticas, de un determinado tipo de educación relacionada con las cuestiones de la identidad y en la que entran las palabras “multiculturalidad”, “interculturalidad” y “transculturalidad”. No es necesariamente “progresista” adoptar las posiciones de los “progresistas” de los países centrales.

Hay una razón inmediata para defender las dudas incluso sobre la propia “bondad” y es que las certezas sobre la propia “bondad” son más peligrosas para la salud (y la vida) sobre todo cuando llevan al fundamentalismo protestante, católico, islámico, marxista, neoliberal o nacionalista. Hay una razón adicional y es la particular coyuntura que atraviesa el sistema mundial con una hegemonía de los Estados Unidos que no puede ser estable ni siquiera a corto plazo y con un sistema económico muy alejado del equilibrio³⁴. En estas particulares condiciones de inestabilidad en que nos movemos, las observaciones sobre la realidad tienen que ser provisionales. No serán proposiciones verdaderas sino proposiciones que todavía nadie ha demostrado que son falsas.

Y si esto fuera así, educar para la paz sería educar para la incertidumbre, cosa que es más difícil que educar para la certeza, y la cultura de paz sería el resultado de ver cómo hay elementos que llevan a la supervivencia en medio de tantos elementos que trabajan en dirección contraria y que no pueden ser negados u obviados. Y verlo después de análisis concretos de situaciones concretas y sin dar por supuesto que las culturas son “cosas”.

Notas

- 1 Elise Boulding, “Peace cultures: The problem of managing human difference”, *Cross Currents*, XLVIII. 4 (1998). www.crosscurrents.org/boulding.htm
- 2 Johan Galtung, *Essays in Peace Research*, volumen I, Copenhagen, Christian Ejlertsen, 1975, pág. 384.

- 3 Los títulos de los artículos de *Sediciones* (Hondarribia), 19 (2002) son sintomáticos: Michel Collon, “La guerra global ha comenzado”; Noam Chomsky, “La nueva guerra contra el terror”; James Petras, “Los intelectuales y la guerra: de la retirada a la rendición”; y Fidel Castro, “El terrorismo, la guerra y la crisis económica”.
- 4 Johan Galtung, “The United States, the West and the rest of the World” (24/09/2001), en www.transcend.org.
- 5 Jonathan Fredland, “What really changed”, *The Guardian Weekly*, 12-18 de septiembre de 2002.
- 6 Véase Vicent Martínez Guzmán, “Reconstrucción filosófica de los estudios para la paz” en *Filosofía para hacer las paces*, Barcelona, Icaria, 2001, cap. III.
- 7 Amartya Sen, “Una falsa división del mundo”, *Economía y Política. Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Cuenca*, IV, 9 (2002) 324-326.
- 8 En efecto, se puede dudar que estemos ante algo “dividido en forma inalterable”, pero no se puede negar que existen evidentes “diversidades internas” y “vínculos entre países”. Sin ir más lejos, el quechua (qheshwa, se escribía entonces) que yo aprendí en Cochabamba, Bolivia, tiene notables diferencias con el hablado en el Azuay o el que refleja Icaza en *Huasipungo* y es constatable que las tradiciones políticas dentro del los que hablan quichua ha sido más divergente que convergente.
- 9 Aníbal Quijano, “¿Entre la Guerra Santa y la Cruzada?”, *Economía y Política*, IV, 9 (2002) pág. 101.
- 10 Johan Galtung, *Peace by Peaceful Means. Peace and Conflict, Development and Civilization*, Londres, Sage, 1996.
- 11 La acusación de que el enfrentamiento con Irak es una manipulación electoral viene del Partido Demócrata en los Estados Unidos: Brian Knowlton, “Democrat leaders lash out at Bush” *International Herald Tribune*, 26 de septiembre de 2002.
- 12 Guy Bourgeault, *Éloge de l'incertitude*, Montreal, Éd. Bellarmin, 1999. El autor plantea la incertidumbre no como lo contrario a la certeza, es decir, como algo negativo, sino como algo positivo.
- 13 Iban Zaldúa, Patxi Zubizarreta y otros, “Otro artículo inútil”, *El País* (Madrid), 27 de septiembre de 2002.
- 14 Mario Roberto Morales, “Ética e interculturalidad en Guatemala”, *Siglo Veintiuno*, 1º de octubre de 2002.
- 15 Se cita aquí a partir de un capítulo del libro publicado en el periódico mexicano *La Jornada* y reproducido en www.rebellion.org (“Vender sin pausa, criminal necesidad de la globalización”), 8 de septiembre de 2002.
- 16 Eso se deja para un personaje de Álvaro Cunqueiro, Fanto Fantini, que conseguía escapar, sólo pensándolo, de una prisión que sólo existía en su pensamiento.
- 17 Véase, por ejemplo, François Brune, “Rebelle à Big Brother”, *Le Monde diplomatique*, octubre de 2000. Una comparación que muestra, con las debidas excepciones, las semejanzas de la política de la Administración del segundo Bush y las denuncias de la sociedad totalitaria expresadas por Orwell puede verse en Daniel Kurtzman “George Bush channels George Orwell”, *AlterNet* (www.alternet.org), 30 de

- julio de 2002. Y no se olvide que Orwell no sólo pensaba en la URSS sino también, como decía en su censurado prólogo a *Rebelión en la granja*, en Inglaterra.
- 18 Elisabeth Bumiller y David E. Sanger, “Bush’s ‘wartime presidency’”, *International Herald Tribune*, 11 de septiembre de 2002.
 - 19 Andre Gunder Frank e Immanuel Wallerstein no encuentran que el concepto de globalización sea de particular utilidad desde un punto de vista analítico. Véase Andre Gunder Frank, *ReOrient. Global Economy in the Asian Age*, Berkeley, University of California Press, 1998, pág. 38 e Immanuel Wallerstein, “>From sociology to historical social sciences: prospects and obstacles”, *British Journal of Sociology*, LI, 1 (2000), pág. 28. Para ver hasta qué punto la palabra “globalización” es polisémica, se puede consultar www2.hawaii.edu/~fredr/ (También www.rrojasdatabank.org)
 - 20 Fue el caso del Proyecto Camelot, de la American University, para penetrar ideológicamente a América Latina utilizando las Ciencias Sociales y que en su día denunció Johan Galtung (“After Camelot” en *Papers on Methodology*, Copenague, Christian Ejlers, 1979, págs. 161-179). Ha sido el caso del “pensamiento único” (Susan George, “Comment la pensée devint unique”, *Le Monde diplomatique*, agosto 1996, págs. 16-17). Y podría ser el caso de esta “democracia de baja intensidad” promovida por el “Democracy Project” también patrocinados por la American University.
 - 21 Immanuel Wallerstein, “The Militarist Camp in the United States”, *The Spokesman*, 71 (2001) 42-44. Steven C. Clemons, “Etats-Unis, excès de puissance”, *Le Monde diplomatique*, octubre 2001, págs. 1 y 18-19.
 - 22 B. Epstein, “Why postmodernism is not progressive. If you seek understanding or social change, don’t go there”, *Free Inquiry*, primavera, 1999, pp. 43-47.
 - 23 Es conocido el diálogo entre Alicia y Humpty Dumpty (Lewis Carroll, *A través del espejo*) en el que la niña se asombra de que el “huevo sobre el muro” use las palabras con significados tan diferentes. Humpty Dumpty, antes que Foucault, le hace ver que el significado de las palabras depende de quién tenga el poder. “Eso es todo”, concluye. Para la relativa irrelevancia que pueden tener los nombres (capitalismo, globalización) para entender las cosas, véase Andre Gunder Frank, “Another look at history (in transition)”, *IFDA Dossier*, 80 (1991) 83-84.
 - 24 Y se pueden explorar sus consecuencias para la perspectiva local y otras alternativas. Véase Alberto Acosta, “En la encrucijada de la glocalización”, *Ecuador Debate*, 55 (2002).
 - 25 Véase la discusión en VV.AA., *The World System. Five Hundred Years or Five Thousands?*, A.G. Frank y B.K. Gills eds., Londres, Routledge, 1993, con las posiciones de Andre Gunder Frank y las aportaciones de Samir Amin e Immanuel Wallerstein.
 - 26 El papel de internet no puede ser exagerado: no llega al 5 por ciento de la población mundial. Pero tampoco puede ser minimizado: permite una variedad de actividades que van de la comunicación militar segura -para eso fue inventado- a la comunicación antisistémica más o menos vigilada por sistemas como Echelon o los utilizados por el gobierno del Partido Comunista chino. En todo caso, es tan “revolucionario” como lo fueron otras “nuevas tecnologías” en otros tiempos.

- 27 Susan George (*Pongamos la OMC en su sitio*, Barcelona, Icaria, 2002) prefiere usar la palabra transnacional, antes que multinacional, para subrayar que no hay tantas empresas “más allá del Estado” sino que acaban reflejando los intereses del propio Estado y el Estado trabajando por sus intereses (“Los intereses de la General Motors son los intereses de los Estados Unidos y viceversa”). Para la menguante “globalización” de las grandes empresas véase Larry Elliot, “Big business isn’t as big as you think”, *The Guardian Weekly*, 5-11 de septiembre de 2002, y la referencia al estudio de Alan Rugman, del Economic and Social Research Council inglés.
- 28 Robert J. Samuelson, “The economic blame game has no winners”, *The Washington Post*, 31 de agosto de 2002, explica con mucha claridad por qué no tiene sentido echar la culpa a un actor cuando los problemas son sistémicos. Excelente información sobre los casos anteriores de burbujas especulativas, sobre cómo terminaron e ironías sobre los que predijeron la “nueva economía” y la “nueva era” en www.itulip.com.
- 29 José María Tortosa, “La nueva carrera de armamentos”, *Papeles de cuestiones internacionales*, 66 (1999) 11-14. El diagnóstico que hacía Eric Hobsbawm en una entrevista (*El País*, 15 de septiembre de 2002) iba en la misma dirección: por un lado, minimizando el impacto real del 11-S y, por otro, levantando acta de que “la nación-estado pierde control, y eso crea inseguridad y violencia”.
- 30 Es obvio que los problemas indígenas en Guatemala, a los que se ha hecho referencia más arriba, tienen sus propias características derivadas del contexto concreto en que se plantean, del que no es ajeno el Estado guatemalteco y sus avatares políticos, sociales y militares. Pero se aprende algo si se ven esos problemas *junto* a los problemas de índole legislativa que ha tenido la cuestión indígena en México o el Ecuador en la última parte del año 2002. Probablemente forman parte de un todo que, sin negar las especificidades locales, plantea interrogantes y retos importantes para la reflexión.
- 31 *Comparatio non tenet in omnibus*. Es sólo una comparación que no implica que el centro lo sea por Naturaleza ni por derecho ni que la estructura del sistema sea eterna e inamovible. Pero el centro se ve a sí mismo como el cerebro lo haría de sí mismo. Y ve a los restantes miembros como secundarios y, en algunos casos, como innecesarios.
- 32 Traducción propia del texto que aparece en www.whitehouse.gov/nsc. La revista *The Economist* (28 de septiembre – 4 de octubre de 2002) constata que “la palabra ‘globalización’ no aparece” en el mismo.
- 33 En los Estados Unidos no piensan así todavía muchos negros ni piensan así en la actualidad muchos árabes/musulmanes (la distinción no suele hacerse cuando de prejuicio y xenofobia se trata).
- 34 Joseph Stiglitz, “The disastrous consequences of instability”, *Financial Times*, 22 de septiembre de 2002.

PREVENIR LA VIOLENCIA DIRECTA

De la violencia estructural a la violencia directa

Decía Pierre Bourdieu: “No se puede jugar con la ley de la conservación de la violencia: toda la violencia se paga y la violencia estructural ejercida por los mercados financieros, en la forma de despidos, pérdida de seguridad, etcétera, se ve equiparada en forma de suicidios, crimen y delincuencia, drogas, alcoholismo, un sinnúmero de pequeños y grandes actos de violencia cotidiana”. La formulación es a todas luces excesiva si se dice “la violencia ni se crea ni se destruye, solamente se transforma” (de violencia directa a estructural; de ésta a la cultural; de la violencia cultural a la estructural o a la directa; y, para lo que aquí nos va a ocupar, de la violencia estructural a la violencia directa). No conocemos una ley general que permita predecir, en cada circunstancia, qué dirección va a tomar una determinada violencia estructural: si va a convertirse en violencia directa, según el texto de Bourdieu, o va a legitimarse y aceptarse mediante la violencia cultural o va a recibir el impacto de otra violencia directa que la transforme en noviolencia o se va a trascender el conflicto o se va a afrontar de manera más creativa. De nuevo, una vez acaecidos los sucesos, podemos intentar entender lo sucedido para aprender de cara al futuro, pero sin la pretensión de conocer las leyes (las leyes de la historia) que rigen en cada una de las bifurcaciones a las que se ha hecho referencia.

Pongamos el caso de Colombia, que a decir de la Organización Mundial de la Salud, en su informe sobre la violencia en el mundo, tendría una de las tasas más altas de muertes debidas a la violencia. Sin embargo, el periódico colombiano *El Tiempo*, podía decir, a 27 de octubre de 2002, y en un reportaje titulado “Colombia, un Estado lamentable”: “Constatar la magnitud de las desigualdades sociales es casi un lugar común; lo verdaderamente insólito es que, en un país que exhibe algunas de las cifras más preocupantes de América Latina, no se haya producido un estallido social. Según muchos analistas, las cifras evidencian que, desde hace más de una década, Colombia cumple de so-

bra con las condiciones de una bomba de tiempo social”. Como si la violencia ya existente tuviera raíces totalmente independientes, pero, obviamente, temiendo que la violencia estructural hiciera aumentar los ya de por sí altos niveles de violencia directa. El reportaje prosigue: “Lo más paradójico de todo es que la razón principal para que no se produzca un gran estallido social parece ser la guerra misma, el conflicto armado entre las guerrillas y el Estado. Para el ex ministro Camilo González Posso, el peso de la guerra es tan contundente que lo económico casi pasa a un segundo plano. ‘Hay miedo, hay desmoralización, hay demasiada incertidumbre por el futuro. Existe un enorme temor de levantarse contra el Estado porque la opción de la guerrilla aparece como menos deseable para la enorme mayoría’, dice. Los analistas señalan que los grupos armados no sólo impiden la organización popular independiente, sino que, muy a menudo la manipulan, introduciendo en ella elementos de violencia que terminan por deformarla, y sirven, de paso, de justificación al viejo estigma oficial contra la protesta social”. Es probable que tengan razón, mostrando así las complejidades de cualquier cadena de sucesos que se quiera establecer a priori.

Pero pongamos el caso de los saqueos en Uruguay en agosto de 2002 y sigamos los despachos de la agencia “Alai-Amlatina”. Ante todo hay que decir que no es fácil saber cuántos saqueos hubo: en la lista del gobierno habría establecimientos “saqueados” que nunca lo fueron, a decir de otras fuentes. Después está la cuestión de la manipulación: si fue el mismo partido en el gobierno el que fomentó los saqueos, si hubo algún pequeño “bin Laden” o “mano negra” detrás de los sucesos y no precisamente gubernamental, o si fue una explosión motivada por el hambre, el miedo a la misma y diversas formas de resentimiento social y cultural. Sí parece claro que la pobreza aparece como trasfondo del caso que, de todas maneras, no se hubiera presentado si el gobierno no hubiera tomado determinadas medidas incluido el “feriado bancario” en la línea del “corralito” argentino y mucho antes el ecuatoriano. Pero lo central es que, a grandes rasgos, eran muchos los que, en el Uruguay, pensaban que tales actos a la argentina no podían producirse allí. De alguna forma, no estaban previstos (aunque algunas de las hipótesis sobre la manipulación sí incluyen el que hubiera previsión). En cualquiera de las hipótesis no hay una ley general que nos lleve a decir “siempre que hay A es que ha habido B”. La predicción es siempre pro-

blemática y es que la lechuza de Minerva, en efecto, sólo levanta su vuelo al atardecer. Y con dificultades.

Sin embargo, la lógica de los sucesos era, a lo que parece, aplastante. Una crónica para “Alai-Amlatina” lo resumía así¹:

“A medida que decenas de miles de uruguayos se fueron cayendo del empleo estable, de la vivienda formal y del acceso a la salud y la educación fueron creando -literalmente inventando- estrategias de supervivencia para enfrentar la nueva situación. Desde fines de la década del 80, emergieron formas de acceder al dinero impensadas años atrás: carritos que recogen basura, niños que limpian parabrisas, cuidacoches, cartoneros, periferiantes, músicos en los ómnibus, las más variadas formas de prostitución; a la vez, el ambulante, el trabajo doméstico y otras viejas formas de supervivencia se incrementaron.

Junto a ellos aparecieron redes de pequeña y mediana delincuencia, en particular en los barrios populares, el “rastrillo” o el “peaje”, modalidades de las barras juveniles que recalcan en las esquinas. Y se fortalecieron las bandas más organizadas, llegando a conformar verdaderas estructuras delictivas. A grandes rasgos, habría que diferenciar entre la delincuencia bien organizada y el pequeño robo “al menudeo”, propio de los jóvenes que viven en situación de calle, que completan los magros ingresos familiares -o sus expectativas de consumo- con el goteo diario de pequeños delitos.

En los últimos años, cuando ya la mitad de la población activa transita por el empleo precario, informal o está desempleada, estas nuevas formas de ganar dinero se vieron cada vez más saturadas por la llegada al “mercado” informal de más y más camadas de nuevos pobres o de nuevos adolescentes. Por poner un ejemplo, los asentamientos (donde viven unos 200 mil montevideanos) se han visto desbordados, y muchos empezaron a levantar sus ranchos en zonas pantanosas o en sitios insólitos, aprovechando el menor espacio.”

Podemos entender, más o menos, la situación con independencia de que pudiéramos prevenirla. Sí está claro, de todas formas, que nuestra vida cotidiana y nuestra vida social están llenas de anticipaciones para tomar decisiones: *prevedere per provvedere*. Por eso es importante plantearse los caminos que pueden llevar de la violencia estructural a la directa: para tener una razón adicional para evitar la violencia estructural y para prevenir las explosiones de violencia directa que a las que puede llevar “la agudización de las contradicciones” que no

siempre permiten pasar de lo malo a lo menos malo: eso se deja para la ideología del XIX, la ideología del Progreso, según la cual todo lo posterior iba a ser mejor que lo anterior. Y en eso llegó el Holocausto aunque no sólo de judíos (la *shoa*) también de gitanos (*porraimos*) y homosexuales (“homocausto”), la matanza injustificada e injustificable de japoneses en Hiroshima y Nagasaki, el Gulag, el genocidio de armenios, masacres de vietnamitas como las de My Lay, las atrocidades de los jermes rojos, los asesinatos de tutsis, Sabra y Chatila como símbolo de la situación palestina² y demás signos de la “civilización” humana y del “progreso” del siglo XX.

Las violencias estructurales descritas y clasificadas en capítulos anteriores tienen su correlato en determinadas violencias directas. El cuadro muestra alguna de esas posibilidades. Volvemos a encontrar las formas de violencia estructural consideradas en el capítulo 3, clasificadas por las distintas partes implicadas en cada una de ellas, y ahora se le añaden algunos ejemplos de violencia directa asociados con la correspondiente violencia estructural y los actores que parecen ser los más frecuentes en cada ejemplo.

	Partes	Violencia directa	Actores
INTERGRUPAL	1 Sexos-géneros	Infanticidio, violencia de género	Varones
	2 Clases	Represión / subversión	Clase dominante
	3 “Etnias”	Agresión xenófoba, racista	“Raza superior”
	4 Grupos de interés	Orden / revolución, guerra civil	Clase dirigente
	5 “Naciones”	Ocupación, opresión, guerra “internacional”	Elites “nacionales”
INTERESTATAL	6 SUR-SUR	Guerra “entre vecinos”	Clase política
	7 NORTE-SUR	Invasión, operaciones de castigo	Estado central
	8 NORTE-NORTE	Guerras “mundiales”	Elites centrales

Desde este punto de vista, se puede decir lo mismo que algunos actores han expresado a propósito de las reivindicaciones nacionalistas: que lo curioso no es que existan, sino que existen tan pocas. Lo curioso aquí es que los niveles de violencia estructural alcanzados a escala mundial no hayan llevado a niveles correlativos de violencia directa. Es cierto, se repite en los medios y se ha visto al principio de este libro, que la violencia directa aumenta prácticamente en todas partes. Pero si los niveles de violencia estructural son los que son, y podrían estar en el origen de la violencia directa, lo asombroso es que no se produzca ésta a niveles todavía mayores. Recuérdese el reportaje mexicano sobre los

conflictos entre comunidades que podrían llevar a la violencia directa. Pocos llegan a la misma, aunque los que llegan son reflejados con cierta prontitud (y algo de manipulación) en los medios. Pero el hecho es que no todos llegan al enfrentamiento directo, armado, a la violencia directa en todo caso.

Hay, a tenor de lo dicho anteriormente, algunas razones para que así suceda. En primer lugar, la amenaza de más violencia por parte de los más fuertes en la relación estructural. Se trata de amedrentar el débil, de usar la violencia selectiva para “descabezar” la protesta -es el caso de mucho paramilitarismo- o de aplicar violencias menos visibles pero igualmente directas para que el débil sepa a qué se expone. En segundo lugar, la violencia estructural no lleva a la violencia directa porque existen instituciones y canales que transmiten los símbolos, valores y actitudes apropiadas para que la violencia directa no aparezca y para que los que sufren la violencia estructural acepten con mayor o menor resignación su estado. Se trata, en la terminología utilizada aquí, de la violencia cultural, legitimadora tanto de las situaciones de violencia estructural como legitimadora de la violencia directa. Es cierto, de todas formas, que la violencia cultural, en algunos casos, incita a la violencia directa, dando razones adicionales para emprenderla y más dentro de la cultura de la violencia dominante en prácticamente todas las sociedades contemporáneas. Pero su éxito en esta última tarea no parece ser muy evidente. No es el tema del presente trabajo, pero la llamada “cultura de paz” puede tener, a tenor de lo dicho, una doble vertiente: por un lado, dando respuestas no violentas y eficientes a situaciones de violencia estructural; por otro, convirtiéndose en un “opio del pueblo” más que aparta a la gente de la lucha contra las injusticias en aras de evitar la violencia directa.

Junto a esto, tal vez valga la pena añadir para qué puede servir lo que se ha discutido en este trabajo. Discutirlo ayuda también para ver qué se ha dejado fuera de la discusión y dónde se ha centrado ésta. Para ello, la tabla intenta presentar algunos ejemplos de actividades relacionadas con la paz clasificadas según un doble eje³: por un lado, el de la perspectiva temporal, a saber, si se tiene una visión básicamente del hoy (con alguna referencia al pasado) y que en la tabla se llama “sincrónico”, o si se tiene una visión más dinámica, del flujo del tiempo, y que aquí se ha llamado “diacrónico”. El otro eje diferencia lo que son los eventos violentos, los puntos de violencia observables de forma aislada

o formando una tendencia, y, en el otro extremo, las estructuras, menos visibles pero no por ello inexistentes. La diferencia entre “evento” y “estructura” vendría a ser la que habría entre “enfermo” y “epidemia”, en la que esta última no es observable directamente sino que se infiere a partir de la constatación de una determinada recurrencia de enfermos.

	Sincrónico	Diacrónico
EVENTO	Intervención policial o militar Gestión (de catástrofes, de enfrentamientos) Aplicación de la ley <i>Peacemaking</i>	Transformación de conflictos Procesos de paz Mediación Conversaciones de paz
ESTRUCTURA	– Contextualización significativa Búsqueda de raíces de violencia directa	Prevención de la violencia Comisiones de la verdad Reconciliación <i>Peacebuilding</i>

La discusión se ha situado aquí en el recuadro del enfoque sincrónico-estructural. Se ha querido, en efecto, dar una visión de los contextos en los que aparece la violencia directa y aportar pistas sobre las raíces de dicho fenómeno sin pretender que la violencia estructural sea la única raíz posible -que no lo es-, pero creyendo que es, en todo caso, demasiado importante como para dejarla fuera de la descripción. No se han considerado, por tanto, las actividades relativas a los “événements” y las que adoptan una perspectiva estructural pero diacrónica. Y su utilidad es doble. En primer lugar, porque permite una contextualización de los eventos, de la violencia directa. No es una forma de su transformación a medios no violentos o de intervenir en los eventos, pero sí es útil en la medida en que permite entender mejor lo que está sucediendo. En segundo lugar, porque muestra algunas de las raíces -insistimos, no las únicas- de la violencia directa que permiten, en este caso, plantear los problemas diacrónicos de la prevención de la violencia yendo a sus “causas”. Para esto último se precisa una mejor descripción de los nexos causales y de los factores precipitantes que pueden llevar de la violencia estructural a la violencia directa.

Cuatro temas parecen importantes si lo que se quiere es iniciar la discusión sobre qué hace pasar de la violencia estructural a la violencia directa, a saber, las percepciones más o menos subjetivas que se tengan

de la situación, cómo ha evolucionado ésta, qué catalizadores pueda haber y qué actores pueden estar implicados.

1. El papel de las percepciones es innegable y por eso son importantes las ideologías y los medios de comunicación (no necesariamente separados de las ideologías sino, muchas veces, transmitiéndolas). Las ideologías implican un diagnóstico de la situación: qué sucede, a qué se debe, de dónde procede. Puede ser correcto o fantástico, pero eso no importa: basta con que se crea. Pongamos el “culto del cargo” al que se refiere la etnografía: es evidente que “los pájaros de hierro” del hombre blanco no pueden ser atraídos por unas luces en un descampado que se parecen a una pista de aterrizaje y que, por tanto, imitar a una pista de aterrizaje no va a hacer que lleguen los aviones cargados de bienes apreciados; pero las acciones que tomen los creyentes, por falsas que sean las creencias, van a ser motivadas por ellas... y no van a conseguir que lleguen los codiciados aviones: los hechos son tozudos muchas veces, aunque no siempre. Ahora pongamos “la agudización de las contradicciones”: para muchos es evidente que el cambio social en la dirección anhelada de fin de la explotación no puede ser producida aumentando las tensiones y los enfrentamientos aunque se haya visto que tal cosa ha sucedido en otros países; pero las acciones que tomen los creyentes, por falsas que sean las creencias, van a ser motivadas por ellas... y no van a conseguir que llegue la revolución: los hechos son tozudos muchas veces, aunque no siempre. Y revoluciones las ha habido.

No siempre las percepciones son correctas y hay veces, como en el caso de la “agudización de las contradicciones”, han llevado exactamente a lo contrario de lo que pretendían: en este caso, dictaduras reaccionarias como sucedió en la Bolivia que tuvo a Bánzer como presidente no-constitucional, por no hablar de García Meza. Pero sea como fuere, lo que sí es claro es que la batalla por controlar las percepciones es central en este paso de la violencia estructural a la directa: si se consigue que la injusticia se vea como “castigo divino” y no como resultado de males creados por el hombre contra el hombre, el paso a la violencia directa disminuye de forma notable. Y ahí entran los medios de comunicación: se trataría de convencer de lo adecuado de un determinado diagnóstico y de lo viable de una determinada terapia.

2. El papel que juegan los cambios sociales en el posible paso de una violencia a otra es un papel peculiar. La cuestión no es que la violencia estructural sea más o menos fuerte: una violencia estructural

mantenida, de forma sostenida, a lo largo del tiempo es más fácil de soportar que un aumento repentino de la misma. Que una parte de la estructura “está mal”, no es peligroso para la estabilidad de la situación: la gente se acostumbra a ella. Lo que es digno de atención es que una parte “esté menos bien” que otros (a los que podría alcanzar) o “esté menos bien” que antes. Los agentes sociales, en efecto, no reaccionan ante criterios absolutos (no existen escalas para medir tales menesteres) sino que reaccionan después de la comparación (conocer es comparar) o con otros hoy o ayer, o consigo mismo pero en tiempos pasados.

3. En el paso a la violencia directa conviene prestar atención a los catalizadores o precipitantes. Una situación puede ser seria, pero no se convierte en desesperada hasta que no hay algo (provocado o no) que moviliza a los participantes. Es como el rayo que consigue la estampida de un rebaño que ya está en tensión o el grano de sal que precipita una solución ya cargada de sales o el grado de temperatura que hace que el agua “rompa” a hervir.

En la vida social, a diferencia de la física, estos catalizadores pueden tener un papel todavía mayor ya que pueden producir efectos mucho mayores, por encima de lo que les antecedía. Eso es bien sabido por los políticos a escala mundial que procurarán magnificar determinados hechos (el Maine, Pearl Harbour) o incluso provocarlos o favorecerlos (la invasión de Kuwait) para que la reacción pública (de nuevo con la ayuda de los medios) sea la apropiada.

Regla de comportamiento ante hechos espectaculares: incluso si hay estampida, mejor quedarse quieto antes de ser arrastrado por el engaño. Y regla subsidiaria: decir que lo que se ve en la caverna son sombras y no es la realidad, puede tener, como bien entendió Platón con el caso de Sócrates, efectos nocivos para la salud del que se atreve a anunciar que el rey está desnudo.

4. Los actores que llevan a cabo el paso de la violencia estructural a la directa no son necesariamente los que sufren directamente la injusticia, la marginación y demás componentes de la violencia estructural⁴. Más bien estos últimos, sobre todo los que se encuentran en las peores circunstancias, no suelen reaccionar y, como bien veía el Manifiesto Comunista, pueden incluso dejarse llevar por posiciones exactamente contrarias a las de su propia mejora.

Coda

Hay un punto particularmente débil en todo lo que antecede. Si, como se ha venido afirmando, la violencia estructural más importante es la ejercida por el Centro (los poderosos de los países poderosos y los poderosos de los países no poderosos) contra la Periferia (nosotros, los huasipungueros) y los riesgos de violencia directa más extremos están en las agresiones del Norte contra el Sur y, sobre todo, en la probabilidad de nuevas guerras entre países centrales en pos de la hegemonía, la pregunta no respondida en estas páginas es cómo prevenir esa violencia o, si se adopta una posición diferente, como enfrentarse a ella.

No tengo respuesta que me convenza a mí mismo. Es cierto que la reacción se está produciendo y emerge de la sociedad en general y de los jóvenes en particular. Los Foros Sociales Mundiales o regionales son una buena prueba de ello y el Movimiento de Movimientos uno de sus componentes visibles. Es cierto también que existe una larga tradición de informes (desde el de Brandt al Informe Sur, pasando por el de Palme y Brundtland) en los que se ha abogado por un keynesianismo global. Es cierto, igualmente, que el sistema, en su conjunto, se halla tan alejado del equilibrio que cualquier “input” de energía podría tener efectos propios de la “teoría de las catástrofes” y eso justifica el asociacionismo para intentar “mover” el sistema en una dirección correcta. Es cierto que los análisis de muchos autores (poco escuchados, por motivos obvios) apunta a que la hegemonía de los Estados Unidos no es tan evidente y tan duradera como pretende la propaganda oficial global. Y es cierto que no queda fuera de la agenda de determinados actores el uso de la violencia directa, como ha podido ser el caso de Al Qaeda, el más conocido de todos pero no la única organización con tal propósito.

Pero también es cierto que es detectable una involución a escala mundial, asociada al síndrome del “11 de septiembre”. Parece como si hubiera un retorno de una “barbarie” semejante a la que detectó Rosa Luxemburg, carro al que la elite mundial se subirá en cuanto vea que hay un riesgo serio a su ejercicio de la violencia estructural⁵.

El impacto económico de los sucesos del 11 de septiembre no fue muy grande. Mucho mayor ha sido el efecto que han tenido, sobre la economía en general y sobre los presupuestos familiares estadounidenses en particular, sucesos como los de Enron, WorldCom, Martha Ste-

ward y demás robos por parte de empresarios. El impacto en términos de muertes tampoco ha sido enorme. Muere más gente por hambre o por fumar. Es cierto que las cifras para estos últimos asuntos nunca son seguras, pero tampoco lo han sido las de las muertes producidas por los impactos de los tres aviones. Lo que sí es cierto es que se trataba de la primera masacre oficialmente perpetrada por el Sur contra el Norte, cuando lo habitual ha sido lo contrario: más murieron en Bophal el 3 de diciembre de 1984 por las emanaciones de la Union Carbide y el responsable sigue en su mansión neoyorquina a sus 80 años.

En cambio, el impacto mediático ha sido inmenso. Las imágenes de los aviones y el posterior hundimiento de las Torres Gemelas encajaban con las necesidades de los medios de tener grabaciones disponibles sobre hechos espectaculares, “de interés humano” y mejor todavía si pertenecen a un país central. Dentro de la sociedad del espectáculo, determinadas imágenes dieron repetidas veces la vuelta al mundo... aunque no todas llegaron a las pantallas.

Y es que, probablemente, el impacto más fuerte que tuvieron los sucesos del 11 de septiembre ha sido sobre las libertades públicas y la primera en caer ha sido la libertad de información. Las imágenes que vimos habían sido censuradas y la censura previa y la autocensura se ha convertido en los Estados Unidos en moneda no tan rara y que ha alcanzado hasta a los dibujantes de tiras cómicas, a algunos de los cuales se les ha creado problemas por no ser “suficientemente patrióticos”.

De entrada, bueno es reconocer la propia ignorancia. Samir Amin, a propósito del síndrome del 11 de septiembre, es explícito⁶: “Hasta ahora no se ha arrojado luz sobre qué parte de la responsabilidad corresponde a los autores materiales –kamikazes islámicos perfectamente organizados, que podrían o no ser parte de una o más redes-. *Probablemente nunca se sepa la verdad*” [énfasis añadido, JMT]. En el mismo sentido se ha pronunciado Noam Chomsky en diversas entrevistas en las que se ha maravillado de que la “evidencia” disponible sobre la culpabilidad de bin Laden fuera una serie de “pruebas” circunstanciales que cualquiera podía haber imaginado sin necesidad de grandes recursos de “inteligencia” o “espionaje”. Pero que probablemente nunca se sepa la verdad es tal vez la única verdad de la que podemos estar moderadamente seguros.

A pesar de todo ello, los intentos de cualificar lo sucedido han sido frecuentes. Dos me parecen particularmente interesantes. El prime-

ro es de Jean Baudrillard, duramente criticado por Alain Minc⁷. Para aquél, “la mundialización liberal está a punto de convertirse en realidad bajo una forma exactamente inversa: la de una mundialización policial, de un control total, de un terror ‘seguritario’. La desregulación ha terminado en un máximo de constricciones y de restricciones que equivalen a las de una sociedad fundamentalista”. No es sólo cuestión del asunto, aireado de vez en cuando, de la mala calidad de los empleos en los aeropuertos estadounidenses (empleos a tiempo parcial, temporales, precarios, mal pagados, sin cualificación) sino, sobre todo, de los efectos anti-libertades de un liberalismo que se dice defensor de las mismas.

Como Baudrillard puede ser sospechoso, tal vez venga bien buscar otro intento de cualificación de lo sucedido. En este caso es de Cándido y se publicaba en el ABC, periódico español de orientación conservadora⁸: “Hace unas semanas escribí en ABC que las características del nuevo orden serían ‘un control público severo, una insinuada exigencia de fidelidad al poder, un sentido reverencial de las instituciones, una discreta vigilancia de los disidentes, una diplomacia inclinada al espionaje, una juridicidad expeditiva...’. Creo francamente que me quedé corto”. Probablemente. Pero la descripción del “nuevo orden” no puede ser más sombría. Lo es de tendencias que ya estaban en marcha antes de producirse el 11-S, pero que a partir de entonces se hicieron particularmente visibles: la tendencia hacia determinadas formas de fascismo.

Aunque en la actualidad hay fascismos en sentido estricto, la mayoría de comportamientos así calificados no lo son exactamente y, en todo caso, son muy variados. Puede ser útil recordar un discurso de Mussolini de 1926 en el Senado italiano⁹ en el que decía: “el fascismo rechaza en la democracia la absurda mentira de la igualdad (...) Para el fascista, todo está en el Estado, nada humano existe fuera del Estado, ni grupos, ni individuos (...) La policía debe no sólo ser objeto de respeto sino de honores (...) El hombre, antes de sentir la necesidad de la cultura, ha sentido la necesidad de orden. Y, en un cierto sentido, se puede decir que el policía ha precedido al profesor (...) Otro punto del fascismo: el reconocimiento del capital y del capitalismo. En esto somos netamente antisocialistas (...) Los capitalistas modernos son capitanes de industria, grandes organizadores (...) ¿Qué pueden pedir esos hombres? El éxito de sus industrias. Y ese éxito es el de la Nación (...).

El fascismo no cree ni en la posibilidad ni en la utilidad de una paz perpetua (...) Sólo la guerra lleva al máximo de tensión a todas las energías humanas y marca con un sello de nobleza a los pueblos que tienen el coraje de afrontarla”.

Los rasgos generales del fascismo son los conocidos. Y el subcomandante Marcos los recogió para describir lo que él llama “reaparición del fascismo”, como forma de totalitarismo difuso, y que, a su vez, tomaba de Umberto Eco, a saber: “rechazo del progreso del saber, irracionalismo, desconfianza hacia la cultura, miedo a la diferencia, racismo, frustración individual o social, xenofobia, elitismo aristocrático, machismo, sacrificio individual en beneficio de la causa, populismo cualitativo difundido por la televisión, ‘newspeak’ (léxico pobre y sintaxis elemental)”¹⁰.

Para comparar los fascismos de ayer con lo que sucede hoy, he hecho un ejercicio de relectura del que, de entrada, se desprende ya una conclusión inicial: En el sentido que marcan los textos releídos, no parece que haya que atribuir al 11 de septiembre un valor mayor que el que pudo tener la “marcha sobre Roma” o “el incendio del Reichstag”. En uno como en los otros casos, se trataría de un episodio que se encuadra en tendencias mucho más duraderas y tal vez menos visibles. Desde este punto de vista, lo importante son las tendencias, no el episodio, por más que éste sea de indudable horror y que produzca un rechazo casi espontáneo que puede llevar a diversas formas de desorden mental en algunas personas y que, ciertamente, ha sido magnificado por los medios.

Estas notas de lectura se inician por la voz “fascismo” firmada por Ludovico Incisa en el *Diccionario de Política* dirigido por Norberto Bobbio¹¹. Lo primero que llama la atención y que hay que retener para lo que aquí nos ocupa es el bajo nivel de elaboración teórica e ideológica que mostraron los fascismos históricos. No precisan más que algunas grandes palabras, pero su articulación es muy rudimentaria y contradictoria. En realidad, su versatilidad se basa en un “posibilismo ideológico (...) ligado a la subordinación de las ideas a la acción”. Pero lo interesante es el contexto en el que aparece ya que “el fascismo es una ideología de crisis (...) [y] la crisis puede estar relacionada con un evento determinado (una guerra o una desocupación masiva), pero es necesario tomar en cuenta que el evento revela la crisis, no la provoca”. De hecho, “el sistema democrático-liberal italiano ya se había derrum-

bado en 1915 antes del ingreso a la guerra”. Ante la crisis, el fascismo trata de domarla mediante la organización de la tensión. “El fascismo es un organizador de la tensión. La tensión es su combustible. Ésta le permite mantener la movilización permanente de las masas bajo una disciplina de tipo más bélico que militar”. El modo con que Uribe, Bush, Aznar, Vajpayee, Musharraf, Castro, Blair o las familias gobernantes en Arabia Saudita gestionan sus crisis no se debe a la crisis misma, por grave que sea y sabiendo que hay alternativas, sino a otro tipo de factores que trato de individuar a continuación.

Para ello, “El corto siglo XX” de Hobsbawm puede ser una buena fuente¹². Allí podemos ver detalles sobre esta curiosa ideología que desdeña la razón y exalta la voluntad, que inventa un pasado en el que los “verdaderos” valores se respetaban y al que hay que volver cueste lo que cueste, que encuentra su apoyo en el resentimiento en general pero, en particular, en las clases medias, que busca un chivo expiatorio externo sobre el que descargar todas las frustraciones y agresividades, que lo que buscaba no era precisamente una “revolución” sino oponerse a su posibilidad, pero que, sobre todo, representa, junto a otros movimientos, el fracaso del liberalismo al no poder funcionar sin algunas de las condiciones en las que tendría que basarse como son la legitimidad, la compatibilidad en los objetivos del electorado, la capacidad de gobernar efectivamente y... la prosperidad, muchas de ellas ausentes también hoy.

De todas maneras, lo que puede resultar más interesante no son tanto estos elementos ideológicos o políticos sino el contexto social en el que ven la luz estos fascismos históricos. *El psicoanálisis de la sociedad contemporánea* de Erich Fromm da algunas claves¹³. Nos dice, por ejemplo, que el poder y la sumisión son formas de superar la soledad y que la huida hacia pretendidas comunidades es una forma de superar la alienación producida por los cambios sociales generados por la industrialización y la urbanización (ahora diríamos por las “nuevas tecnologías” y la urbanización). Se puede huir de la libertad (y de la soledad) cayendo en el “supercapitalismo” o en la “idolatría autoritaria” o, ahora lo sabemos, hacia sus posibles simbiosis y hacia sus formas más camufladas. Ambas responden a necesidades humanas que se podrían satisfacer de otra forma, pero que es más fácil hacerlo de ésta.

Talcott Parsons¹⁴, uno de los grandes autores de la sociología contemporánea plantea un elemento más para entender el auge de los

fascismos históricos, a saber, el nivel de anomía (ausencia de normas compartidas, desmoronamiento de los lazos culturales) alcanzado en aquellos momentos. Para empezar, Parsons enumera los rasgos semejantes entre las sociedades estadounidense y alemana en la pre-guerra y que van desde el industrialismo al peso de los grandes capitalistas en la estructura social. Pero lo que parece diferenciar a ambas sociedades en aquel tiempo fue que la alemana incorporó “una revuelta ‘fundamentalista’ [sic] contra la tendencia general en Occidente hacia la racionalización y, al mismo tiempo, contra sus fundamentos institucionalizados más profundos”. Los movimientos fascistas en general, implicaron “la existencia de movimientos de masas en los que mucha gente común era imbuida por un celo altamente emocional e incluso fanático por una causa”. Frente a estas masas o aprovechándose de ellas, es importante resaltar “el papel jugado por grupos privilegiados de la elite, grupos con ‘intereses creados’ en su posición”. Pero, como ya se ha dicho, el punto central de su análisis yace en la difusión de la anomía que caracterizó a aquella época... y a ésta¹⁵. En momentos de desorientación colectiva, de falta de referentes que den seguridad a las personas concretas, de cambio en las orientaciones y los valores, el recurso a “comunidades imaginadas” es más que posible y, una vez imaginadas, no es impensable que generen inercias internas hacia su consolidación, cristalización e intransigencia en forma del fundamentalismo cristiano en los Estados Unidos o el fundamentalismo musulmán en Arabia Saudita pasando por las formas extremas de nacionalismo violento, sectas destructivas etc.¹⁶.

Nicos Poulantzas, por completar este espectro ideológico y profesional, plantea los fascismos como caso particular del Estado capitalista de excepción¹⁷ en los que se manifiesta una crisis política e ideológica como resultado de una crisis de hegemonía social en el interior de la formación social en la que actúan los aparatos de Estado. En dicha forma de Estado “el derecho ya no regula: es la arbitrariedad la que reina” y “el derecho ya no limita”, razón por la cual puede hablarse de un ejercicio “ilimitado” del poder, que usa de la represión política y de la propaganda ideológica al máximo nivel posible. Pero eso no significa que no haya “contradicciones internas” en un Estado el que, “bajo su fachada uniforme y centralizada, se concretan bajo la forma de guerra tras de los bastidores entre ‘equipos’ o ‘grupos de presión’”. Si eso puede aplicarse a los Estados Unidos o a la Arabia Saudí contemporáneos,

es algo que Poulantzas ya no puede responder. Pero no vendrá mal citar su descripción de lo que sucedía en los Estados fascistas, a saber, la “modificación ideológica de la noción de *culpabilidad*: la culpabilidad no se aplicaba ya, en primer lugar, (...) al *acto sospechoso*, es decir, al acto contrario a la ley, sino al *enemigo posible*. Era culpable aquel que hubiese podido tener, por su situación ‘objetiva’, determinada por criterios ‘arbitrarios’, la intención de perjudicar al régimen y su ‘salud’; es decir, *a priori*, para el régimen fascista, los judíos, los comunistas, los socialistas, los masones, los liberales, los metecos, los locos, los pederastros, los sifilíticos y los diversos ‘asociales’. Más todavía: la esfera de intervención policiaca era, para cada individuo, ‘ilimitada’, lo cual se expresaba, desde este punto de vista, por una suspensión de la distinción entre privado y público”.

Si esto se puede aplicar a la situación actual de los Estados Unidos es algo que prensa estadounidense poco sospechosa tiene claro¹⁸. Pero también se podría aplicar a otros países.

Antes de sacar conclusiones apresuradas de cara al mundo contemporáneo, Poulantzas advierte de que “la historia no se repite jamás por completo. Una misma forma de régimen de excepción y una misma especie de crisis política presentan rasgos distintivos, según los períodos históricos en el seno de los cuales surgen. De hecho, Marx, después de Hegel, decía que a la historia le ocurre incluso a veces repetirse, en sentido riguroso; pero lo que la primera vez revistió una forma de tragedia la segunda reviste una forma de comedia. La fórmula es indudablemente impresionante, pero no es cierta, sino desde determinado punto de vista, ya que existen, en efecto, comedias sangrientas (...). Existen en la historia ridículos que sólo matan a los demás”.

Si lo dicho hasta ahora es cierto, significa que es preciso situar el problema de hoy en las circunstancias en las que se produce, a saber, incremento de la desigualdad, las clases medias como “clases asustadas”, crisis económica, incertidumbre financiera, pobreza etcétera y, por tanto, tiene que verse, con las peculiaridades propias de cada caso, en todos los lados implicados. Si se prefiere, lo que pretendo decir es que las semejanzas entre los contendientes pueden ser tan interesantes como sus obvias y magnificadas diferencias.

Tal es el caso, por ejemplo, de los dos discursos casi simultáneos pronunciados por el segundo presidente Bush y por Osama bin Laden¹⁹. El primero establecía con toda claridad que “cada nación tiene

una elección que hacer. En este conflicto no hay posibilidad de ser neutral”, *tertium non datur*, y “los Estados Unidos de América son amigos del pueblo afgano y amigos del casi millardo [mil millones] de practicantes de la fe islámica en el mundo. Los Estados Unidos de América son enemigos de los que ayudan a los terroristas y de los bárbaros criminales que profanan una gran religión cometiendo asesinatos en su nombre”. Maniqueísmo *bogomil* que se parece al de bin Laden: “Estos sucesos han dividido al mundo en dos campos, el campo de los creyentes y el campo de los infieles”. Es obvio que no hablan el mismo lenguaje. Bush habla de una operación militar, que buscará a los terroristas en sus cuevas y que actuará para sacarlos de ellas y llevarles ante la justicia al tiempo que “el oprimido pueblo de Afganistán conocerá la generosidad de América y de nuestros aliados. Al tiempo que atacamos objetivos militares, dejaremos caer alimentos, medicinas y ayudas para los hombres, mujeres y niños de Afganistán que padecen hambre y sufrimientos”. Después han venido las propuestas de endurecer las prácticas policiales, de evitar la presunción de inocencia, de condenar antes de juzgar. Bin Laden, por su parte, afirma que es “gracias a Dios que América está probando ahora lo que sólo es una copia de lo que hemos probado nosotros. Nuestra nación islámica ha estado probando lo mismo durante más de 80 años de humillación y desgracia, y sus hijos han sido muertos y su sangre derramada, y sus santuarios profanados”.

Pero ¿qué tienen de fascistas estos discursos y estas y otras prácticas?. Un texto de Herbert Marcuse, inédito hasta hace poco, puede ayudar a responderlo²⁰. Marcuse comienza por indicar lo que el nacional-socialismo *no* es, a saber, un fenómeno revolucionario o una mera restauración política y social. Para este autor, “el Estado nacional-socialista se ha desembarazado de las características esenciales del Estado moderno. Es un régimen que tiende a abolir toda distinción entre el Estado y la sociedad transfiriendo las funciones políticas a los grupos sociales que detentan efectivamente el poder”. Más aún: “El Estado nacional-socialista es el gobierno de las tres hipóstasis que son los poderes económico, social y político”.

La versión que da el egipcio Samir Amin (residente en el Senegal) del Islam político es muy clara²¹: “Si el Islam político no es otra cosa que una versión del neoliberalismo económico, elogioso en extremo de las virtudes del ‘mercado’ –desregulado, se entiende–, es en el plano político la expresión de rechazo absoluto a toda forma de democracia. En

su interpretación del Islam, la ley religiosa (la *charia*) una vez encontradas las respuestas principales para todas las preguntas que podrían ser formuladas, estima que la humanidad no tiene leyes nuevas que inventar (eso define la democracia); no le queda más que interpretar una ley ya formulada por el poder divino”. Y añade que “la asociación entre liberalismo económico y autocracia política conviene a la perfección a la clase dominante encargada de la gestión de las sociedades de la periferia capitalista contemporánea. Los partidos islamistas son todos instrumentos de esta clase”. Pasando al plano geopolítico al que se va a regresar de inmediato, “el poder mundial dominante –Estados Unidos asegurando su liderazgo- no ve ningún inconveniente en tener en el poder al Islam político”. La frase puede parecer excesiva, pero suena a la de los que, como Immanuel Wallerstein, vieron en la confrontación entre el Este y Occidente, según la terminología de la Guerra Fría o, si se prefiere, entre capitalismo de Estado y capitalismo privado, como un acuerdo profundo bajo apariencias de confrontación. En esta nueva Guerra Oriente-Occidente, las cosas podrían ser parecidas. Samir Amin prosigue afirmando que “el acompañamiento ideológico de esta auténtica alianza entre potencias occidentales y el Islam político está legitimado por los medios que se manejan por la distinción de ‘moderados radicales’ (que no son más que una realidad ilusoria) o por los que alaban la ‘especificidad cultural’ (tan estimada por los estadounidenses, ya se sabe) que tiene que ser respetada. Estas formas de ‘respeto a las comunidades’ son muy útiles para la gestión del capitalismo liberal mundializado, porque no implican ninguna confrontación respecto a problemas reales (las ‘comunidades’ en cuestión participan del juego del liberalismo económico), transfiriendo el debate –cuando tiene lugar- a la esfera del imaginario cultural”.

Estas ideas coinciden con las de los que han hablado de “fascismo geopolítico” y que, en términos crudos se reduce a decir: “Para Washington, el problema real con los talibanes no era a propósito de los derechos humanos, asunto realmente irrelevante. El problema era que el régimen talibán no tenía un control total sobre Afganistán: un hecho que había disuadido a los inversores de financiar los oleoductos y gaseoductos desde el mar Caspio, cuya posición estratégica con respecto a Rusia y China y cuyos yacimientos son de un interés crucial para los estadounidenses”²². Todo lo cual se une a las complejas relaciones mantenidas con anterioridad entre los servicios secretos estadou-

nidenses y los talibanes en general y Osama bin Laden en particular, el igualmente complejo contexto geopolítico en el que se insertan los sucesos (petróleo, wahabismo saudita, Israel-Palestina, repúblicas ex-soviéticas, 20 millones de musulmanes chinos, Chechenia etc.) y las todavía más oscuras relaciones (¡por definición!) entre servicios secretos paquistaníes y estadounidenses, cosas que hacen que el establecimiento de los hechos y sus causas inmediatas deba ser tomado con mucha cautela²³.

Pero volvamos al texto de Marcuse que nos llevaba, de nuevo, a encontrar algunas semejanzas de fondo, más allá de las apariencias, entre creyentes e infieles según una terminología, entre defensores de la libertad y terroristas según la otra: el respeto al orden económico (petrolero) establecido... pero con conflictos entre los actores. El conflicto entre Estados Unidos y la Unión Soviética podía ocultar un acuerdo tácito o explícito (de Yalta a Malta), pero era un conflicto. Ahora igual: el conflicto es real y, en frase de Marcuse para describir los nacional-socialismos, va más allá de estos “elementos concurrentes” porque estos se aplican “a un objetivo común preciso: la expansión imperialista a escala intercontinental”. Los fascismos, efectivamente, no se reducen a planteamientos *dentro* del Estado, sino que comportan también agendas claras sobre el sistema mundial, como es el caso.

En el texto de Marcuse se encuentran también algunos elementos que ya habían aparecido en las notas de lectura de textos de otro tiempo (en realidad, el de Marcuse también lo es). Es el caso del tipo de sociedad que subyace al nacional-socialismo. Para Marcuse, “el Estado nacional-socialista no es lo contrario del individualismo competitivo sino su coronación”. “Como toda sociedad individualista, la sociedad nacional-socialista se funda en la propiedad privada de los medios de producción” y su estructura es típicamente piramidal. “En la base de esta alargada pirámide social, el individuo ha sido relegado al rango de simple elemento de la ‘masa’. El III Reich es, ciertamente, un ‘Estado de las masas’ en el que todas las fuerzas e intereses particulares se funden en una masa humana irracional hábilmente manipulada por el régimen. Esta masa, sin embargo, no es unificada por una ‘conciencia’ o un interés común. Los seres que la componen no buscan, individualmente, más que su interés personal más elemental, y su agrupamiento no es hecho posible sino porque ese interés se confunde con el instinto bruto de conservación, idéntico en todos ellos”.

Resumiendo: Tal vez no estemos ante un nuevo proceso de fascistización. Hasta es posible que esos elementos fascistas que se encuentran en la realidad circundante no sean nuevos y hayan estado ahí desde hace mucho tiempo. Lo que sí tengo para mí es que 1.- los sucesos del 11 de septiembre y siguientes ponen de manifiesto tendencias que ya estaban antes; 2.- dan oportunidades para acelerarlas a aquellos interesados en hacerlo, estén o no en el poder; 3.- y que, ahora como a principios del “corto” siglo XX, el riesgo de desaparición que corre la especie humana es muy alto. Porque podría seguir existiendo como especie viva a pesar de las armas de destrucción masiva, pero sin libertad, igualdad y fraternidad entre todas sus subespecies es difícil considerarla como humana.

Varios autores han recuperado las características de las sociedades totalitarias como la descrita por Orwell en *1984* y las han aplicado a lo que ahora está sucediendo. Hay que reconocer que las semejanzas con el “colectivismo oligárquico” siguen siendo chocantes: la utilización sistemática de la guerra como instrumento de domesticación, el desarrollo de una policía del pensamiento encargada de vigilar no los excesos sino los defectos de patriotismo obviamente en los términos definidos por el Gran Hermano que, como podía suponerse, no se puede equivocar. Como ha dicho John Ashcroft “los que asustan a los amantes de la paz con fantasmas de libertad perdida” sólo ayudan a los terroristas. Así que “paz es guerra”. La línea general del Partido Interior es que los gobernantes “saben” y los súbditos ni saben ni deben saber. Y que para eso está la Oficina de Información Estratégica encargada, como el Ministerio de la Verdad en la novela, de explicar a los súbditos (partido exterior, “proles” y habitantes de otros países que no sean Oceanía –es decir que no sean Estados Unidos ni Inglaterra-) qué es lo que deben pensar con independencia de que sea cierto o no: basta con que encaje con los intereses del Partido Interior. Y si falla, para eso está el tratado secreto entre los Estados Unidos y la Unión Europea para perseguir “asuntos criminales”. Y está la TIA (Total Information Awareness) dirigida desde el Pentágono por John Poindexter.

Pero hay más. De entrada, hay que recordar que Amnistía Internacional y Human Rights Watch han denunciado con datos las violaciones de los derechos humanos cometidas no sólo con los prisioneros (?) en Guantánamo, sino también con los detenidos en EE.UU., sin cargos y sin asistencia letrada, por el hecho de ser árabe-musulmán. Ya es

bastante sospechosa la falta de matices. El fascismo no matiza, afirma “conmigo o contra mí”. Y es curioso que se hable de que “los musulmanes” podrán ser retenidos en la frontera de forma discrecional, como si la religión fuese algo visible o como si por el mero hecho de provenir de un país ya se tiene que ser musulmán. Que todo esto suena a lo hecho con los judíos en tiempo de Hitler es bastante obvio, por más que las diferencias sean también reales.

Después está el relativo desprecio a la ley. Los tratados firmados, ahora se pueden “desfirmar”, lo cual ya es preocupante. Pero mucho más lo es la capacidad de decidir, por encima de la ley y sus procedimientos, quién es culpable y de qué y con qué pena hay que castigarle no para su reinserción sino para venganza del que, como Dios, premia a los buenos y castiga a los malos sin necesidad de juicios con garantías, Consejos de Seguridad ni, mucho menos, Tribunales Penales Internacionales. Estar por encima de la ley y, lo que es peor, estar por encima de la justicia, es un rasgo de los nuevos gobernantes.

La exaltación de la fuerza más bruta es otro de los elementos de las presentes circunstancias. Están las matanzas producidas en Afganistán o los continuos bombardeos en la “zona de exclusión” en Irak, pero siempre se podrá decir que “así es la guerra” y se podrá usar el “newspeak” y decir que son “efectos colaterales”. Fueron masacres. Pero es que la amenaza (y uso) de la fuerza por parte de la primera potencia militar del mundo es una parte fundamental para entender esta involución a escala mundial. Los gobernantes de los Estados Unidos definen en cada momento (y con un cierto carácter errático, todo hay que decirlo) quién es el enemigo sin necesidad de explicar por qué ni cuáles son las pruebas, y amenazan con el castigo eterno o, simplemente, lo aplican. Los súbditos, como supone Ashcroft, ya se encargarán de seguir los pasos del líder. La “doctrina Bush” sobre ataques preventivos ante la menor sospecha no es nueva. Sólo que ahora es explícita. Como diría un alto cargo de la Administración estadounidense a los saudíes y contaba el *Washington Post*: “We don’t care how you deal with the problem; just do it or we will” (No nos importa cómo resuelven el problema: háganlo ustedes no más o lo haremos nosotros”). El fin justifica los medios.

Esto no es antiamericanismo ni lo es trasnochado. Refleja discusiones y tomas de postura contemporáneas en la sociedad y la política estadounidense. Es cierto que los medios, en general, tal vez por exceso de sumisión al Gran Hermano en paralelo con la sumisión reverente de

los gobiernos, en particular los de la OTAN, no acaban de reflejarlas. Pero no es difícil encontrar en EE.UU. editoriales de (algunos) periódicos, declaraciones de (algunos) políticos entre los que se encuentran Jimmy Carter y Al Gore, ya citados, y de académicos de reconocido prestigio que ahora, como cuando se produjo el auge del hitlerismo, dicen simplemente “No” y lo argumentan desde la incertidumbre. Y están los tribunales, como el de Control del Espionaje Exterior, que denuncian las violaciones a la Constitución por parte de los gobernantes.

El problema de todos ellos es que lo que tienen enfrente es la Gran Certeza y las clases medias menguantes y asustadas quieren oír certezas ahora como en tiempos de Hitler. Y el peor problema, como recientemente se encargaba de documentar *The Economist*, poco sospechoso en estos lances, es que el ejemplo ha cundido y que, con la excusa de la “guerra contra el terrorismo”, el recorte de las libertades se está generalizando y ay de quien se oponga.

Son, pues, malos tiempos para la lírica cuando las instituciones internacionales están en crisis y es posible que veamos cómo se sustituye la Organización de las Naciones Unidas, relativamente democráticas en su Asamblea General y bastante oligárquicas en su Consejo de Seguridad, por una todavía peor Comunidad de Democracias, selecto club al que “muchos serán los llamados, pero pocos los escogidos” y que se ha estado preparando en Seúl, del 10 al 12 de noviembre de 2002, en la *II Conferencia Ministerial de la Comunidad de Democracias* y a la que Polonia y los Estados Unidos (¡precisamente!) llevaban conjuntamente la ponencia central sobre la “Consolidación de las instituciones democráticas”. Los “imperialistas ofensivos”, como Richard Perle, de los que se ha hablado en el capítulo 1, acabarán diciendo que la OTAN tiene mayor capacidad para legitimar el uso de la fuerza que las Naciones Unidas: en la primera sólo hay democracias, en la segunda hay muchas dictaduras y lo que cuentan son los valores que defienden los Estados Unidos, que son los de la libertad (política y de mercado). Una coalición de democracias liberales tiene, pues, mayor utilidad para los Estados Unidos. La ONU podría seguir los pasos de la Liga de las Naciones.

Ante una situación como la presente (y visto cómo fue la pasada) siguen quedando las tres opciones que han estado siempre presentes en el terreno ideológico de este único sistema mundial en el que vivimos: someterse, denunciar o rebelarse. Las tres ideologías producidas

por los que se benefician del sistema han ido siempre por las mismas sendas: conservadores que creen que lo mejor es dejar las cosas como están, reformistas que quieren gestionar el cambio y revolucionarios que quieren acelerar el cambio. Desde la otra parte del sistema de violencia estructural, sea el que sea, cabe aceptarlo, resignarse, incluso reforzarlo hasta con la mejor de las buenas intenciones. También se puede procurar introducir modificaciones que eviten los efectos más terribles que tienen las violencias estructurales y, en todo caso, esperar que funcione el “efecto Drácula”, como lo llama Susan George, común con los vampiros: someterlos a la luz del sol y al análisis público es una forma de destruirlos o, por lo menos, de procurarlo. O se puede intentar subvertir los papeles (“cuándo querrá Dios del cielo que la tortilla se vuelva”) o destruir el sistema mismo de violencia. Son opciones que no voy a predicar: creo saber los efectos que ha producido la primera de las opciones, la conservadora, pero no estoy tan seguro de cuáles serían los efectos reales de cualquiera de las demás. Certeza o incertidumbre. Integrista o eclectico. Pero los que gritan o pueden gritar “ñucanchic huasipungo” o, en todo caso, los que sufren el huasipungo en sentido metafórico del que aquí se ha hablado, existen. Vea cada cual.

Notas

- 1 Raúl Zibechi, “Uruguay: Miseria, saqueos y espejitos de colores. Un desborde largamente anunciado”, *Alai-Amlatina*, 09/08/02, Montevideo. De este despacho se ha tomado la cita de Bourdieu con la que comienza este capítulo.
- 2 Véase Ahmad Al-Tal, “The massacre of Sabra and Chatila in 1982” (www.jerusalem-ites.org/sabra.html) y Robert Fisk, “After 19 years, the truth at last?”, *Counter-punch*, 28 de noviembre de 2001.
- 3 La tabla está construida a partir de un gráfico, más complejo y completo, de John Paul Lederach, *Construyendo la paz. Reconciliación sostenible en sociedades divididas*, Bilbao, Bakeaz - Gernika Gogoratuz, 1998, pág. 111.
- 4 Son conocidos los datos proporcionados por Fernando Reinares (*Patriotas de la muerte. Quiénes han militado en ETA y por qué*, Madrid, Taurus, 2000) a partir de los procesos contra miembros de la organización ETA. En sus palabras, “el perfil sociológico de quienes han ingresado en ETA a lo largo de la última década coincide, en gran medida, con la caracterización del radicalismo juvenil, anómico y urbano, actualmente observable en la mayor parte de los países europeos”. Los orígenes de los palestinos que cometen atentados mediante el suicidio, entre 1993 y 1998, muestran una presencia mayor de clase media (20 casos) que de pobres (11) o de personas de clase alta (3), por un lado, y, por otro, de más gente con estudios secundarios (21) que con universitarios (9) o los que no han llegado al nivel de es-

- tudios secundarios (6), según un estudio de Ariel Merari (*La Vanguardia* -Barcelona-, 9 de noviembre de 2002).
- 5 Véase Alejandro Moreano, *El apocalipsis perpetuo*, Quito, Editorial Planeta del Ecuador, 2002.
 - 6 Samir Amin, “La hegemonía de EU y la respuesta al terror”, *La Jornada* (México), 17 de noviembre de 2001. Pongo aquí al día y resumo mi “11 de septiembre: La historia no se repite”, *Economía y Política. Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Cuenca*, IV, 9 (2002) 155-174.
 - 7 Alain Minc, “Le terrorisme de l’esprit”, *Le Monde* (París), 6 de noviembre de 2001.
 - 8 Cándido, “La pérdida de salud política”, *ABC* (Madrid), 20 de noviembre de 2001.
 - 9 Recogido por A. Tasca, *Naissance du fascisme*, París, Gallimard, 1938.
 - 10 Subcomandante Marcos, “Le fascisme libéral”, *Le Monde diplomatique*, agosto, 2000, pág. 15. La sintaxis defectuosa y el léxico pobre no son sólo propios del segundo Bush sino de muchos otros líderes mundiales, incluyendo algunos latinoamericanos.
 - 11 *Dizionario di Política*, N. Bobbio y N. Matteucci eds., Unione Tipografico-Editrice Torinese, 1976 (Traducción española en Siglo XXI, 1982).
 - 12 Eric Hobsbawm, *Age of Extremes. The Short Twentieth Century, 1914-1991*, Londres, Abacus, 1995 (original 1994), cap. 4.
 - 13 Erich Fromm, *The Sane Society*, Nueva York, Rinehart, 1955 (Traducción española en Siglo XXI, 1956).
 - 14 Talcott Parsons, *Essays in Sociological Theory*, Nueva York, The Free Press, 1964 (edición revisada de la de 1949) en especial los capítulos V y VI (publicados originalmente en 1942).
 - 15 Véase Johan Galtung, “On the social costs of modernization. Social disintegration, atomie/anomie and social development”, *Development and Change*, XXVII, 2 (1996) 379-413.
 - 16 Mark Juergensmeyer, *Terror in the Mind of God. The Global Rise of Religious Violence*, Berkeley, University of California Press, 2000 (Traducción española, Siglo XXI, 2001).
 - 17 Nicos Poulantzas, *Fascisme et dictature. La IIIe Internationale face au fascisme*, Paris, Maspero, 1970 (traducción al español en Siglo XXI, 1971).
 - 18 Warren Richey, “Military trial for US citizen?”, *Christian Science Monitor*, 12 de junio de 2002, sobre la definición de “enemigo posible” que podría llegar a incluir a quien hace una simple crítica al Gobierno. El editorial del mismo día (“Private Data Vs. Public War”) plantea los problemas recientes de la distinción entre privado y público.
 - 19 Los tomo del *Guardian Weekly*, 11-17 de octubre de 2001.
 - 20 Herbert Marcuse, “Qu’est-ce que le national-socialisme?”, *Le Monde diplomatique*, Octubre 2000, págs. 26-27.
 - 21 Samir Amin, “Islam político y globalización imperialista”, *La Jornada*, 17 de octubre de 2001.
 - 22 John Pilger, “The truths they never tell us”, *The Statesman*, 26 de noviembre de 2001. Algo parecido se dice de Arafat, que “no es rechazado por su fracaso en la creación de una democracia, sino por no cumplir bien con su trabajo como dic-

tador”, Robert Fisk, “Mundos de diferencia”, *La Jornada*, 12 de septiembre de 2002 (Original en *The Independent*).

- 23 Para el caso del petróleo, un documento informativo del Departamento de Estado de los Estados Unidos difundido después del 11 de septiembre decía que “desde el punto de vista energético, el significado de Afganistán emana de su posición geográfica como una ruta de tránsito potencial para exportaciones de petróleo y gas natural de Asia central al mar Árabe” (*La Jornada*, 3 de octubre de 2001, que proporciona detalles –empresas involucradas- y fechas para mejor entender la política estadounidense en la región). Recuérdese que Kerzai, antes de su presidencia en Afganistán, trabajó para Unocal, empresa que seguramente construirá el oleoducto que permitirá dicho “tránsito” petrolero. Obviamente, reducir todo el problema al petróleo es también una simplificación.

Apéndice

SOBRE EL USO DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

El fenómeno de la violencia es particularmente difícil de afrontar. Ni es sencillo definirla ni es fácil juzgarla y eso es válido para cualquier fuente incluidos los medios de comunicación¹. “11 de septiembre” no significa lo mismo para un estadounidense que para un chileno. El primero pensará en la masacre producida en 2001 en las Torres Gemelas, tal vez piense algo en lo sucedido en el Pentágono y ya casi habrá olvidado lo sucedido con el cuarto avión. El impacto mediático no fue el mismo para cada uno de esos casos y el estadounidense reacciona más ante ese impacto que ante el hecho realmente acaecido. Mientras, bastantes habitantes del Planeta, sumidos en la sociedad del espectáculo, se cansan de la repetición de las mismas imágenes, se aburren y buscan otra película, espectáculo de variedades o programa de entrevistas.

Sin embargo, “11 de septiembre”, para un chileno, es el 11 de septiembre de 1973, cuando el gobierno de Allende fue derrocado por un golpe de Estado con apoyo estadounidense y que llevó a la muerte a miles de chilenos. Al mismo tiempo, “la masacre de septiembre”, a los ojos de un palestino en el Líbano no es la de 2001 sino la de 1982, cuando las milicias aliadas de Israel mataron a 1.700 palestinos en Beirut. “Lo cierto es que los árabes -al igual que los chilenos y otros pueblos lejanos al centro del poder mundial absoluto- están acostumbrados a los asesinatos en masa. Saben cómo es la guerra, y un buen número de libaneses me preguntó días después del 11 de septiembre -es decir, de nuestro 11 de septiembre- si George W. Bush en verdad pensaba que Estados Unidos estaba en guerra. No dudaban de la naturaleza de los ataques. Sólo se preguntaban si el presidente estadounidense sabe lo que es una guerra de verdad”².

Si, por otra parte, lo que lleva a horror es el número de muertos, no vendrá de más recordar que “en la ciudad de Río, entre 1987 y 2000, murieron por las balas más menores de 18 años que en el conjunto de

los conflictos de Colombia, Yugoslavia, Sierra Leona, Afganistán, Israel y Palestina. A lo largo de esos trece años, por ejemplo, un millar de jóvenes encontraron la muerte en los enfrentamientos israelita-palestinos; durante el mismo periodo 3.937 menores habrían sido abatidos sólo en la ciudad de Río³. Es evidente que estos datos se encuentran en los medios de comunicación, pero esos medios han subrayado unos y no otros.

Las mismas cosas, pero con mucha más razón, se pueden decir de algo más abstracto y poco visible como la violencia estructural, de la que es difícil, si no imposible, conseguir buenas imágenes y fotografías con las que alimentar los medios de comunicación. No parece, entonces, que los medios de comunicación, en especial los gráficos, puedan ser una buena fuente de información y sí tiendan a serlo de desinformación⁴. Por otro lado, para utilizar los medios escritos, tantas veces dependientes de los visuales, habrá que armarse de paciencia porque no va a ser fácil encontrar material relevante y sí va a ser fácil encontrar manipulaciones, intoxicaciones, “globos sonda”, tergiversaciones, malas interpretaciones, simplismos y demás acusaciones frecuentes contra la actividad de los periodistas.

Por otro lado, existe, en determinados ambientes una especie de “menosprecio de prensa y alabanza de libros académicos”. Se supone que la prensa no es una fuente seria, mientras que los libros académicos son seguros. No parece que haya razones de peso para ello. De hecho, Chomsky llega a decir que su impresión es “que los medios no son muy diferentes de las universidades o de, por ejemplo, las revistas de opinión intelectuales: hay algunas limitaciones añadidas, pero no son radicalmente diferentes. De hecho interactúan, lo cual explica por qué hay gente que va de un sitio a otro con bastante facilidad⁵”. En este apéndice se va a intentar explicar el uso de la prensa que se ha hecho a lo largo del libro no sin antes hacer algún comentario sobre la investigación académica.

Pertenece a una determinada forma de religión laica (la religión de la ciencia) el creer (porque se trata de fe: creer en lo que no se ve) que la literatura académica está exenta de sesgos, que se trata de una búsqueda desinteresada de la verdad (o de la Verdad) y que es realizada de forma altruista (el Bien). No es siempre así, si es que alguna vez lo es. La literatura académica incluye falsificaciones conscientes y voluntarias de hechos, datos y resultados. Algunos se descubren y otros

no⁶. Los errores, a veces, son de bulto y esto es válido tanto para los clásicos ya fallecidos como para los vivos, sean clásicos o no. Es un lugar común, dentro de determinadas ciencias sociales, el levantar acta de los errores empíricos, de apreciación y de prospectiva cometidos por Marx y por Engels. Su eurocentrismo, su ideología y su carácter político les llevaban, como si de un abogado defensor se tratase, a tomar los datos que encajaban con sus posiciones (como fue el caso con la antropología de Morgan utilizada para fundamentar *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*) o, simplemente, caían en los errores comunes a su época con independencia de la posición ideológica adoptada. Creían en el progreso, en la historia lineal, en el fin de la historia, en alguna forma de mesianismo y así sucesivamente. Pero lo mismo hay que decir, por lo que se refiere a errores, de Durkheim, Weber, Pareto o Parsons. Por poner el caso de un clásico vivo, Johan Galtung, basta leer su *Hay alternativas. Cuatro caminos para la paz y el desarme* para ver cómo se pone el ejemplo yugoslavo (antes de la muerte de Tito) como modelo a seguir ya que se trata de una organización pacífica de la defensa defensiva no-violenta. Todos nos equivocamos. Los clásicos también. Y la literatura académica producida por los no-clásicos, igualmente. O más, probablemente.

La razón fundamental que aducen los académicos dedicados a las ciencias sociales es que su objeto es particularmente complejo, no hay una clara separación entre sujeto observante y objeto observado, el objeto suele producir sus propias interpretaciones y no siempre coinciden incluso con las motivaciones reales de quien las hace, se producen efectos de composición o efectos perversos y así sucesivamente. Hay que añadir, de inmediato, que las llamadas “ciencias duras” no tienen, tal vez aunque no está tan claro, esas limitaciones, pero eso no les deja a salvo del error e incluso de la mentira. Son conocidos los fraudes en laboratorios de física como el producido y detectado en los laboratorios Bell, pero no hay motivos para pensar que son únicos e irrepetibles. También se conocen los propios de la investigación médica pagada por laboratorios farmacéuticos⁷. Es cierto que en estos casos, se descubre porque los experimentos son “replicables” (aunque algunos experimentos es impensable repetirlos) o porque salta a la prensa el escándalo de un investigador despedido por “haber levantado la liebre” de las sospechosas connivencias entre práctica investigadora académica e intereses empresariales que no son otros que el beneficio⁸.

El caso de las ciencias sociales es, obviamente, más complicado: por una parte, hay datos que es imposible volver a recoger: la encuesta hecha hoy nunca se podrá repetir exactamente. Un censo, tampoco. Y un hecho histórico, de ninguna manera: ni en comedia ni en tragedia. Se vuelve a decir lo que aseguraba alguien tan poco sospechoso como Nicos Poulantzas: “la historia no se repite jamás por completo. Una misma forma de régimen de excepción y una misma especie de crisis política presentan rasgos distintivos, según los períodos históricos en el seno de los cuales surgen. De hecho, Marx, después de Hegel, decía que a la historia le ocurre incluso a veces repetirse, en sentido riguroso; pero lo que la primera vez revistió una forma de tragedia la segunda reviste una forma de comedia. La fórmula es indudablemente impresionante, pero no es cierta, sino desde determinado punto de vista, ya que existen, en efecto, comedias sangrientas”⁹. Pero si no se repiten, la base de todo el método científico, que es la comparación, se diluye.

Por otro lado, los científicos sociales pueden tener, y muchos tienen, una clara dependencia de instituciones como el Estado, los partidos y sindicatos, las empresas en general y las periodísticas en particular. La tentación de “maquillar” los datos para mejor agradar al cliente suele ser muy fuerte, sobre todo sabiendo que será difícil responsabilizar al investigador de las decisiones equivocadas tomadas siguiendo sus resultados. Este último siempre podrá decir que no se siguieron suficientemente bien (eso han hecho los “Chicago boys” cuando sus recetas no han funcionado y eso siguen diciendo algunos comunistas cuando hablan de lo que sucedió en la URSS). El investigador también puede decir que hubo algún cambio espectacular entre sus resultados y la actualidad que hacen que los resultados estuviesen bien (sin posibilidad de contraverificarlo) aunque la realidad haya ido en otras direcciones. El recurso a las “profecías que se autorrealizan” o a las “profecías suicidas” es un excelente recurso *post hoc* y del que el abuso es fácilmente constatable.

Para rematarlo, las ciencias sociales son particularmente sensibles a la visión del mundo (Weltanschauung) o geocultura dominante en cada momento y de la que es difícil, si no imposible, ser suficientemente consciente como para liberarse de ella. Muchas veces funcionan como la moda, hasta con sus ciclos como en su día identificara Kroeber, con su “superorgánico”, para la moda femenina. En política económica es constatable la ciclicidad: se pasa del estatismo al librecambismo pa-

ra volver al estatismo y así sucesivamente. Cambia el modo de satisfacer los intereses de los grupos dominantes, pero el cambio de políticas se produce sin datos nuevos, aunque sí ejemplos, que “prueben” el valor de una y otra política. Este elemento poco empírico, a pesar de la retórica, viene corroborado por las estructuras de producción de la ciencia en las que la jerarquía y la verticalidad autoritarias son la norma como ya se encargó Kuhn de documentar y Feyerabend de transformar en “metodología libertaria”. Casos excepcionales frente al conformismo poco científico, los hay. Pero la “ciencia normal” (con su estructura autoritaria) y la Weltanschauung se suelen aliar para excluir a los desviados... aunque tengan razón. O se les da la razón a toro pasado.

A continuación se presentan las razones por las que tampoco hay que confiar en lo que dicen los medios en general y la prensa en particular, para pasar después a la justificación de su uso y que ya puede resumirse de una forma muy sencilla: los periódicos no son parte de la prueba (no hay prueba posible) sino sólo de la verosimilitud de lo que se dice o ejemplo de lo que se presenta en ese momento. Tienen ese valor, pero tal vez no mucho más. Como los ejemplos que utilizaba Wilfredo Pareto en su *Forma y equilibrio sociales*. Es un modo de que determinadas discusiones que duran mucho en el tiempo se conviertan en actuales o, por lo menos, adquieren un mínimo de actualidad y de cercanía.

Por qué no sirven

Es conocido el dicho de un político estadounidense: “Cuantas veces leí un reportaje sobre algo en que yo mismo había participado, siempre acabé pensando que había estado en otra parte”. Es, en efecto, proverbial la presencia de errores en el reportaje, en la transcripción de frases¹⁰ o en la apreciación de sucesos. Pero no todo puede deberse a la mala calidad de los periodistas, aunque, aquí, como en todas las profesiones, los hay buenos y malos.

Ante todo, está el hecho difícilmente discutible de la existencia de diferencias de percepciones hacia las realidades complejas. Un asunto suficientemente complicado (y los que aparecen en los medios suelen serlo) tiene demasiadas facetas, antecedentes, implicaciones como para que puedan ser conocidas y transmitidas en un sólo acto, llámese artículo, suelto, clip, video o conexión radiofónica. Como ya se ha di-

cho, el tema de las diferentes violencias es suficientemente multifacético como para que la probabilidad de errores de apreciación sea relativamente alta. Al mismo tiempo, y como la psicología social se ha encargado de demostrar, la transmisión oral siempre está sujeta a deformaciones a medida que introducimos más y más intermediarios. La comunicación humana es así en la percepción y en la transmisión. Y también es así en la recepción donde, muchas veces, lo que se produce es el viejo dicho escolástico: *quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur*, lo que se recibe, se recibe a la manera del receptor; o, si se prefiere, “todo es según del color del cristal con que se mira”.

Esta fuente de errores, llamémosle normal, se complica bastante cuando se considera la existencia de intereses que modelan esas percepciones. Sigue siendo de actualidad el libro de Edward Herman y Noam Chomsky *Los guardianes de la libertad. Propaganda, desinformación y consenso en los medios de comunicación de masas*¹¹. Los filtros de los que allí se habla se siguen encontrando en la actualidad. En primer lugar, el filtro que supone el hecho de que los medios tienen propietarios, interesados en el beneficio o interesados en el poder. El segundo filtro es la publicidad, de la que viven los medios. El tercer filtro son las fuentes de noticias de esos medios y que tienen una evidente tendencia a ser fuentes “oficiales” y en las que a veces se “logra colar un débil fantasma de la realidad”¹². Un cuarto filtro es el temor al *flak*, a las respuestas negativas a una afirmación o a un programa y que se concretan en cartas, llamadas, pleitos, proyectos de ley¹³. El quinto filtro habría perdido su vigencia ya que el libro fue escrito -no traducido- durante la Guerra Fría y es el etiquetado de las opiniones contrarias al régimen en cada lugar (en la actualidad, un sólo régimen).

Como intereses distorsionantes están, en primer lugar, aunque no siempre son los más importantes, los ideológicos. Un caso interesante puede ser el vasco, en el que los distintos medios acaban viendo el problema según el color del cristal con que lo miran. Unas declaraciones de Arnaldo Otegui, portavoz de Batasuna, aparecidas el 3 de octubre de 2002, llevaban a muy diferentes conclusiones si se leían en *El Mundo* (“Nosotros no vamos a ir a ningún sitio sin Navarra”) que si se leían en *Gara* (“Araba tiene tanto derecho como Nafarroa para sumarse o no al proyecto. No puede pensarse en un proyecto de resolución del conflicto que no esté basado en la libre adhesión de cada uno de los territorios vascos”)¹⁴. *El Mundo* es un periódico de Madrid, cercano a

las posiciones del gobierno del Partido Popular excepto en lo que atañe a sus intereses empresariales en el campo de la televisión, mientras que *Gara* es un periódico que se publica en el País Vasco, muy cercano a las posiciones de Batasuna. De hecho, el caso ha producido algún documento en el que se analizan las estrategias de esta información que, cuando es de los otros, se considera desinformación¹⁵.

Después están los intereses empresariales. Los medios son empresas y, dentro del capitalismo, funcionan mediante la lógica del beneficio. En particular, una empresa no puede existir si no reproduce sus medios de producción. En cualquier hipótesis, los medios han de pensar en qué quieren ver sus clientes y no intervenir de manera excesivamente arrogante en sus gustos y apetencias. Los medios, al fin y al cabo, venden su producto y deben, por tanto, responder a la demanda de su mercado efectivo y, si quieren mantener la lógica capitalista de la acumulación incesante de capital, a la demanda de su mercado potencial. De todas maneras, por poner el caso de los periódicos, hay que saber que éstos no venden ejemplares a los lectores sino que venden lectores a sus anunciantes. En otras palabras, que los anunciantes tienen una voz indirecta y callada en lo que dice el periódico. Son conocidos los lances en los que la retirada de publicidad ha supuesto dificultades para el medio privado de tal fuente de ingresos.

El asunto se complica todavía más cuando se tiene en cuenta que las empresas que poseen los medios suelen tener otros intereses empresariales, por ejemplo editoriales. Si es así, el periódico reflejará, o tenderá a reflejar, los intereses de la empresa a cuyo grupo pertenece. El asunto es particularmente claro cuando se trata de recensiones de libros en suplementos literarios de periódicos propiedad de empresas editoras de libros. O, todavía más extremo, cuando se trata de países en los que la empresa editora quiere introducirse o quiere imponer sus criterios económicos. La tendencia general hacia el oligopolio¹⁶ no ayuda a que los medios transmitan información totalmente libre de sesgos. Lo mismo tendría que decirse si la empresa propietaria de los medios de comunicación lo es también de fábrica de armas. Los sesgos producidos en la Guerra del Golfo no sólo fueron debidos al estricto control de la información puesto en práctica por el Pentágono y la Casa Blanca: también estos “regímenes cruzados de propiedad” tuvieron algo que ver¹⁷.

Las fuentes de error, engaño o deformación pueden ser de las que se podrían llamar “estructurales”: el periodista está en el Norte y ve las cosas con la perspectiva del Norte; o está en el Sur y ve las cosas con las perspectivas del Norte (porque así suele ser); o depende de agencias de noticias del Norte que reflejan la visión del Norte; o, por el mero hecho de desear formar parte de una clase social, la toma como grupo social de pertenencia deseada y adopta los puntos de vista de esa clase social; o por el mero hecho de depender de la información que dan los políticos acaba reflejando las perspectivas de éstos y no las de la población; y así sucesivamente¹⁸.

Un argumento más: la lógica misma de la comunicación contemporánea. Ignacio Ramonet ha expresado en varias ocasiones las características del discurso de las grandes empresas mediáticas y que él resume en tres¹⁹: Primero, se trata de un discurso rápido, para evitar el aburrimiento (los medios, antes que nada, entretienen y, a veces, informan); la segunda característica es la sencillez de la construcción y el vocabulario y, en general, del lenguaje; la tercera es la tendencia a la “espectacularización”, la dramatización y, sobre todo a la expresión de emociones²⁰. El discurso que se recibe, dice Ramonet, es un discurso infantilizante.

Pongamos el caso de los resultados de las elecciones de *mid term* celebradas en los Estados Unidos el 5 de noviembre de 2002. Si se toma el *International Herald Tribune* de dos días después, habida cuenta de la diferencia de horario, de que el periódico se edita en París y el ejemplar que llega a España se imprime en Madrid y de que se publica con el *New York Times* y *The Washington Post*, se verá que la noticia que podría tener más calado, a saber, cuántos estadounidenses se habían quedado en casa y no habían votado, no aparecía por ningún lado²¹. Lo que había era una presentación “gladiatorial” de los resultados como si se tratara de una jornada de fútbol. Dramatismo, simplificación, “el lado humano” (la fotografía de portada es Bush padre felicitando a su hijo Jeb reelegido gobernador de Florida), lenguaje aseQUIBLE. Es cierto que la victoria de los republicanos en ambas cámaras tenía evidentes consecuencias de cara al futuro, pero la más resaltada era el posible cambio en el equipo económico del gobierno, es decir, una personalización de la noticia o, lo que es lo mismo, su “visibilización”.

No hay que excluir, en el otro extremo, los motivos estrictamente personales para el sesgo en la información. En España se dio el caso

de un conocido intelectual que se atrevió a hacer una reseña negativa de un libro del entonces director de un periódico. A partir de ese instante, el profesor se vio vetado de las páginas de dicho periódico y si llegó a salir fue en la sección de sucesos cuando su hijo se vio involucrado en un hecho que terminó en los juzgados.

La manipulación, consciente y voluntaria en muchas ocasiones, puede aparecer hasta en el uso de unas palabras y no otras. Cuando el conflicto minero en la Inglaterra de 1991 la sutileza llevaba a negar la validez de la frase “miners strike” (huelga de los mineros) y proponer “coal dispute”, es decir, la disputa del carbón. Pero son bien conocidas las discusiones en los medios españoles sobre cómo llamar a las alteraciones nocturnas del orden público en el País Vasco, si “kale borroca”, “terrorismo de baja intensidad”, “violencia juvenil” y demás posibles palabras pero no sinónimos. También son conocidas las diferencias en el trato dado al “ex presidente” venezolano Pedro Carmona y al “ex coronel golpista” ecuatoriano Lucio Gutiérrez²². La situación palestina ha creado también sus discusiones lingüísticas. El periódico israelí *Ha'aretz* comunicaba el 31 de mayo de 2002 que la dirección de Radiotelevisión israelí, por indicación de un ministro, prohibía a los departamentos de redacción utilizar las palabras “colonos” y “asentamientos” en radio y TV²³. No es, en efecto, lo mismo llamar “luchador por la libertad”, “mártir”, “terrorista” o “asesino” a la misma persona por el mismo acto.

El discurso sobre los periódicos no tiene por qué ser apocalíptico. Tampoco sobre los medios de comunicación en general. Ignacio Ramonet lo plantea de la forma siguiente: “Mientras el nivel educacional sube, el nivel mediático baja, y llega un momento en que se cruzan, y en nuestras sociedades aparecen cada vez más grupos, categorías sociales, que se encuentran insatisfechas con este discurso infantilizante, y reclaman ser tratados como personas adultas, que son capaces de conocer la verdad, que son capaces de distinguir y de tomar posiciones en función de la verdad, sea cual sea la verdad”²⁴.

En todo caso, lo que no hay que confundir es información y facilidad de dicha información. En otras palabras, que la información, en muchos casos, está y está disponible, sólo que requiere esfuerzo, trabajo y tiempo. Pongamos un caso obvio tomado de la edición electrónica del periódico español *El País*. En su edición del 22 de octubre de 2002 titulaba: “Sólo cinco de cada diez europeos están a favor de la am-

pliación de la Unión Europea”. El titular es tendencioso y sesgado por culpa de ese “sólo” con el que comienza. Si el lector se queda con esa lectura apresurada y rápida va a pensar algo distinto de lo que podría hacer si leyera el texto completo y viera que “sólo” tres de cada diez europeos están en contra de la ampliación de la Unión y que dos de cada diez no dan ninguna respuesta a esa pregunta del eurobarómetro. La información completa son los porcentajes de la encuesta y esa información está disponible. Pero hay que leer todo el artículo y no quedarse únicamente con el “sólo” del titular.

En otras ocasiones hay que buscar algo más hasta encontrar la información fiable, y fiable precisamente porque no encaja con lo esperable en la fuente, es decir, que viene de una fuente de la que se podría esperar lo contrario y, si lo dicen ellos que tienen motivos para ocultarlo, tiene que ser rayano en lo evidente. Un ejemplo que podía presentarse en esta dirección es la continua acusación a Saddam Hussein de ignorar las resoluciones del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas, acusación usada para legitimar amenazas y acciones por parte de la autodenominada “comunidad internacional”, es decir, los países poderosos liderados por los Estados Unidos en un nuevo ejercicio de *newspeak*. Podemos suponer que la acusación tiene base empírica, aunque nunca se sabe, como recuerdan las crónicas del ataque contra Milosevic a propósito de la negativa de éste a aceptar el *diktat* de Rambouillet. Pero es interesante encontrar un artículo que pretende demostrar que el país que más ha ignorado las resoluciones del Consejo de Seguridad, seguido de otros muchos, es precisamente Israel y que el artículo aparezca en *Ha'aretz*, periódico publicado en Israel²⁵

Lo mismo puede decirse de muchos otros casos. La información sobre Venezuela se puede obtener. Pero si sólo se toma, por ejemplo, el venezolano *El Universal* (por no decir sólo el español *El País*) las conclusiones a las que se llega no son las mismas que si se buscan fuentes alternativas, electrónicas o impresas y, por supuesto, si se comparan las radios gubernamentales con las cadenas de televisión ahora opositoras²⁶. Si realmente se quiere saber qué pasa allí, es posible hacerlo. Pero cuesta trabajo, esfuerzo y tiempo.

Un ejemplo más: El 6 de noviembre de 2002, día de la inauguración del Foro Social Europeo en Florencia, prácticamente ningún periódico de los llamados “de referencia” llevaba la noticia a su portada ni daba información sobre su contenido, como ya se ha dicho. Había una

excepción notable, la del *Corriere de la Sera*, periódico milanés, que, bajo el titular “Via al Social Forum corteo alla base Usa. Contestati Pisanu e De Gennaro”, convertía la noticia en una noticia local volviendo sobre los riesgos de episodios violentos y publicando, también en primera página, un artículo de Oriana Fallaci (“Fiorentini, esprimiamo il nostro sdegno”) que también había que interpretar en clave local. Nada, pues, sobre las actividades, conferencias, talleres y seminarios a llevar a cabo en el dicho Foro Social. Sin embargo, la información era fácilmente disponible en varias lenguas (aunque con ligeras variaciones de una a otra) en la página web “colgada” por el Foro. La información estaba, pero había que ir a buscarla, no venía en los titulares ni menos en las primeras páginas.

En otras palabras, que muchos casos la crítica a los medios es, en realidad, un reconocimiento de la propia pereza o del carácter sesgado con que quien habla accede a los medios, recibiendo solamente las noticias que encajan con su pre-juicio. Culpar a los medios, como se ha visto, tiene sus razones, pero los medios no son la única causa de la desinformación.

Desgraciadamente para los perezosos, ya se ha dicho, informarse es trabajoso, entre otras razones porque no siempre se está seguro de qué es exactamente lo que se tiene delante. Un ejemplo encontrado en el *New York Times* del 23 de noviembre de 2002. Lo que decía el periódico era que según el borrador del informe, al que había tenido acceso el periódico, que había elaborado el Comité Conjunto del Congreso que analiza los sucesos del 11 de septiembre tenía algunas conclusiones que merecían titular. La central, porque se presentaba como la conclusión más importante del dicho borrador, era que el FBI y la CIA no siguieron con suficiente vigor las pistas que podrían haber relacionado a los terroristas con Arabia Saudita. En otras palabras que el periódico no usa, que resulta sospechoso que no quisieran seguir las huellas que les llevaban hasta dicho país. El problema, para el lector, consiste en definir el producto que tiene ante sus ojos ya que de ello dependerá el valor que le dé a su contenido. La “noticia”, en efecto, puede ser resultado de un sagaz periodismo de investigación y reflejar lo que, con toda probabilidad, el documento va a decir. En ese caso, la noticia es particularmente importante viniendo de quien viene (otra cosa sería que viniera de fuentes “antiamericanas”) y hace aumentar las dudas sobre lo sucedido realmente detrás de las bambalinas en torno a la masacre del 11

de septiembre en Nueva York. Pero la pieza puede ser una filtración interesada que se enmarca en la lucha política dentro de la clase dirigente estadounidense y puede que lo que esté buscando sea el defenestramiento de determinados personajes del “mundillo” de Washington. En ese caso, no sabemos todavía si va a estar dicha afirmación -por otro lado, altamente verosímil- en el documento final y, por tanto, hay que suspender el juicio o, para ser exacto, hay que dejar de incluirlo, de momento, en la lista de documentos que producen dudas sobre el comportamiento de la Presidencia en torno a la masacre. La “noticia”, por otra parte, podría ser, en realidad, un globo sonda para ver la reacción que produce el borrador en los comentaristas, “talk shows”, editorialistas, mentideros, círculos influyentes etcétera. Según vaya la reacción, se incluyen unas cosas y se excluyen otras y siempre se puede echar la culpa de las inexactitudes a los sufridos (aunque muchas veces arrogantes) periodistas. El problema es que no es fácil, en el momento de escribir esto, saber cuál de las opciones es la verdadera o si, incluso, hay alguna más que es la verdadera. Con un poco de atención y algo de esfuerzo, se puede seguir la pista del asunto. Pero, al día de hoy, lo más sensato es suspender el juicio.

Por qué sirven

El uso que se ha hecho aquí de los medios ha sido, básicamente, de periódicos de los llamados “de referencia”, pero con tendencias diferentes. Como tendría que ser bien sabido, los medios “alternativos” no son necesariamente alternativos y muchas veces acaban reproduciendo la relación dominante espectáculo-espectador o caen en complejas teorías conspiratorias que agobian a la gente y que consiguen hacer creer que nada puede hacerse o que lo que se puede hacer es más “ley y orden” en esa especie de involución a escala mundial en la que dichos medios colaborarán y de la que ya se ha hablado aquí.

Lo que es fundamental para lo que ahora nos ocupa es que los medios han sido tomados de países distintos y no sólo de países centrales. Este último punto es de particular importancia ya que lo que se ha pretendido es superar (o aminorar) no sólo los sesgos ideológicos sino también los geográficos propios de la prensa local (y la de Madrid es igualmente local, aunque se autodenomine “de difusión nacional”, que sigue siendo local).

Toda esta prensa local, con mayor o menor tino, aplica la regla de que la importancia de la noticia guarda una relación proporcional inversa a la distancia que le separa del lector: a más cerca, más importante; a más distancia, menos importancia²⁷. Por eso hace falta ver el mundo desde “localidades” alejadas unas de otras si se quiere evitar el localismo de todos los periódicos del mundo, incluido el *International Herald Tribune*, sus pretensiones de “global newspaper” o de “world’s daily newspaper”²⁸ y... su “inconfundible sabor americano”, es decir, local. Hasta tal punto es esto último así, que uno de sus lectores reaccionaba ante el anuncio de que el *New York Times* iba a comprar las acciones que el *Washington Post* tenía del IHT, diciendo: “Sería un error por parte del [*New York*] *Times* darle al IHT un aroma *más* distintivamente americano” [“a more distinctive American flavor”; “american” por estadounidense; el subrayado de “más” es nuestro y significa “todavía más”]. Curiosamente, una de las razones para no tener el “inconfundible sabor americano” tan a la vista era que “en estos tiempos, existe una tremenda necesidad de promover los valores americanos” [por estadounidenses] y, probablemente, un periódico “sólo” estadounidense no podría hacerlo en el resto del mundo²⁹.

Es cierto que no todo lo que pasa sale en los medios ni todo lo que sale en los medios, pasa. Pero tanto si pasa como si no pasa, si no sale en los medios, es que no existe. Es el llamado “efecto CNN”: si sale allí, existe, se discute, aparece en otros medios. Y cuando aparece en varios medios, las probabilidades de que la gente crea que lo que allí se dice es cierto es altísima. Pero las cosas son algo más complicadas.

Un ejemplo de particular actualidad es el racismo y la xenofobia. Como se encargó de documentar un informe del Observatorio Europeo sobre el Racismo y la Xenofobia³⁰ los cambios producidos en la violencia hacia árabes y musulmanes después de la masacre del 11 de septiembre en los Estados Unidos tenía que ver, en muchos casos, con las actitudes y comportamientos de parte de los medios de comunicación. Como el informe se encarga de señalar, estos comportamientos no eran unánimes y se podían encontrar, en muchos de los países analizados, “buenas prácticas” mediante las cuales se intentaba compensar la posible ola de islamofobia derivada o asociada con los sucesos de aquel 11 de septiembre. Era el caso, por ejemplo, en el informe, del periódico español *El País*. El conjunto es interesante pues indica la doble característica que pueden tener los medios: por un lado, responden a

los estados de ánimo de sus lectores y, si tal cosa hacen, los refuerzan. Si hay islamofobia en la población, los estereotipos, sesgos, confirmaciones y desinformaciones van a afianzar dichos sentimientos. Un islamófobo leerá con particular atención las noticias que le confirmen en sus actitudes. Por otro lado, algunos periódicos parecen ser conscientes de tener una responsabilidad a la hora de afrontar dichos estados de ánimo y procuran compensarlos con información menos estereotipada y sesgada. Pero, en todo caso, y como se ha dicho al hablar de los diversos niveles de violencia estructural, el prejuicio es la atribución de comportamientos negativos a colectivos inexistentes. Si esto es así, los medios cumplen con una tarea de “etiquetar” a tales colectivos y, una vez realizada, influir en la agenda que se les debe aplicar.

Como puede fácilmente entenderse, de lo dicho se puede concluir que el uso de los medios sigue siendo ambiguo. En la medida en que pretenden influir en la agenda pública, no son una auténtica fuente de información dado su carácter sesgado o “antisésgado”, confirmador de prejuicios o “desconfirmador” de los mismos³¹. Pero si se descubre cuál es su intención (y no es imposible, aunque, de nuevo, es trabajoso), la información importante es precisamente la existencia de tal intento de intervenir en la fijación de la agenda. Tal vez lo que diga un periódico como el ya citado *El País* sobre Venezuela tenga que ser tamizado por los intereses editoriales de la empresa Prisa a la que pertenece y, por tanto, no sea la fuente más apropiada para saber qué ha sucedido en la Venezuela de Chávez en un determinado momento. Pero es que ésa es, precisamente, la información interesante: que un periódico determinado quiera intervenir fijando no lo que las cosas son, sino lo que las cosas deberían ser, cosa, por otro lado, hartamente frecuente y no sólo en las páginas editoriales.

Conviene, de todas maneras, cuando se usa este tipo de medio, distinguir entre noticias y opiniones, aunque no siempre es fácil. Las noticias pueden ser más sinuosas a la hora de transmitir contenidos falsos y manipuladores: parecen neutrales, aunque no lo son. Pero la opinión es opinión y, como tal, no engaña tanto. Es interesante ver cómo reaccionan determinadas personas y esas reacciones son parte de la realidad a considerar. De todas maneras, cuando se dice “determinadas personas” no se incluye el uso perverso que hacen los políticos para enviarse mensajes unos a otros. Desde ese punto de vista, lo que dice un político no es muy relevante y, de hecho, hay muy pocas citas a casos se-

mejantes en lo que antecede. Sin embargo, los medios están llenos de ese tipo de material en el que un político dice lo que le apetece (después vienen las rectificaciones si no ha tenido la precaución de pedir ver el texto que iría a imprenta), material en el que no es fácil discernir qué hay de verdad, qué hay de globo sonda, qué hay de intoxicación o de manipulación o qué hay que sólo pueden entender otros miembros de la clase política, sean del mismo partido que el entrevistado o sean de otro.

Es un tópico (poco tomado en serio) que las fuentes deben ser variadas si se quiere tener buena información. La idea de Comte, inventor de la palabra sociología, de sólo leer las cosas que casaban con sus propias teorías, no parece que sea muy aconsejable. Aquí las fuentes se ha procurado que fuesen los más variadas posibles. No lo son suficientemente, pero es que hay límites a la capacidad humana (Si del Ecuador se tratase, habría que haber incluido por lo menos *El Universo*). La conclusión final es que el uso de los medios ha sido más en la línea de buscar ejemplos relevantes de lo que se estaba exponiendo, que pruebas definitivas de la bondad de lo que se decía. Tales pruebas, como se ha dicho en el primer capítulo, probablemente no existan. Y hasta es mejor que no existan ya que así quedamos en el reino de la incertidumbre, menos violenta que muchas certezas también llamadas fanatismos.

Notas

- 1 Karen A. Cerulo, *Deciphering Violence*, Londres, Routledge, 1998. La violencia “nuestra” es “buena”, la de los demás es mala; luchador por la libertad es el nuestro, terrorista es el contrario; Pearl Harbor estuvo mal, Hiroshima estuvo bien. Pero lo mismo sucede con los nacionalismos: el nuestro nunca es obligatorio, el de los demás, sí, como hacía notar una periodista catalana a propósito de una manifestación habida en el País Vasco con participación de “Basta ya”, PP, PSOE contra el “nacionalismo obligatorio” del PNV: Isabel-Clara Simó, “Lletra menuda”, *Avui* (Barcelona), 22 de octubre de 2002, subrayaba que el nacionalismo español era igualmente obligatorio para sectores significativos del País Vasco, Cataluña y Galicia. Si se está contra los “nacionalismos obligatorios” habría que estar contra todos ellos, no sólo contra los de los otros. Véase José María Tortosa, *El patio de mi casa. El nacionalismo dentro de los límites de la mera razón*, Barcelona, Icaria, 1996.
- 2 Robert Fisk, “Mundos de diferencia”, *La Jornada* (México), 12 de septiembre de 2002.
- 3 Ignacio Ramonet, “Guerre sociale”, *Le Monde diplomatique*, noviembre de 2002. Los datos los toma de *El País*, 11 de septiembre de 2001.

- 4 Saul Landau, “Las noticias del mundo en ráfagas mediáticas”, originalmente en *ZNet Commentaries*, 17 de mayo de 2002,
- 5 Cosa, esta última, perceptible entre los editorialistas ecuatorianos. Noam Chomsky, “¿Qué hace que los medios convencionales sean convencionales?”, traducción de “What makes mainstream media mainstream?”, *Z Magazine*, octubre de 1997, en www.zmag.org/Spanish/0006chom.htm.
- 6 El asunto no es de hoy: David Goodstein, “What do we mean when we use the term ‘Science Fraud’”, *The Scientist*, 2 de marzo de 1992; John Waller, *Fabulous Science: Fact and fiction in the history of scientific discovery*, Oxford University Press, 2002. La solución “religiosa” de algunos científicos es distinguir entre la Ciencia (impoluta) y los científicos (humanos). No se diferencian mucho de la distinción que hacen algunos católicos entre la Iglesia santa y sus miembros pecadores.
- 7 Los muy metidos en una especialidad acaban generando un olfato, sólo olfato, para las falsificaciones en la investigación médica, pero no es fácil demostrar su falsedad, que es el criterio de Popper para la ciencia y que él contrapone al marxismo y al psicoanálisis: la falsabilidad.
- 8 Es interesante el caso de David Healy (www.pharmapolitics.com) como ejemplo de conflicto entre libertad académica e intereses de las empresas farmacéuticas saldado con la rescisión del contrato de Healy.
- 9 Nicos Poulantzas, *Fascisme et dictature. La IIIe Internationale face au fascisme*, Paris, Maspero, 1970 (traducción al español en Siglo XXI, 1971).
- 10 Un periódico ecuatoriano puso en boca del entrevistado lo siguiente: “La globalización para algunos es mala, igual que la novela Huasipungo era mala para algunos y para otros era buena... para “don Julio” la novela de Icaza es ideal, pero no para los indios que tienen que comer carne de res putrefacta” (*El Tiempo*, 21 de noviembre de 2002). Lo que el entrevistado había dicho nada tenía que ver con la crítica literaria. Los motivos de don Julio para encontrar ideal la novela de la que es personaje es asunto que ni a Miguel de Unamuno se le ocurriría, y los motivos de los indios para que no les guste la novela (el tener que comer carne putrefacta) no parecen muy creíbles. Lo que quería decir es que *en la situación descrita por Icaza* unos ganan y otros pierden (don Julio gana y los huasipungueros pierden en un magnífico y complejo ejemplo de violencia estructural) y que lo mismo sucede con la “globalización”: que unos ganan y otros pierden. No es la primera vez que esto sucede y no sucede sólo en el Ecuador.
- 11 Barcelona, Grijalbo, 1995.
- 12 Robert Fist, “Ceguera, hipocresía y mentiras de Estados Unidos”, *La Jornada*, 29 de septiembre de 2002 (originalmente en *The Independent*), sobre el discurso oficial de la Administración del segundo Bush a propósito del síndrome de su “11 de septiembre”.
- 13 Una versión actual del flak es el uso de internet para controlar a los disidentes. Se trata de introducirse con personalidad falsa en los “chats” y difundir noticias “creíbles” contra posiciones a su vez contrarias a los intereses de las empresas que financian dicho flak o enviar e-mails usurpando el nombre de un personaje conocido por sus ideas disidentes e incluyendo un contenido contrario a dichas ideas,

con lo que el personaje quedará en entredicho o tendrá que dedicar mucho tiempo a contrarrestar dichas falsedades. Es fácil darse de alta con nombre falso, por ejemplo en yahoo, e inundar los ordenadores con infundios y calumnias. Véase George Monbiot, “The phony persuaders”, *The Guardian Weekly*, 23-29 de mayo de 2002.

- 14 “Otegui y Navarra en los media”, *Rebelión*, 4 de octubre de 2002 (www.rebelion.org/medios/otegui041001.htm)
- 15 Una excelente lista de las estrategias de desinformación de los medios “españolistas” puede verse en “La estrategia de la desinformación”, *Rebelión*, 24 de septiembre de 2002 (www.rebelion.org/medios/orlegi240902.htm), artículo tomado de *Orlegi verde* y que comienza diciendo “la existencia de un acusado conflicto vasco que enfrenta al Estado con Euskal Herria”. Ciertamente, no es la mejor forma de plantear la información: ni es todo el Estado el que está en conflicto, ni es toda Euskal Herria; eso ya no es información... para un “españolista”, pero sí para un “nacionalista vasco”.
- 16 Rolando Palacios, “Concentración oligopólica de la industria cultural en Chile: escenario global y nacional”, *Revista Latina de Comunicación Social*, V, 52 (2002) www.ull.es/publicaciones/latina/2002palaciosoctubre5206.htm.
- 17 Nick Stevenson, *Culturas mediáticas. Teoría social y comunicación masiva*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995, págs. 289-300 para el conjunto de la Guerra del Golfo.
- 18 De ahí el sistema de “dos pesos, dos medidas” para asuntos aparentemente iguales pero que no son vistos de la misma forma desde los intereses dominantes, por ejemplo la ocupación de Kuwait por parte de Irak en 1990 y la invasión de Timor por parte de Indonesia en 1975, a pesar de que los tiempos no eran los mismos. Véase Michel Collon, *¡Ojo con los media!*, Hondarribia, Argitaletxe Hiru, 1999, págs. 65-72. Hay casos en los que el periodista no es que no quiera ver: es que no puede ver, dados los filtros de los que no es consciente. Dave Edwards, “La mendacidad de los medios y el arte del autoengaño”, originariamente en *ZNet Commentaries*, 9 de mayo de 2001.
- 19 Ignacio Ramonet, “El poder mediático”, Taller: Comunicación y Ciudadanía, Foro Social Mundial de Porto Alegre, 27-28 de enero de 2002, movimientos.org/foro_comunicacion.
- 20 Robert Fisk. a propósito de la guerra de Kosovo, cita a Keith Graves diciendo que “el verdadero problema, a partir de ahora, es que el público sólo quiere historias de atrocidades”. Robert Fisk, “Mentiras de guerra en Kosovo”, *Rebelión*, 2 de julio de 2002 (www.rebelion.org/medios/fiss020702.htm). El Foro Social Europeo de principios de noviembre de 2002, con toda su complejidad, se reducía, en *El País* (8 de noviembre de 2002) al siguiente titular: “El duelo Oriana Fallaci-Dario Fo marca el Foro Social de Florencia”.
- 21 Aparecerían estimaciones de participación en el ejemplar del 8 de noviembre según las cuales estas elecciones de *midterm* habrían conseguido más participación que las de 1998. Ahora habría votado, como ya se ha dicho, el 39 por ciento de los posibles votantes y entonces un 37,5 por ciento, la participación más baja desde 1942. En las presidenciales de 2000 habría votado un 51,2 por ciento de los posibles votantes. Estos datos aparecen al final de un artículo publicado en página im-

- par, en su parte inferior derecha. Se titula “This time, few bumps on road to vote” y se refiere, en su mayoría, a la superación de las chapucerías electorales en la elección que dio el triunfo al segundo Bush.
- 22 Pascual Serrano, “Pedro Carmona y Lucio Gutiérrez: el doble rasero de la prensa española”, *Rebelión*, 23 de noviembre de 2002 -obsérvese la fecha- www.rebelion.org/medios/serrano231102.htm.
 - 23 FAIR, “Eufemismos para los asentamientos israelíes: una confusa cobertura informativa”, *Rebelión*, 28 de octubre de 2002 (publicado originalmente en Znet, 7 de julio de 2002). FAIR es una grupo que lucha por la libertad de expresión y el derecho a la información veraz (www.fair.org).
 - 24 Ignacio Ramonet, “El poder mediático”, Ponencia en el Taller Comunicación y Ciudadanía, Foro Social Mundial de Porto Alegre, 29 de enero de 2001, movimientos.org/foro_comunicacion/show_text.php3?key=34
 - 25 Shlomo Shamir, “Israel leads in ignoring Security Council resolutions”, *Ha'aretz* (Jerusalén), 19 de octubre de 2002, www.haaretz.co.il/hasen/pages.
 - 26 Véase Francisco Forteza, “Guerra virtual en Venezuela”, www.rebelion.org/medios/fforteza141102.htm.
 - 27 Véase, para todos los matices que hace falta incluir, Clemente Penalva, *Desigualdad entre las naciones y noticias internacionales*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1999, <http://cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=2792&ext=pdf>.
 - 28 La edición electrónica del *International Herald Tribune* incluye un epígrafe que dice (subrayado nuestro): “Get the *local view* from Ha'aretz, Kathimerini, Italy Daily, Frankfurter Allgemeine Zeitung, JoongAng Ilbo, and The Daily Star, every weekday. <http://www.ihf.com/worldviews.html>”. La “visión local”, por supuesto, es la de los demás. En la edición impresa a la venta en España incluye unas páginas traducidas al inglés del periódico local madrileño *El País*.
 - 29 Steven C. Rice, “The greater need for a global newspaper” (Cartas al director), *International Herald Tribune*, 1º de noviembre de 2002.
 - 30 Christopher Allen y Jørgen S. Nielsen, “Summary Report on Islamophobia in the EU after 11 September 2001”, Viena, EUMC, mayo 2002, http://eumc.eu.int/publications/terror-report/Synthesis-report_en.pdf.
 - 31 Un caso particular de esta ambigüedad es la relativa presencia/ausencia de la mujer en la prensa escrita: refleja y refuerza esa presencia/ausencia.